Los Hollister



VAN AL RÍO

2

JERRY WEST

Ricky Hollister corría de puntillas a través del prado, hacia una de las fachadas laterales de su casa. En la mano izquierda llevaba un frasco y en la derecha la tapadera, llena de agujeros…





Jerry West

Los Hollister van al río

Los Hollister - 2

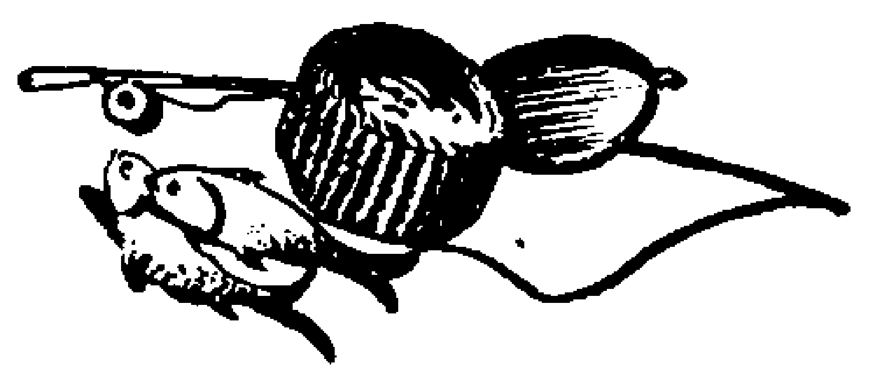
ePub r1.2
nalasss 14.09.14

Título original: *The Happy Hollisters on a River Trip*
Jerry West, 1953
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño portada: Salvador Fabá

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



UN PEZ PAYASO



Ricky Hollister corría de puntillas a través del prado, hacia una de las fachadas laterales de su casa. En la mano izquierda llevaba un frasco y en la derecha la tapadera, llena de agujeros.

Detrás de Ricky corría su hermana Holly.

—¿Lo atraparás esta vez? —preguntó la niña, muy nerviosa.

—¡Chist! No hagas tanto ruido —pidió su hermano—. No podré atraparlo si no te estás muy quieta, muy callada…

Los ojos azules del niño de siete años quedaron fijos en un gran abejorro que se había posado en la hoja de un arbolillo. Ricky iba avanzando lentamente hacia el insecto, como un gato que se dispone a saltar sobre un ratón.

De pronto, con un manotazo, hizo entrar al abejorro en el tarro y ajustó inmediatamente la tapadera.

—¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! —gritó Ricky. Aplastó su pecosa naricilla contra el tarro y añadió entusiasmado—: ¡Mira cómo zumba ahí dentro!

—¿Y qué vas a hacer con él? —se interesó Holly. La niña, de seis años, tenía el cabello rubio y lo llevaba peinado en dos trencitas. Sus ojos eran castaños y parecían despedir alegres chispitas, sobre todo cuando Holly reía las graciosas ocurrencias de su hermano.

Ricky tenía unas piernas muy largas que casi siempre estaban en movimiento. Su cabello rojizo nunca se conservaba un momento bien peinado. Tenía la nariz respingona y la sonrisa traviesa. En aquel momento, contestando a la pregunta de Holly, dijo:

—Pues voy a estar un rato mirándolo. —Se inclinó a recoger un puñado de hierba, murmurando—: Con esto tendrá una cama.

De repente, los dos niños levantaron la cabeza; por el camino del jardín acababa de aparecer un coche muy raro.

—¡Huy! —Exclamó Holly—. ¡Si es Patty Eldridge, de Crestwood, donde vivíamos antes!

Ricky dejó el tarro en el suelo, junto al bordillo y, acompañado de Holly, corrió a saludar a Patty y a sus padres. Los Hollister no les habían visto desde que se habían trasladado a vivir a esta población.

La puerta del coche se abrió de par en par y la rubita Patty, que tenía la edad de Holly, bajó de un salto.

—Hola —dijeron a la vez los dos Hollister.

—Hemos venido a daros una sorpresa —explicó Patty, en cuyas mejillas se formaron dos hoyuelos al sonreír—. Volvíamos de vacaciones y les pedí a papá y mamá que pasásemos por aquí, a veros, como pedías en tu carta, Holly.

—¡Qué contenta estoy de que hayas venido! —contestó Holly, abrazándola.

—¡Qué lugar tan magnífico es éste! —Dijo el señor Eldridge, saliendo del coche y mirando admirativo la gran casa, rodeada de árboles y amplios prados—. Y el lago os queda justamente en frente. ¿No tenéis una barca?

—Sí. Claro. Y pescamos mucho —explicó Ricky a gritos—. ¿Quiere usted pescar algo?

El señor Eldridge se echó a reír y dio un suave tirón a los cabellos de Ricky.

—Todavía no, mocito. Mi mujer y yo queremos ver primero a tus padres.

Al oír el alboroto del exterior, la señora Hollister, joven y bonita, salió al porche de la gran casa blanca para saludar a los Eldridge. En aquel momento, otros dos niños aparecieron en el patio, montados en bicicleta. Una era Pam Hollister, de diez años.

Su cabello oscuro y lleno de rizos flotaba al aire, mientras la niña detenía su bicicleta, con expresión risueña. Junto a ella estaba Pete, de doce años. También Pete tenía el cabello oscuro; lo llevaba muy corto, y sus ojos eran muy dulces.

—¡Buenos días, señores Eldridge! —Saludó el muchachito—. Me alegro de volver a verles. ¿Cómo está todo el mundo en Crestwood?

El señor estrechó a Pete la mano y repuso:

—Mira, hijo, la ciudad sigue estando donde estaba, pero no parece la misma desde que los felices Hollister se marcharon. ¡Pero, Pete, me parece que lo menos has crecido varios centímetros desde la última vez que te vi!

—Y Pam también —opinó la señora Eldridge, besando a la niña.

Entonces, tras ellos se oyó una vocecita chillona que preguntaba:

—¿Y yo? ¿Y yo? ¿También he crecido?

Era Sue Hollister, con sus graciosos cuatro añitos y el cabello dorado; la chiquitína de la familia estaba entusiasmada porque su padre le había dicho la noche anterior que crecía tanto como las cizañas.

—¡Pero si es Sue! —Exclamó la señora Eldridge cogiéndola en brazos—. Pues claro que has crecido. Pronto serás tan alta como tu mamá.

Todos reían cuando entraron en casa. Después de que las niñas hubieron enseñado a Patty todos sus dormitorios, pintados de alegres colores, los niños salieron a jugar.



Pete estaba a punto de meterse en la barca, que se encontraba amarrada en el desembarcadero de la parte trasera del prado, cuando su madre le llamó.

—He invitado a los Eldridge a que se queden a cenar con nosotros —explicó la señora Hollister—. Teníamos pescado para la cena, pero me preocupa que no sea bastante. Como hoy es miércoles, las tiendas están cerradas, Pete.

La madre sonrió al preguntar:

—¿Querrás hacerme un favor, Pete?

El muchachito comprendió inmediatamente lo que su madre iba a pedirle.

—¿Quieres que pesque algo?

La señora Hollister le hizo un guiño.

—Un par de peces, bien gorditos. Como los que conseguiste la semana pasada.

Pete corrió hacia el garaje para coger la caña de pescar, al mismo tiempo que llamaba a su hermano. En cuanto supo lo que había que hacer, Ricky dijo alegremente:

—¡Sí, chico! ¡Vamos! ¿Iremos en la barca, o llevamos las bicicletas?

—Las bicicletas. Iremos a aquel sitio del río Muskong, cerca del viejo árbol seco. Me parece que por allí hay muchos peces y tendremos más suerte.

Los dos hermanos pedalearon en sus bicicletas y quince minutos más tarde llegaban a la orilla del río Muskong, cuyas aguas iban a parar al hermoso lago de los Pinos. Los muchachitos prepararon los cebos y echaron los anzuelos a las agitadas aguas del río. Fue en la caña de Ricky donde primero picó un pez.

—¡Una perca! —dijo Pete—. ¡Es un pez estupendo!

De pronto, se notó un fuerte tirón en la caña de Pete, que gritó:

—¡Yo también he debido de conseguir un pez gordo!

Pete levantó la caña del agua y asomó el pez, aleteando, ansioso de soltarse del anzuelo. Pete atrajo hacia sí la caña con toda precaución hasta dejar el pez en la orilla.

—¡Es un róbalo del Muskong! Lo menos pesa un kilo y cuarto —calculó Pete.

Aquel pez era una rara variedad del róbalo, que sólo se

encontraba en el río Muskong. Alrededor de los ojos, tenía unas circunferencias blancas, y a ello se debía el que se le apodara el «pez payaso».

—¡Oh, mira! ¿Qué es esto?

Pete acababa de ver que rodeando la cola del pez había una arandela metálica en la que se leía la inscripción: Viejo Moe 122.

—¡Un pez con un aro en la cola! —se asombró Ricky—. ¿Para qué será?

—Ese aro se lo habrá puesto alguien —reflexionó Pete—. Pero lo que me gustaría saber es qué significa eso de Viejo Moe 122.

—A lo mejor tiene un novio de 122 años —se rió Ricky—. A ver si le sacamos ese aro.

Pete ya había quitado el anzuelo de la boca del pez, pero, cuando Ricky intentó quitarle el aro, el róbalo dio un tremendo coletazo, se desprendió de sus manos y fue a parar otra vez al río.

—¡Cógele en seguida! —chilló Ricky.

Pete hundió las manos en el agua, pero ya era demasiado tarde. El pez se había sumergido en las aguas más profundas. Pete, de muy mal humor, rezongó:

—Buenas noches, hombre. Y Ricky suspiró, diciendo:

—Bueno. Tendremos que pescar otro.

Las esperanzas de Ricky no se realizaron en seguida, pero, por fin, unos diez minutos más tarde cada uno de los hermanos pescó una hermosa trucha. Cuando se volvieron para alejarse de la orilla y regresar a casa, quedaron sorprendidos al ver que, arriba, sentado en el suelo, había un niño que les miraba.

Era un muchachito delgado, de unos diez años, con ojos castaños de mirada triste. Sus pantalones estaban harapientos y en una mano sostenía una cesta llena de bollos y hortalizas.

—¡Hola! —le saludó Pete, alegremente—. ¿Vienes a pescar?

Antes de que el niño hubiera tenido tiempo de contestar, apareció un hombre mal vestido que empezó a reñir al chico, dando gritos.

—¿Por qué no has vendido los bollos y las hortalizas? Estoy dispuesto a mantenerte, sólo si trabajas. ¡Vuelve a la ciudad!

El chico contestó con un murmullo y, ayudándose con manos y pies, se puso en pie. Mientras aquellas dos extrañas personas

desaparecían camino abajo, Ricky exclamó:

—¡Qué hombre tan sucio!

—Sí. Debe de ser horrible que le traten a uno así. Mejor será que volvamos en seguida a casa.

Cuando los dos niños llegaron, la señora Hollister sonrió, complacida.

—¡Qué magnífica pesca!

La cena no tardó en estar preparada. Mientras Pete y Ricky estuvieron pescando, había llegado el señor Hollister. Era un hombre alto, de aspecto deportivo, con el cabello ondulado, de color castaño y los ojos risueños. Hacía poco que había comprado la popular tienda llamada el «Centro Comercial», de Shoreham. Este establecimiento, grande y bien surtido, era una combinación de ferretería, almacén de artículos deportivos y juguetería.

Mientras cenaban, los dos muchachitos hablaron del gran pez que había conseguido Pete y que se les había escapado, y el señor Hollister empezó a gastarles bromas, como si creyera que aquel pez no era más que un róbalo pequeñito.

—No, papá, te lo digo en serio —aseguró Pete—. Era un pez payaso grandísimo.

—Pero ¿y el aro que llevaba en la cola? —Insistió el padre, haciendo un guiño al señor Eldridge—. ¿Estáis seguros de que lo llevaba?

Pete y Ricky respondieron que estaban segurísimos, y que incluso tenían intención de averiguar quién era la persona que había puesto al pez aquel extraño adorno en la cola.

—Confío en que podáis encontrarlo —deseó el señor Hollister.

Entonces Pam tuvo una idea.

—Podíamos aprovechar eso del pez para hacer otro concurso publicitario para el «Centro Comercial».

Hacía poco tiempo que los Hollister habían dejado caer una gran cantidad de globos desde la alta torre de una iglesia, en el centro de la ciudad. Algunos de aquellos globos contenían un papelito premiado. Los niños que consiguieron globos acudieron al «Centro Comercial» para comprobar si tenían premio.

—¿Así que tienes otra idea? —Preguntó sonriente a su hija, la señora Hollister—. ¿Y qué es, Pam?

La niña dejó la cucharilla de postre y dijo:

—Si papá pone un acuario muy grande en el escaparate de la tienda, podría hacerse un concurso de pesca. Ganaría el que pescase el pez más gordo.



—¡Qué estupendo! —exclamó Pete.

—Yo pescaré el pez más grandote —hizo saber Ricky.

Pero Pam protestó en seguida:

—No. Eso sólo será para los clientes de papá. La persona que, durante dos semanas, haya pescado el pez más grande en el río Muskong ganará un premio. ¿Qué te parece, papá?

—Muy buena idea —aplaudió el señor Hollister—. Hay un gran acuario de cristal en el sótano de la tienda. Lo utilizaremos para eso y ofreceremos un premio de veinticinco dólares en género para quien presente el pez más grande.

Todos los niños se mostraron muy nerviosos y contentos mientras se hacían los planes para el gran concurso del pez más grande. Los Eldridge dijeron que lamentaban no poder quedarse hasta que empezara el concurso. La idea les parecía divertidísima, pero tenían que volver a su casa. Sin embargo, se quedarían aquella noche, y Patty dormiría con Holly.

A la mañana siguiente, después de que los Eldridge se hubieron marchado, Pete y Ricky estuvieron hablando del pez payaso que se les había escapado. Estaban decididos a averiguar todo lo posible sobre aquel misterioso «Viejo Moe», cuyo nombre estaba inscrito en el aro de la cola del pez; por lo tanto decidieron preguntar a los vecinos. El señor Smith, que estaba trabajando en su jardín, cerca del lago, sonrió y repuso:

—¿Otro pez con un aro del Viejo Moe? ¡Yo qué sé lo que esto puede ser! Ya he oído varios casos como el vuestro. Mi mismo hermano, el año pasado, pescó un pez payaso con un aro que decía: «Viejo Moe 36».

—¡Vaya! ¡Pues sí que se ha hecho viejo en un año ese Viejo Moe! ¿Verdad? —dijo el picaruelo Ricky, haciendo reír a los otros dos.

—¿Y nadie ha podido resolver este misterio, señor Smith? —preguntó Pete.

—Que yo sepa, no.

—Me gustaría encontrar al Viejo Moe —declaró Ricky—. A lo mejor nos daría uno de esos peces payasos tan grandotes.

—Lo tendremos que pescar nosotros mismos para ponerlo en el acuario de la tienda —le contestó Pete—. Así la gente tendrá más

interés por participar en el concurso.

Los niños pidieron permiso a su madre y volvieron al río Muskong. Esta vez Pete volvió a pescar un gran pez payaso, pero sin aro en la cola.

—De todos modos es un pe/ estupendo —se consoló el mayor de los Hollister—. Vamos a llevárselo a papá.

Habían ido a pescar con un cubo donde ahora Pete metió al pez. Los dos hermanos montaron en sus bicicletas. Llevando cuidadosamente el cubo en una mano y sujetando el manillar de la bicicleta con la otra, Pete pedaleó hacia el «Centro Comercial», al lado de su hermano.

Cuando llegaron allí, el señor Hollister ya tenía dispuesto en el escaparate el acuario lleno de agua. Pete y Ricky estacionaron sus bicicletas junto a la pared del edificio, y estaban a punto de meter el pez en la tienda cuando un muchacho se aproximó a ellos. Era Joey Brill, un chico que había estado molestando a los Hollister desde que la familia se trasladó a Shoreham. Joey tenía la edad de Pete, pero era más alto y robusto. Con una risa burlona, el chico preguntó:

—¿Qué lleváis en ese cubo?

—Un pez —contestó Pete.

—Dejádmelo ver.

—Bueno. Míralo —accedió Pete, dejando el cubo en el suelo.

Joey echó una ojeada al interior del cubo y dijo con desprecio.

—¿Y eso os parece un pez grande? ¡Yo puedo pescar uno mucho mayor en mi pecera dorada!

—Bueno. Pues péscalo. No te lo hemos prohibido —gruñó Ricky.

Y el pecosillo se inclinó para coger el cubo, pero Joey le apoyó una mano en el brazo, diciendo:

—Anda, deja que lo lleve yo. Soy más fuerte que vosotros.

—No eres más fuerte que mi hermano —declaró Ricky, furioso.

—¿Cómo que no? Toca mis bíceps, verás si soy fuerte.

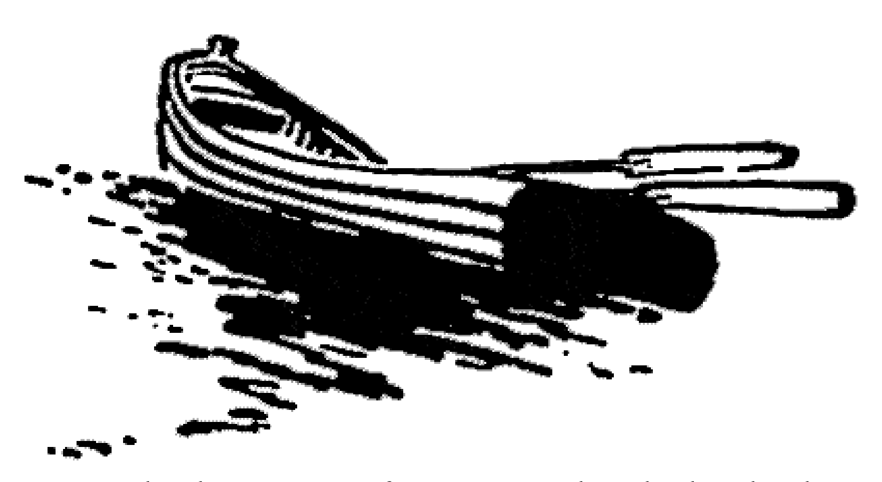
Joey flexionó un brazo y, cuando Ricky intentó comprobar lo duros que tenía los músculos, el malísimo Joey le dio un fuerte empujón.

—¡Deja en paz a mi hermano! —advirtió Pete.

Pero Joey no tenía intención de marcharse pacíficamente, sino

que se lanzó a atacar a Pete. Al hacer esto, dio al mismo tiempo un puntapié al cubo. El cubo rodó a la calzada, ¡precisamente delante de un coche que se acercaba!

UN CONCURSO EN LA TIENDA



Cuando el pez payaso fue a parar a la calzada, al volcarse el cubo, los dos hermanos Hollister prorrumpieron en un grito. El conductor, al ver el cubo y el róbalo rodando calle abajo, frenó con el tiempo justo.

Pete corrió a apoderarse del pez, pero éste resbaló de sus manos. Ricky, que ya había recuperado el cubo, fue en ayuda de su hermano.

—¡Jo! ¡Jo! No podréis cogerle —les gritó Joey, antes de marcharse corriendo.

Ni Pete, ni Ricky le hicieron caso, porque estaban demasiado ocupados con intentar recuperar el pez. Cada vez que uno de ellos lo tocaba, el róbalo daba un tremendo salto.

—Va a morirse antes de que podamos meterle en el acuario —se lamentó Pete.

Mientras él y Ricky batallaban por coger el pez, un chiquillo que estaba cerca dejó una cesta y una hogaza de pan que tenía en las manos y corrió a ayudarles. Era el mismo muchachito a quien el hombre de mal aspecto estuvo riñendo en la orilla del río.

El chiquillo actuó rápidamente y cogió el pez por las agallas. Colaborando los tres, el pez acabó por dejar de dar saltos y pudo ser llevado a la tienda.

—¡Eh, Tinker! —llamó Pete a un hombre alto que estaba atendiendo a un cliente—. ¿Quiere ayudarnos a meter este pez en el acuario?

Tinker, un hombre muy amable a quien los Hollister tenían contratado para ayudarles en el «Centro Comercial», se excusó con el cliente y abrió una puertecilla situada en la parte interior del escaparate. Los tres muchachitos entraron y metieron el pez en el acuario.

—¿Está muerto? —se asustó Ricky, viendo que el róbalo se quedaba en un rincón, sin moverse.

—Yo creo que no —dijo Pete, dando un empujoncito al pez—. ¿Ves cómo mueve la cola?

Mientras los tres miraban atentamente, el pez empezó a moverse con lentitud. Primero se enderezó y, después de hacer unas cuantas cabriolas, empezó a nadar normalmente.

—¡Vaya! —dijo el muchachito que les había ayudado—. No creí que pudieseis recuperarlo.

—No habríamos podido si tú no nos hubieses ayudado —respondió Pete, reflexivo—. Muchas gracias.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber Ricky.

—Bobby Reed —contestó sonriente, el muchacho—. He oído hablar de vosotros. Sois los hermanos Hollister, ¿verdad? ¿Los felices Hollister?

—Sí. Yo soy Pete y éste es Ricky.

—Yo creo que Joey Brill ha tirado el cubo a propósito —opinó Bobby.

—Ya lo sé. Hemos tenido otras peleas con él antes —repuso Pete.

Cuando los Hollister llegaron por primera vez a Shoreham, Joey había querido asustarles, diciéndoles que en su casa había fantasmas.

—Bueno, pues, cuando Joey vea al pez todavía vivo en el acuario, sabrá que su mala intención no ha valido de nada —se consoló Ricky.

Los muchachos se deslizaron por la puertecilla del escaparate hasta la tienda, y casi tropezaron con Pam Hollister que llegaba con una gran cartulina, un lápiz y un pincel.

—¿Para qué es eso? —preguntó Ricky.

—Mirad.

Pam se inclinó sobre el mostrador y empezó a dibujar unas grandes letras en la cartulina, con el lápiz.

—¡Ah! Esto va a ser el cartel anunciador del gran concurso de pesca —comprendió Pete, que luego explicó a Bobby de qué se trataba.

Los chicos observaron cómo Pam acababa de dibujar las letras que luego pintó de color, teniendo mucho cuidado de que las letras le quedasen muy iguales.




GRAN CONCURSO de
PESCA
25 $ DE PREMIO PARA LA PERSONA QUE PESQUE EL
RÓBALO
MÁS GRANDE DEL RÍO
Muskong.

—¡Estupendo! —exclamó Pete, admirando el bien acabado cartel, en donde se leía:

GRAN CONCURSO DE PESCA
25 dólares de premio, en mercancías, para la persona que
pesque el róbalo más grande en el río
Muskong. El concurso finalizará dentro de dos semanas.
LOS PECES DEBERÁN TRAERSE VIVOS

A Los pocos minutos, la pintura se habia secado, y Pete colocó el cartel en el escaparate, cerca del acuario. Inmediatamente se aglomeró gente a la entrada de la tienda y los Hollister salieron a escuchar los comentarios.

—Bueno, bueno… —murmuraba un señor gordo—. Soy capaz de pescar el pez más grande…

—Y yo también —presumió otro hombre.

Un muchacho grandullón, después de leer el cartel, preguntó en voz alta, pero como hablando consigo mismo:

—¿A qué estoy esperando? Voy a buscar la caña y pescaré ahora mismo un róbalo.

Y, mientras los demás reían, el muchacho se alejó corriendo.

Cuando Pete volvió la cabeza, se dio cuenta, de pronto, de que Bobby no estaba allí.

—¿A dónde ha ido Bobby? —preguntó Pete a su hermano.

—No lo sé. Pero mira… Ahí está el pan que dejó en el bordillo. Se ha ido y sólo se ha llevado el cesto.

Pete fue a recoger el pan que iba envuelto en un papel encerado, en el que se leía la dirección de la panadería de Miller.

—Seguramente iba a un recado cuando se paró a ayudarnos —opinó Pete.

Cuando contó a Pam lo que había ocurrido, la niña propuso que fueran a llevar aquel pan a casa del amable muchachito.

—Pero no sé dónde vive —repuso Pete. Pam, que miraba al extremo de la calle, dijo:

—Allí viene Dave Meade. Tal vez él sepa cuál es la dirección de ese chico.

Dave era un jovencito alto, de simpático aspecto, que contaba la

misma edad que Pete y a quien los niños habían conocido en una fiesta infantil, a poco de llegar a la ciudad. Tenía el cabello negro y lacio, y siempre se le caía sobre la frente, por mucho que se lo peinase.

Cuando Pete le preguntó si conocía a Bobby Reed, Dave contestó que sí. Bobby y su madre, que eran muy pobres, vivían en una cabaña, en la parte baja del río Muskong. La cabaña no quedaba lejos del Puente de Piedra.

—No podéis equivocaros de sitio, porque tiene una chimenea de ladrillo rojo que está medio rota —explicó Dave.

Pete y Pam decidieron ir a llevar el pan a Bobby. Ricky dijo que él quería volver a casa para jugar a la pelota con sus amigos y Dave le acompañó, en la bicicleta de Pete, llevando el cubo en que habían transportado el pez.

—Hasta luego —dijo Pete. Y él y Pam marcharon hacia la casa de Bobby Reed.

No tardaron mucho los dos hermanos en llegar al camino que conducía al río y al poco tenían ante sus ojos el Puente de Piedra.

—Mira —exclamó Pam, señalando hacia el río—. Me parece que es nuestro perro.

Los niños vieron que entre los arbustos de la orilla del agua asomaba la cola de un perro, moviéndose continuamente.

—Sí. Es Zip. Otra vez está buscando ranas —dijo Pete.

Zip era el fiel perro pastor de los Hollister. Frecuentemente, acompañaba a los niños en sus aventuras y, en más de una ocasión, les había salvado de un conflicto.

Pete se llevó dos dedos a la boca y silbó con fuerza. El rabo perruno dejó de moverse y el animal volvió la cabeza y miró a su alrededor. Cuando vio a los niños. Zip dio un salto y corrió a su encuentro.

—¿Qué? —preguntó Pete, acariciándole la cabeza—. ¿Cómo va la pesca de ranas hoy?

El perro lamió las manos de Pete y volvió hacia la orilla del río, ladrando.

—Ya sé lo que quiere —aseguró Pam—. Le gustaría ir a buscar una ramita al río.

Ella y Pete corrieron tras el perro hasta la orilla del agua. Pete

cogió una ramita y la arrojó con fuerza al centro de la corriente y, al momento, Zip se lanzó al agua, persiguiendo la rama. Nadando con toda rapidez, le dio alcance, la cogió entre los dientes y regresó hacia la orilla.

Ya se acercaba, cuando se detuvo a mirar algo que se encontraba medio sumergido en las aguas. Los niños vieron que se trataba de una vieja lancha. En la proa de la embarcación, cerca del ancla, estaba una tortuga de agua, tomando el sol.

Después de volver la cabeza y dirigir una rápida ojeaba a los niños, Zip soltó la ramita y avanzó rápidamente hacia la vieja lancha.

—Zip va a cazar la tortuga —dijo Pam, riendo. Pero Zip produjo demasiado alboroto y la tortuga se apresuró a deslizarse por uno de los costados de la lancha y desapareció en el agua. Zip chapoteó unos minutos, buscando a la tortuga, pero al fin fue a recoger la ramita, y, saliendo del agua, la dejó a los pies de los niños.

—Buen chico —aplaudió Pam—. ¡Pero, hombre! No te sacudas el agua encima de mí.



Luego, Pam volvió a tirar la ramita al río y Zip se echó de nuevo al agua para recogerla, mientras Pete miraba la vieja lancha, diciendo:

—Me gustaría saber de quién es.

—Parece que está abandonada —opinó la niña.

—Pues si no perteneciera a nadie, entre Ricky y yo podríamos arreglarla. No creo que esté muy estropeada.

Pete dejó el pan en la orilla, y a continuación se quitó los zapatos y los calcetines y remangó las vueltas de sus pantalones. Hundió los pies en el agua y cogió el ancla metálica a la que iba unida una enmohecida cadena. Al levantar el ancla, que estaba cubierta de algas Pete dijo:

—Esta lancha hace mucho que no se utiliza. No me extraña que esté tan hundida en el agua.

Pete tiró de la embarcación hacia la orilla para revisarla mejor. Todo el maderamen del suelo parecía en buen estado.

—¿Por qué no volcamos la barca para que salga el agua? —propuso Pam—. Yo te ayudaré.

Zip ladró un par de veces, como queriendo indicar a sus amitos que prefería que jugaran con él. Pero en seguida se conformó y, meneando el rabo, se quedó mirando cómo Pete y Pam inclinaban la barca hacia un lado, de modo que el agua salió como un torrente.

—Muy bien. Ahora la volveremos a echar al agua. Una, dos y tres.

La quilla chapoteó en el agua y la embarcación quedó a flote.

—¡Vaya! No está mal —exclamó Pete—. Se filtra un poco el agua, pero esos agujeros pueden taparse bien. Voy a remar un poco.

Viendo en la orilla un larguero de madera, Pete lo cogió para emplearlo como remo.

—Salta, Pam. Te llevaré a dar un paseo —ofreció y, como Zip aulló lastimosamente, Pete añadió—: Tú también, amigo. Salta a bordo.

Zip dio un brinco hasta la proa de la barca y Pam ocupó el asiento central. Pete dio unos empujoncitos a la embarcación para ayudar a que se pusiera en movimiento, y luego saltó a la popa y empezó a remar.

—Se está filtrando mucha agua ahora —dijo Pam, quitándose los zapatos—. No vayas más lejos.

—Tienes razón. Costaría mucho trabajo volver a sacar a flote esta barca estando más adentrados en el agua.

Y Pete remó describiendo un amplio círculo y se encaminó a la orilla.

—¡Date prisa! —pidió Pam, mientras el agua iba entrando cada vez más rápidamente.

Pete remó con todas sus fuerzas y pronto la quilla chocó en tierra. Para entonces, la lancha estaba medio llena de agua.

—¡Zambomba! —exclamó Pete, cuando salieron—. Este cascarón necesita un buen arreglo.

Sacó la embarcación hacia la orilla y echó el ancla en el agua. Los niños se pusieron los calcetines y zapatos, y reanudaron la marcha. Acababan de pasar bajo el Puente de Piedra, cuando Pam

dijo:

—Ya veo la chimenea roja, Pete. Allí.

Un poco más arriba se divisaba una vieja cabaña situada en una elevación del terreno y medio oculta entre los árboles. Cuando llegaron allí, los Hollister pudieron ver en las ventanas unas lindas cortinillas floreadas, pero por lo demás la casa parecía derruida. La techumbre estaba medio hundida y la pintura, de color amarillo, estaba desconchada.

Los dos hermanos estaban a punto de aproximarse a la puerta y llamar, cuando oyeron voces procedentes de la parte trasera.

—¡No tengo nada! —gritaba alguien con indignación.

Otra voz repuso con grandes gritos:

—¡Sí tienes! Dame alguno, si no quieres que te pegue.

A aquello siguió una carrera entre los arbustos y Bobby Reed apareció enloquecido. Tenía el rostro congestionado y le faltaba el aliento. Con una mano apretaba fuertemente su cesta.

—¡Bobby! —llamó Pete—. Te estábamos buscando. ¿Has…?

Pero el asustado chiquillo se encontraba demasiado aterrado para fijarse en él.

Corriendo hacia 1Bobby volvió la cabeza para mirar hacia atrás y, a causa de ello, no pareció ver una rama atravesada en el camino. Tropezó en ella y cayó sobre una de sus rodillas, estando a punto de dejar caer el cesto.

—¡Oh! —exclamó Pam, temiendo que Bobby se hubiera herido.

Sin embargo, el muchachito volvió a ponerse en pie y huyó velozmente hacia la casa. Pero, mientras él corría, una piedra surgió como una flecha de entre el arbolado.

¡Y la piedra iba directamente hacia la cabeza de Pam!

BROMISTA EMBROMADO



Con el rabillo del ojo, Pete vio aproximarse la piedra y gritó:

—¡Apártate, Pam!

Su hermana se movió un poco en el preciso instante en que iba a alcanzarle la piedra. Ésta pasó por encima de su cabeza. Y entonces asomó a la vista el tirador de la piedra. ¡Era Joey Brill!

Bobby Reed corrió hacia ellos. Su atacante era Joey, que había ido a buscar más piedras.

—¡Ayudadme! —Chilló Bobby—. ¡Ayudadme!

Cuando Joey se fijó en la presencia de los hermanos Hollister, quedó tan sorprendido que se detuvo en seco. Eso dio a Pete la

posibilidad de actuar rápidamente. Antes de que el muchacho mal intencionado hubiera podido arrojar otra piedra, Pete se abalanzó contra él. Juntos los dos chicos rodaron por el suelo.

Aunque Joey era más ancho y de más estatura que Pete, éste tenía más agilidad. El mayor de los Hollister supo ponerse en pie con prontitud y, cuando Joey se levantó, Pete le dio un buen puñetazo en la nariz.

—¡No es justo! —gruñó Joey a voces—. Sois tres contra uno. ¡Ya me tomaré el desquite contigo!

Y después de decir aquello, Joey escapó corriendo hacia el Puente de Piedra.

Ahora que el molesto camorrista les había dejado solos, Pete y Pam prestaron atención a Bobby que había huido hacia la cabaña y estaba en pie junto a la puerta.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Pete, acercándose.

Bobby explicó que Joey le molestaba frecuentemente, sobre todo en los últimos tiempos, desde que vendía hortalizas y bollos por encargo del granjero Gillis.

—Se come los bollos y luego el granjero me castiga —siguió diciendo Bobby—. Hoy, cuando Joey me ha encontrado, yo había vendido ya todos los bollos y por eso se ha puesto furioso.

—¡Mira que atreverse a hacer una cosa así con un chico más pequeño que él! —mascculló Pete con desagrado.

—Al menos esta vez no se ha salido con la suya —se consoló Bobby—. Gracias por ayudarme.

—Nos alegramos mucho de haber podido hacerlo —le aseguró Pam—. También tú nos ayudaste a nosotros. ¿Es tuyo este pan?

—Sí. Muchas gracias. Me lo dejé delante de vuestra tienda, ¿verdad?

—¿Es para tu madre? —indagó Pam.

—No. Es para el señor Gillis. Mamá no está aquí —dijo con tristeza el muchachito—. Está fuera y yo he venido a ver si había alguna carta. Estoy con el granjero Gillis hasta que mamá vuelva. Pero ese hombre me trata muy mal.

Luego, Bobby contó a los dos Hollister que sus padres y él habían vivido en una granja, en el Oeste. Por desgracia, su padre murió y la señora Reed no era lo bastante fuerte para poder realizar

sola todos los trabajos de la granja.

—Así que mamá se decidió a escribir a mi bisabuelo, que vive en Shoreham. Es nuestro único pariente. Se llama Moses Twigg.

Cuando Pete y Pam oyeron aquello, se miraron el uno al otro sorprendidos. ¿No sería aquél el Viejo Moe que ponía los aros de metal en las colas de algunos peces…? Después de todo, Moe era el diminutivo de Moses…

Bobby siguió contándoles que su madre había escrito a Moses Twigg, preguntándole si ella y Bobby podían ir al Este y ayudarle en la tienda de artículos de caza y pesca que el anciano tenía hacía muchos años.

—Pero mi bisabuelo no contestó a la carta de mamá —se lamentó el muchacho—. Así que ella pensó que lo mejor era que viniésemos a Shoreham y solucionásemos las cosas hablando directamente, en los billetes del tren nos gastamos todo el dinero.

—¿Y encontrasteis a tu abuelo? —quiso saber Pam.

—No —contestó Bobby—. Nos han dicho que la tienda del bisabuelo Twigg se incendió hace unos años. Él desapareció misteriosamente y nunca han vuelto a saber de él.

—¡Qué horror! —exclamó Pam.

—¿Y por qué te ha dejado aquí tu madre? —le preguntó Pete.

Bobby respondió que la señora Reed había regresado al Oeste a buscar trabajo y por eso le había dejado a él con el granjero Gillis. Cuando su madre tuviera trabajo y hubiese ahorrado un poco de dinero, volvería a buscar a Bobby.

—Lo que más quiero es que mamá vuelva pronto —murmuró Bobby, mientras por sus mejillas empezaban a resbalar las lágrimas —: El señor Gillis no es amable conmigo. La única persona que me gusta de la granja es la señora Bindle, el ama de llaves.

—Pues vamos a verla —propuso Pam—. A lo mejor esa señora te deja venir a casa a jugar y comer con nosotros.

A Bobby le entusiasmó la idea y los tres niños corrieron a la granja Gillis, que estaba a un kilómetro de distancia. La señora Bindle, una mujer corpulenta y maternal, dio su permiso para que Bobby fuese de visita a casa de los Hollister. Bobby demostraba estar mil veces más contento de lo que los pequeños Hollister le habían visto nunca.

Cuando llegaron los tres a casa, se echaron a reír todos a un tiempo, viendo que la pequeñita Sue y un gordinflón de dos añitos que se llamaba Stevie y vivía en una de las casas vecinas, estaban intentando jugar al croquet.

Stevie se agachaba hacia el suelo y, en lugar de la maza, utilizaba las manecitas gordezuelas para empujar la pelota. En cuanto a Sue, se desgañitaba, luchando por enseñarle cómo debía empujar la pelota con el mazo.

—No, no, Stevie lo «hase ací» —replicaba el diminuto jugador, haciendo pasar la pelota bajo los aros con su manecita.

—Ya se nota que es un pequeñajo —dijo Sue con un suspiro, dirigiéndose a los demás.



En aquel momento llegó la madre de Stevie por la puerta trasera de su casa.

—¡Stevie! ¡Stevie! —llamó la señora.

Pero, como el pequeñito no le hacía caso, Sue le advirtió:

—Te llama tu mamá.

Le cogió de una mano y, suavemente, quiso arrastrarle hacia su jardín. Pero el gordinflón no quería volver a su casa y se dejó caer sobre la hierba con tal fuerza que hizo que Sue perdiera el equilibrio y cayese sobre él. La niña volvió a levantarse en seguida y siguió tirando de él. Imposible. El «peque» no estaba dispuesto a levantarse.

—Nene no «tere» ir a casa —declaró testarudo el niño.

—¡Stevie! —volvió a llamar su madre, con voz ya inquieta.

Todo aquel rato. Pete, Pam y Bobby habían estado observando a los pequeños, haciendo esfuerzos para no soltar la carcajada. Pero la escena era tan divertida que por fin se les escaparon unas risillas.

Entonces Pam se acercó a los niños y propuso:

—Sue, guapa, si quieres te ayudaremos.

—No —contestó Sue, muy decidida—. Stevie es mi amiguito y tengo que llevarle a su casa yo.

Se quedó unos minutos muy seria y pensativa, y al fin dijo:



—¡Ya lo sé! A lo mejor puedo llevarle a su casa con una galleta.

Y Sue corrió a la cocina y regresó con una estupenda galleta de gran tamaño. Tan pronto como Stevie la vio, se levantó de la hierba y echó a andar hacia Sue con toda la prisa que sus gordísimas piernecillas le permitían.

—Stevie, ¿quieres la galleta? —decía Sue.

Y teniendo mucho cuidado de no acercársela demasiado al chiquitín, echó a andar hacia la casa del niño, sin dejar de enseñarle la golosina. Stevie, relamiéndose ya, seguía a la mano extendida que le enseñaba la galleta.

—¡Ven, Stevie! ¡Ven! —le llamaba Sue.

Y la niña utilizó aquel truco hasta que llevó a su amiguito a su jardín. La madre del pequeño se echó a reír y dio las gracias a Sue quien, entonces, entregó la galleta al gordito y echó a correr hacia su casa, donde los demás la esperaban para ir a comer.

Pete presentó a Bobby a la señora Hollister y le explicó que aquel niño no había podido localizar a su bisabuelo.

En seguida, los niños se sentaron a comer una sabrosa sopa y unos riquísimos bocadillos de ternera asada.

—¿Qué hay de postre? —quiso saber el goloso Ricky.

La madre contestó que se trataba de una sorpresa y a los pocos minutos les servía unas copas rebosantes de helado. Bobby se reía sin cesar y aseguraba que hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien. Cuando acabaron la comida, entre todos recogieron las cosas de la mesa y salieron a jugar.

De repente, Holly gritó con desespero:

—¡Qué malísimo es Joey! Ya sabía yo que estaría haciendo alguna diablura.

El chico estaba amartillando en el suelo uno de los puentecillos del croquet.

—¡Estate quieto! —le gritó Pete, corriendo hacia él.

Joey huyó hacia uno de los lados de la casa, seguido por Zip que ladraba indignado. Y entonces el chico tropezó con el tarro que Ricky dejó junto al bordillo. ¡El tarro donde el pecosillo había capturado al abejorro!

La tapa saltó al suelo y el insecto salió volando, se posó en el tobillo de Joey, que seguía corriendo, y le dio un picotazo.

—¡Huy! ¡Huy! —se quejó Joey.

Y pensando que podía haber más abejorros por ahí, el chico salió del jardín de los Hollister a toda velocidad y corrió a su propia casa.

Mientras los niños observaban cómo el otro desaparecía, la señora Hollister salió a la puerta para decir que llamaban a Pete por teléfono.

Era Tinker. Dijo que dos personas ya habían llevado peces más grandes que el de Pete y que toda la ciudad hablaba del concurso.

—He pensado que te gustaría venir a ver los peces.

—Ya lo creo —repuso Pete.

Cuando Pete les dijo a los demás lo que le comunicó Tinker, todos sintieron enormes deseos de ir a ver a los peces. Bobby fue quien mostró mayor entusiasmo. Parecía haber olvidado todas sus preocupaciones y corrió alegremente con los Hollister a la puerta principal.

Mas de improviso su carita reflejó una expresión de miedo. Bobby se detuvo y se quedó mirando fijamente el coche que había aparcado delante de la casa.

—¿Qué pasa? —le preguntó Pam, dándose cuenta de la extraña expresión de los ojos del chiquillo.

—Pues… tengo miedo. Van a reñirme. —Y Bobby alargó un dedo al tiempo que decía—: Aquel que sale del coche es el señor Gillis.

Los demás niños también se habían quedado parados ahora y contemplaban en silencio al hombre que había empezado a subir por el camino. Tomando a Bobby por un hombro, el granjero dijo con voz furiosa:

—¿Qué significa esto de esconderse aquí, bribón? ¡Tu obligación es estar en la parte baja de la ciudad, vendiendo las hortalizas y los bollos que yo te doy!

Bobby intentó hacerles comprender que la señora Bindle le había dado permiso para ir a comer con sus nuevos amigos, pero el señor Gillis no le hizo el menor caso.

—No es la señora Bindle quien está encargada de ti. ¡Soy yo! Tu madre espera que seas útil en algo mientras estás en mi casa. Así que vuelve conmigo.

Ya había empezado a empujar a Bobby hacia el coche, cuando de pronto se volvió hacia los Hollister y rugió:

—¡Vosotros tenéis la culpa de esto! No os mezcléis en mis asuntos o lo lamentaréis.

Sin más, el granjero empujó a Bobby al interior del coche y cerró con un portazo. Luego, dio la vuelta alrededor del coche para sentarse en la parte correspondiente al conductor y se alejó calle abajo, con gran ruido del motor.

Los hermanos Hollister se miraron unos a otros, y al fin Holly declaró:

—El señor Gillis es un hombre malo.

—A mí también me lo parece, viendo cómo trata a Bobby —dijo Pam.

—Voy a contárselo a mamá —resolvió Holly, que echó a correr hacia la casa, volviendo al poco acompañada de la señora Hollister.

—Mamá, ¿por qué ese hombrote no trata bien a Bobby Reed? —decía Holly.

—Me habría gustado estar aquí —suspiró la señora Hollister—. A lo mejor yo habría podido persuadir al señor Gillis de que permitiese a Bobby quedarse con nosotros.

—Podríamos comprar a Bobby todos los bollos —se le ocurrió a Pam—. ¿Por qué no habré pensado en eso antes?

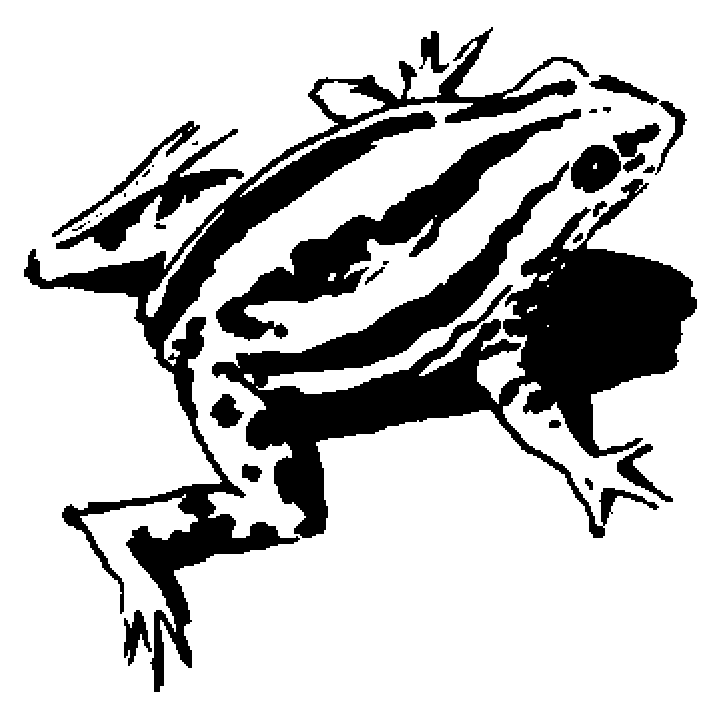
—Ahora temo que ya sea demasiado tarde —opinó la madre.

Todos los niños estaban muy entristecidos, pensando lo que le habría ocurrido a su amiguito.

—Por lo menos, que no le haya pegado ese hombre —deseó Pam fervientemente.

—¡Pobre Bobby! —Se compadeció Holly—. ¿Creéis que el señor Gillis hablaba en serio cuando nos dijo que nos prohibía volver a ver a Bobby?

ANIMALES EN FUGA



Todos los pequeños Hollister estaban tan apenados, pensando en Bobby Reed, que no tenían ya ganas de ir a la ciudad a ver los nuevos peces que había en el acuario de su padre. Pero su madre insistió en que fuesen, puesto que Tinker se lo había pedido.

—Me gustaría hacer algo por ayudar a Bobby —dijo Pam—. Pero no se me ocurre nada.

Ninguno de ellos encontraba una solución, pero, no obstante, no dejaron de pensar en el asunto. A la mañana siguiente, Pete y Ricky se marcharon a pescar, mientras hacían planes.

Cuando los chicos se hubieron marchado, Pam y Holly ayudaron a su madre a limpiar la cocina y mientras trabajaban empezaron a hablar del misterioso Viejo Moe que ponía aros metálicos en las

colas de los peces.

—Éste es otro pequeño misterio que podríais resolver vosotros —dijo la señora Hollister.

—Pues sí, mamá. Voy a averiguar quién es el Viejo Moe —aseguró Pam.

Holly se puso muy seria al decir:

—Puede que el Viejo Moe esté en un apuro y por eso quiere mandar un mensaje en la cola de los peces.

—Buscaremos la pista de ese hombre —añadió Pam, ya entusiasmada.

—Pero ¿dónde buscaremos?

—Por lo que dice la gente, el Viejo Moe vivía en la ciudad —contestó Pam—. Muchas veces, la gente que desaparece está cerca de donde antes vivía, ¿verdad, mamá?

—Sí —asintió la madre—, aunque lo corriente es que se haya ido a lugares muy apartados, así que no os desaniméis si no le encontráis. De todos modos, buena suerte.

Las dos niñas salieron de su casa cogidas de la mano. En primer lugar pasaron por casa de los Hunter para averiguar lo que sus amiguitos pudieran saber. Pero Jeff y Ann les dijeron que nunca habían oído hablar de nadie que se llamase Viejo Moe, aunque fueron en seguida a preguntar a su madre. La señora Hunter contestó también que no conocía a nadie con aquel nombre.

—Pero hay una persona en la ciudad que conoce a casi todo el mundo —añadió la madre de Jeff y Ann—. A lo mejor él os puede decir algo.

—¿Y quién es? —preguntó inmediatamente Pam.

—El señor Lewis, el conductor del autobús. Siempre que alguien necesita saber dónde vive alguna persona, va a preguntárselo al señor Lewis.

—¡Qué buena idea! —se entusiasmó Holly—. Esperaremos a que ese señor pase por aquí, conduciendo el autobús. Entonces le haremos que se pare para preguntarle si conoce al Viejo Moe.

Jeff dijo a las niñas que el señor Lewis había pasado conduciendo el autobús hacía quince minutos y que ya no volvería por allí hasta pasada media hora.

Mientras esperaban a que transcurriese aquella media hora, los

niños se entretuvieron con el juego del volante, en el patio de los Hunter. Pam y Holly eran muy buenas jugadoras y, como iban emparejadas, ganaron a Ann y a Jeff. Al cabo de un rato, el niño miró su reloj, diciendo:

—El señor Lewis pasará por aquí de un momento a otro. Vamos a salir a la calle para verle cuando pase.

Y Jeff estaba encaminándose a un trecho de la acera desde donde se podía ver bien toda la calzada, cuando anunció:

—Ahí viene.

Por el final de la calle apareció el autobús.

Los niños corrieron a la parada de la esquina y esperaron. Una vez que el autobús se hubo detenido, el señor Lewis abrió la puerta y preguntó con una sonrisa:

—¿Todos vosotros tenéis que subir, niños?

—No —contestó Ann—. Pero tenemos que hacerle unas preguntas, señor Lewis.

—Muy bien —repuso el conductor—. Preguntad, pero de prisa. No tengo mucho tiempo. Mirad. Es mejor que subáis. Os llevaré gratis hasta pasadas dos bocacalles y mientras, vosotros me preguntáis lo que queráis.

Holly soltó una alegre risilla. ¡Qué divertido! Los cuatro niños subieron al autobús y se sentaron cerca de la puerta.

—Vamos. ¿Qué tenéis que preguntar? —se interesó el señor Lewis, mientras ponía en marcha el autobús.

—¿Conoce usted a alguien en esta ciudad que se llame Moe? —indagó Pam.

—¿Moe? —El conductor se rascó la cabeza, mientras murmuraba—: Conozco un Joel, un Flor, pero no conozco a ningún…

Antes de concluir la frase, el señor Lewis hizo chasquear los dedos y exclamó:

—¡Pues claro que sí! Conozco a un hombre que se llama Moe.

Pam y Holly se removieron en sus asientos para acercarse más al conductor y oír mejor.

—¿Conoce a uno? —se interesó Pam—. ¿Y quién es? ¿Dónde vive?

—¿Es viejo? —añadió Holly.

—Bueno. Bueno. Vuestras preguntas se suceden más rápidamente que las señales de tráfico —bromeó el señor Lewis, riendo—. El Moe que yo conozco tiene una peluquería. Si seguís en el autobús os dejaré a la puerta.

—Pero no llevamos dinero —objetó Pam.

—Yo os pago el billete —ofreció el señor Lewis, haciéndoles un guiño, mientras dejaba caer cuatro monedas en el estuche del cobrador.

Varias personas más bajaron y subieron al autobús, antes de que el señor Lewis se detuviera casi en el centro de la ciudad, diciendo a los cuatro niños:

—En la acera de enfrente está la tienda del Moe que yo conozco. Os deseo que sea el mismo hombre a quien buscáis.

Los niños dieron las gracias al conductor del autobús y se apearon. Cruzaron a la otra acera y, en el escaparate de la peluquería, vieron un letrero que decía:



«Casa de Moe». Cuando entraron, los niños fueron recibidos por un hombrecito bajo y sonriente. Tenía unos enormes bigotes negros, pero sólo unos cuantos cabellos en la parte más alta de la cabeza.

—Es usted el Viejo Moe —preguntó Pam.

—Yo soy —respondió el hombrecito con voz cascada—. Supongo que querréis que le corte el pelo a vuestra hermana.

Y, al decir esto, se acercó directamente a las dos largas trenzas de Holly.

—¡No! ¡No! —se apresuró a decir la niña, sujetándose sus brillantes coletas—. No quiero que me las corte.

El hombre arrugó la frente y preguntó:

—Entonces, ¿quién necesita un corte de cabellos?

—Ninguno de nosotros —le contestó Pam—. Lo que queríamos saber, señor Moe, es si usted pesca.

Los ojos del peluquero se iluminaron.

—De modo que habéis oído hablar de mis peces, ¿eh? ¿Os gustaría verlos? Pues venid conmigo.

Mientras todos seguían al hombre a la trastienda, Holly, muy excitada, dijo a Pam en un susurro:

—¡Le hemos encontrado! ¿Verdad que es maravilloso haber encontrado al Viejo Moe?

El peluquero señalo un pequeño acuario que tenía en un rincón del cuartito.

—Ahí están mis peces. ¿No os parecen una monería?

Los jóvenes visitantes del señor Moe contemplaron el recipiente de cristal que estaba lleno de peces, ninguno de ellos más grande que una mosca.

—Son peces enanos —dijo el viejecito.

Los niños aseguraron que eran muy lindos, pero que no era eso lo que a ellos les interesaba, sino un gran pez como los que había en el acuario de la tienda de los Hollister.

—Son un millón de veces más grandes que éstos —aseguró Holly.

—Me parece que no es usted el Viejo Moe a quien estamos buscando —dijo Pam—. Nosotros buscamos a un señor que pone anillos en la cola de los peces, de peces grandes de los que se pescan en el río Muskong.

El peluquero les contestó que él no se dedicaba a semejante cosa y que nunca había oído hablar de nadie que lo hiciera. Como Pam le explicó que estaban intentando encontrar a la persona que ponía los aritos a los peces y querían saber por qué lo hacía, el peluquero les aconsejó que fuesen a ver al editor de la sección «Vida Silvestre» en el periódico, «El Águila de Shoreham». Las oficinas de periódico estaban en aquella misma calle, un poco más abajo. Los niños le dieron las gracias y se marcharon.

Jeff y Ann dijeron que ellos tenían que volver a casa.

—A ver si tenéis suerte y encontráis al verdadero Viejo Moe —les deseó Jeff—. Y decídnoslo en seguida.

—Sí. Os lo diremos.

Apenas habían andado unos pasos cuando las dos niñas se encontraron con Pete y Ricky, que habían pescado dos bellas truchas plateadas e iban a llevarlas al acuario del «Centro Comercial».

—Ya sabemos que no son bastante grandes para que ganen el premio —dijo Ricky—, pero nos hemos divertido mucho pescándolas.

Cuando los dos chicos se enteraron de que sus hermanas habían encontrado a un «falso» Viejo Moe se rieron de buena gana. Ya era mediodía, de modo que regresaron a casa a comer, dejando para después el acudir a la oficina del periódico.

Una vez dentro de la oficina de «Él Águila de Shoreham», Pam se dirigió a una señorita que estaba sentada en un escritorio próximo a la puerta.

—¿Deseáis algo? —les preguntó la joven.

—Sí —repuso Pam y a continuación le explicó que le gustaría hablar con el redactor de la sección «Vida Silvestre».

—En tal caso tenéis que dirigiros al señor Kent. ¿Queréis subir?

—Muy bien —contestó Pam.

La recepcionista, sonriente, les mostró dónde estaban las escaleras, y los niños estaban subiendo por ellas, cuando se produjo un ruido tremendo. Holly se llevó tal susto que quiso escapar de allí a toda prisa, pero un hombre que pasaba cerca la tranquilizó, asegurando que no ocurría nada. Explicó que aquel ruido lo producían las rotativas que imprimían los periódicos, las cuales

acababan de ser puestas en marcha.

Cuando los Hollister llegaron al segundo piso vieron una oficina en cuya puerta se leía el nombre del señor Kent. Pete empujó la puerta y todos entraron. El señor Kent no estaba allí, pero en su mesa escritorio había una nota que decía: «Vuelvo en seguida».

Los niños se sentaron a esperarle. Pam comentó que, en todo el edificio del periódico, se notaba un olor extraño; Pete repuso que aquel olor era, probablemente el de la tinta que se utilizaba para imprimir el periódico.

—Esta misma oficina es muy rara —declaró Holly, que estaba mirándolo todo con sumo interés.



Las paredes estaban cubiertas de cabezas de ciervo, figurillas representando peces y cuadros de escenas de caza. En una esquina del escritorio del señor Kent había un búho disecado.

—Parece un parque zoológico, aunque a mi me gusta más el zoo que esto —reflexionó Ricky, que en seguida gritó—: ¡Vaya! ¿Qué es aquello?

Y el pecosillo señaló hacia una especie de jaula, colocada sobre una mesita baja, detrás del escritorio del señor Kent.

—¡Una colección de animales! Pero ¡no son disecados! ¡Están vivos! —gritó Ricky, contemplando a dos adormiladas zarigüeyas que entreabrían los ojos.

Sobre una librería había una vitrina. Estaba construida totalmente de cristal y la tapa era de tela metálica. Dentro había unos grupitos de helechos que crecían entre piedras de vivos colores. Sobre una de aquellas piedras estaba sentada la rana más grande que los Hollister vieran nunca.

—¡Huy! Lo menos debe de ser una rana bisabuelo, como el Viejo Moses Twigg —reflexionó Holly.

Además de aquella rana gigante, en el recipiente de cristal había dos camaleones y una serpiente, de las que no son venenosas, que culebreaban junto a los cristales de su encierro.

—Esto es precioso. Tengo que mirar mejor esta rana —dijo Ricky.

El chiquillo aplastó la cara contra el cristal del acuario y en seguida aseguró:

—La ranita me sonríe.

—No debes hacer tanto ruido —le advirtió Pete—. Ésta es la oficina del señor Kent y ni siquiera le conocemos.

Pam dio la razón a Pete, asegurando que debían estarse quietos y callados hasta que volviera el periodista.

Estuvieron un rato sentados, pero Ricky no tardó en empezar a inquietarse. Se levantó a mirar por la ventana. Luego, volvió a acercarse a la vitrina.

—Me gustaría dar un beso a esta rana.

Y antes de que Pam hubiera podido decirle que se estuviera quieto, él había levantado la tapa de la vitrina y metió la mano para tocar a la rana.

—¡No! —se aterró Pam.

Pero ya era demasiado tarde. La rana dio un salto, pasó sobre la cabeza de Ricky y fue a parar al escritorio.

Mientras Ricky y los otros se volvían para ver a dónde había ido la rana, los camaleones treparon por los tallos de los helechos y salieron. ¡Y, al momento, la serpiente se arrastró por la tapa y se dejó caer al suelo!

UN MENSAJE MISTERIOSO



¡Qué confusión se produjo! La gigantesca rana empezó a saltar enloquecida. Los camaleones desaparecieron bajo el escritorio del señor Kent y la serpiente fue a refugiarse en una pila de papeles situada sobre la máquina de escribir.

—¡Ahora sí que has hecho una cosa horrible! —exclamó Holly.

—No quería hacer esto —se defendió Ricky lloroso, mientras se esforzaba por coger a la rana.

Y en aquel preciso momento entraron dos hombres en la oficina. Al ver a los Hollister husmeando por todas partes quedaron asombradísimos.

—Pero ¿qué ocurre aquí? —exclamó uno de los recién llegados, que era un hombre alto y de piel curtida.

—Se han salido todos —explicó Holly, apuradísima—. Lo ha hecho mi hermano, pero ha sido sin querer.

—Ya lo veo —dijo el señor que, inesperadamente, se echó a reír, diciendo—: Me parece que se alegran de encontrarse libres.

El otro hombre, que era delgado y llevaba gafas, soltó una risilla y comentó:

—En su despacho siempre ocurre algo, señor Kent. Y los dos señores se agacharon por el suelo, como los Hollister, intentando atrapar los animalitos que huían. Al principio no tuvieron suerte, pero, por fin, Holly utilizó una papelera vacía y capturó la rana.

—¡Ya no saltarás más! —gritó Holly, jubilosa, metiendo la mano en la papelera y cogiendo la rana por una pata.

Hizo aquello con facilidad porque había aprendido con sus hermanos a coger ranas a la orilla del lago. El señor Kent levantó la tapa de la vitrina y Holly dejó caer el animalito.

Los camaleones tenían un color tan parecido al de la alfombra que resultó muy difícil distinguirles. Los niños y los dos hombres se arrastraban por todas partes, buscando por debajo de cada uno de los muebles.

Al fin, Ricky encontró uno de los camaleones en un rincón, cerca del archivo, y logró cogerle antes de que se hubiera deslizado detrás del mueble.

—¡Aquí está el otro! —anunció Pam.

Estaba cerca de la ventana y había visto al camaleón trepando por un pliegue de la cortina. El animalillo quedaban lejos de su alcance, pero Pam no tardó en darle caza.

—¡Qué risa! —Exclamó Ricky—. Esto es igual que un rodeo del Oeste.

La serpiente fue más difícil de encontrar. De todos modos, Pete acabó encontrándola junto a las zarigüeyas y la apresó.

Cuando todos los animales fueron devueltos a su casa, el señor Kent dijo, riendo:

—Mi mujer me advirtió que no trajera estos bichejos a la oficina. Lo que ha ocurrido me está bien empleado.

Ricky pidió perdón al señor Kent por haber dejado salir a sus

animales.

—No te preocupes por eso —le tranquilizó el señor Kent, apoyando una mano en la cabeza de Ricky—. Te perdono lo que has hecho si me proporcionas un «lopadapulos».

—¿Y qué es eso? —preguntó Ricky, sin comprender que el señor Kent le estaba gastando una broma.



—Lo sabrás cuando lo encuentres. Es primo carnal del «nosecuantos».

Entonces Ricky se dio cuenta de la burla y se echó a reír, también. El señor Kent se sentó ante su mesa y pidió a los demás que tomasen asiento. No había bastantes sillas para todos, de modo que los muchachos se acomodaron en los brazos de las butacas en que se sentaron las niñas.

—Y ahora decidme qué es lo que queréis de mí, jovencitos —pidió el periodista.

Pete le dijo quiénes eran él y sus hermanos, y explicó que habían acudido a él para hacerle una pregunta.

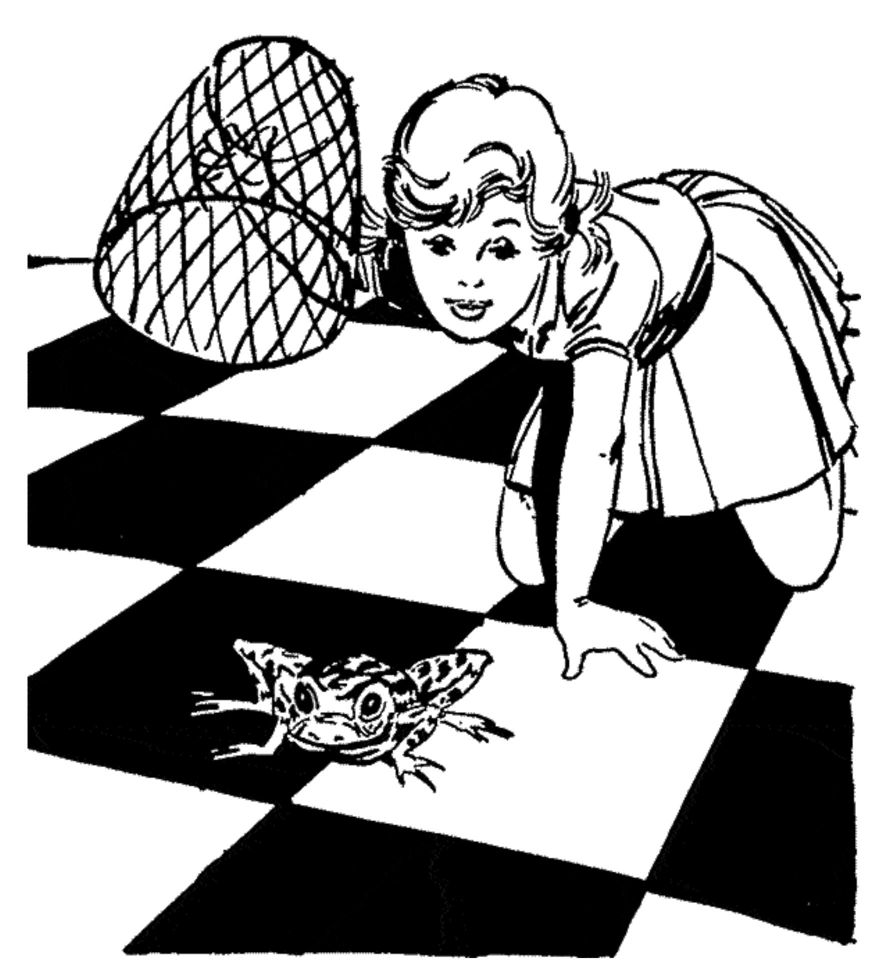
—Éste es mi amigo, el señor Finder —les presentó el señor Kent —. Trabaja en el banco, pero le gusta venir a hablar conmigo sobre pesca.

—De eso mismo queremos hablar también nosotros.

Y Pete contó al señor Kent todo lo relativo al pez payaso con un aro en la cola que ellos habían pescado.

—Por un motivo muy importante, tenemos que averiguar quién es el Viejo Moe. ¿Por casualidad le conoce usted? —preguntó Pete al señor del periódico.

El señor Kent repuso que lamentaba no tener noticia alguna de aquella persona, y que también a él le gustaría averiguar quién era; podría constituir un buen reportaje para el periódico.



—Ya nos han informado alguna vez de que se han pescado peces con aro y una inscripción, pero no ha habido manera de resolver el misterio sobre el Viejo Moe.

—A nosotros nos parece que tenemos ya una pista —intervino Pam—. ¿No han oído ustedes hablar de Moses Twigg, un señor que desapareció?

Los dos señores intercambiaron miradas y el señor Finder preguntó a Pam por qué aquello le parecía una pista. La niña les habló, entonces, de Bobby Reed y de su madre, quienes hacía mucho tiempo que no sabían nada del bisabuelo de Bobby. Como Moses Twigg era un gran pescador podía ser que se hubiera marchado a alguna parte para hacer experimentos con los peces.

—¿Qué clase de experimentos? —preguntó el señor Kent, ya muy interesado.

Pam repuso que no lo sabía exactamente… A lo mejor quería comprobar cuánto crecían o alguna otra cosa, en los peces que no fueran pescados.

—Aunque ya han pescado varios —dijo Pete.

El señor Kent dio un sonoro puñetazo en su mesa y sonrió a los hermanos Hollister, al decir:

—¡Vaya! ¡Vaya! Los hombres aficionados a la pesca, de toda la región, llevan un año intentando resolver el misterio de esos peces y vosotros, muchachitos, sois quienes habéis dado la mejor idea.

—Lo malo es que no podemos encontrar al Viejo Moe —dijo Holly—. ¿No puede usted ayudarnos?

Mientras el señor Kent meditaba sobre el asunto, su amigo, el señor que trabajaba en el banco, comentó:

—Es un asunto muy extraño. Precisamente he venido aquí a poner un anuncio en el periódico, relativo a Moses Twigg.

Muy sorprendidos, los niños miraron al señor Finder y le preguntaron por qué iba a poner un anuncio.

—Porque, cuando Moses Twigg desapareció, dejó en el banco una buena cantidad de dinero. Quisiéramos saber si ese hombre aún vive, porque, en caso contrario, su dinero iría a parar a los herederos.

—¡Los herederos serán Bobby y su madre! ¡Con la falta que les hace el dinero! —exclamó Pam.

El señor Finder sacó un cuadernito de su bolsillo y anotó la dirección de la cabaña donde vivían el amiguito de los Hollister y su madre. Dijo que, tan pronto como la señora Reed volviera de viaje, se pondría en contacto con ella. ¿Querrían tener la amabilidad los Hollister de decirle cuándo regresaba aquella señora, si es que podían averiguarlo por mediación de Bobby?

Los niños prometieron comunicárselo en cuanto lo supieran. Entonces el señor Finder sacó un pliego de papel que, según dijo, era el texto para el anuncio, y lo dejó sobre la mesa del periodista. El señor Kent leyó en voz alta:

«Se recompensará bien a la persona que proporcione

información sobre Moses Twigg, el cual había residido en Shoreham».

—¡Una recompensa! —dijo Pete, casi a gritos—. Me gustaría ganar esa recompensa.

El señor Finder sonrió, al contestar:

—Pues al paso que vais, no me sorprendería que la ganaseis vosotros. —Y luego añadió—: Ahora tengo que irme. ¿Se encargará usted de la inserción de mi anuncio, señor Kent?

El señor Finder se puso en pie y los niños también se levantaron, comprendiendo que ya habían hecho perder bastante tiempo al señor Kent. Éste les acompañó hasta la puerta y, entonces, se le ocurrió preguntar a los Hollister si habían visitado alguna vez la redacción de un periódico y, como los niños contestaron que no, él propuse:

—¿Os gustaría ver el proceso que sigue la inserción del anuncio del señor Finder, desde el principio hasta el fin?

—¡Ya lo creo! ¡Sería estupendo! —declaró Pam. El señor Kent descolgó el teléfono y los niños le oyeron dar orden a alguien de que detuvieran las máquinas de imprimir. Al momento, aquel ruido infernal que llevaba sonando ininterrumpidamente y que hacía estremecerse el edificio, cesó de oírse.

—Seguidme —dijo el señor Kent, abriendo la marcha para bajar las escaleras.

Ante todos les llevó a un despacho donde había sentado un joven a quien presentó a los Hollister, diciéndoles que era el encargado de los anuncios. El hombre dio el visto bueno al anuncio del señor Finder, haciendo una anotación en el papel, y lo devolvió a señor Kent.

Luego, se encaminaron todos juntos hasta una máquina de componer tipos. Los dedos de señor Kent trabajaron allí tan rápidamente que los niños no podían seguir sus movimientos. Luego, el hombre se volvió a sus pequeños visitantes, diciendo:

—A ver si lo imprimimos ahora mismo.

El molde cayó en un casillero y el señor Kent preguntó a Ricky si le gustaría llevarlo al siguiente lugar. Advirtió que estaba demasiado caliente para cogerlo, así que dio al niño su pañuelo

para que lo envolviera con él.

Todos se aproximaron a la enorme rotativa, la cual estaba ahora parada. El señor Kent dijo al hombre encargado de las máquinas que iba a sustituir el anuncio por algo que imprimiría en la portada. El hombre miró inmediatamente la placa metálica y del centro sacó tres hileras de letras que se llaman tipos de imprenta. Con gran rapidez insertó allí el anuncio relativo a Moses Twigg. Luego, el señor Kent le indicó que continuase las operaciones.

El hombre pulsó un interruptor y, al momento, la gigantesca máquina volvió a funcionar. El ruido que hacía era tanto que Holly se llevó las manos a los oídos, con lo que el señor Kent y el otro hombre se echaron a reír.

—Si estuvierais un tiempo por aquí, pronto os acostumbraríais —aseguró el señor Kent, quien, después, se volvió a Pete para preguntarle—: ¿Te gustaría tener el primer periódico que salga de prensa con el anuncio sobre Moses Twigg? Podrás llevártelo a casa.

Pete se estremeció de emoción ante la idea de tener aquel primer periódico y acompañó al señor Kent al otro extremo de la gran rotativa, por donde los periódicos, completos ya, volvían a salir, bien doblados y preparados para la venta.

Llegaron a aquella parte de la máquina en el momento en que salía el primer ejemplar en que ya iba insertado el anuncio relativo a Moses Twigg. Pete cogió el periódico y leyó en voz alta el anuncio.

—¡Bueno! ¡Esperemos que ganéis vosotros la e-compensa! —dijo, sonriente, el señor Kent.

Luego se despidió de los niños, quienes salieron de las oficinas del periódico. Los Hollister corrieron a casa y, emocionadísimos, enseñaron el periódico a su madre, declarando que pensaban seguir haciendo averiguaciones hasta encontrar a Moses Twigg. Además, esperaban que aquel hombre fuese el Viejo Moe, porque así resolverían dos misterios a un tiempo.

—Desde luego, sería asombroso que lo consiguieseis —opinó la señora Hollister—. ¡Ah, Pete! Hace un rato hubo una llamada telefónica para ti. Pero no ha querido decir quién era; sólo ha dicho que llamaría más tarde.

En aquel momento, sonó el teléfono y Pete corrió a coger el

auricular; oyó que una voz chillona que parecía de mujer decía:

—Me he enterado que desea usted saber algo sobre el Viejo Moe.

Pete estaba nerviosísimo.

—Desde luego —repuso—. ¿Es que usted sabe algo de él?

—Ya lo creo. Le contaré un secreto si se reúne usted conmigo dentro de unos minutos en el Puente de Piedra.

Antes de que Pete hubiera podido preguntar cómo se llamaba la misteriosa persona con la que estaba hablando, ésta cortó la comunicación. Pete explicó a su madre lo que acababan de decirle y pidió permiso para acudir al Puente de Piedra. La señora Hollister frunció el ceño y declaró que el modo de obrar del misterioso personaje que había llamado por teléfono era muy poco lógico.

—Pero debemos hacer averiguaciones, ¿no crees? —repuso Pete.

—Es verdad —concordó Pam—. Si queremos ser buenos detectives, mamá, no podemos dejar de comprobar ni una sola pista. Yo iré con Pete.

La señora Hollister accedió a dejarles ir, pero antes les advirtió:

—Los buenos detectives deben ser también muy precavidos.

Pete y Pam prometieron no complicarse en nada que pudiera resultar peligroso, e iban a marcharse ya, cuando Ricky suplicó que le dejase ir, también. Y Holly, al oírle, declaró que ella debía acompañarles, si es que se trataba de una aventura.

—Y yo «tamén» —empezó a decir Sue. La señora Hollister sonrió.

—Cuantos más seáis, menos peligrosa resultará la aventura, supongo yo.

Y dio su consentimiento para acudir al Puente de Piedra a todos sus hijos. Los cinco hermanos se pusieron en marcha, llenos de excitación. Pam llevaba a Sue de la mano. Cruzaron una explanada y siguieron por un camino que conducía hasta el Puente de Piedra.

Al poco tiempo llegaban a la orilla del río y muy poco después al viejo puente. Los niños miraron a su alrededor, pero no vieron a nadie.

—Puede que, al final, esa persona misteriosa haya decidido no venir —dijo Pam.

—También puede ser que hayamos llegado nosotros antes —se le ocurrió pensar a Pete.

Esperaron varios minutos. En vista de que nadie aparecía, Holly dio la idea de que tal vez la persona del teléfono se refería al otro lado del puente.

—Iremos hasta allí —concordó Pete—. Pero no os metáis en el agua.

Los cinco se mantuvieron en la orilla, mientras pasaban bajo el puente. En el momento en que llegaban al otro lado, por encima de ellos una voz sonora anunció:

—¡Yo soy el viejo Moe!

Y, a aquellas palabras, siguió una chillona carcajada que les asustó muchísimo. Sue se abrazó a Pam y Holly y Ricky empezaron a temblar.

—¡Yo soy el Viejo Moe! —repitió la voz.

Los niños levantaron la cabeza para mirar a lo alto del puente. ¡Y entonces algo empezó a caer en dirección a sus cabezas!

UN NIÑO DESAPARECE



Los Hollister se apartaron un poco, pero lo que caía desde el puente fue a parar directamente sobre sus cabezas.

¡Era barro! ¡Montones de barro!

—¡Ah! —gritó Ricky, mientras se quitaba el que le había caído en los ojos.

El barro había caído en sus cabellos y había resbalado luego por sus rostros. Las ropas quedaron totalmente sucias. Sue lloraba.

—¿Quién ha podido gastarnos una broma tan odiosa? —se preguntó Pam, enfadadísima.

—Yo tengo ya una idea de quién ha sido —anunció Pete.

Y corrió a uno de los terraplenes de la carretera que atravesaba el puente.

Miró hacia el puente, pero no había nadie allí. Dándose la vuelta, Pete miró en la dirección opuesta. Alguien desaparecía en

aquel momento entre los matorrales de un lado del camino.

Pete corrió todo lo velozmente que pudo hacia allí, pero, cuando llegó a los matorrales, la persona fugitiva había desaparecido. Se aproximaba un coche y Pete levantó las manos para indicar que se detuviera.

—Hola. ¿Tú por aquí? —dijo una voz amable.

—Hola, señor Finder. ¿Ha visto usted a un chico corriendo por el campo?

—Sí. Hace unos segundos ha salido un muchacho de los arbustos. Corría hacia allí.

Ya entonces, el señor Finder había dado un buen vistazo a Pete y extrañado por el aspecto del muchachito preguntó:

—¿Qué ha pasado? ¿Te has caído en un barrizal? Cuando Pete explicó lo que les acababa de suceder, a él y a sus hermanos, el señor Finder aseguró que se trataba de una broma de muy mal gusto.

—¿Y tienes una idea de quién puede ser el bromista? —preguntó —. Tiene que ser alguien que esté enterado de que buscáis al viejo Moe.

—Yo creo que era Joey Brill. Es la única persona de la ciudad que se empeña en hacernos la vida imposible. Se habrá enterado de que queremos encontrar a Moses Twigg para favorecer a Bobby. Como Joey no aprecia tampoco a Bobby.



Los demás niños llegaban ahora por el camino. ¡Qué aspecto tenían!

Pam había intentado limpiar con agua la cabecita de Sue, pero lo único que consiguió fue que el barro disuelto resbalara por la carita sonrosada de la pequeña. El vestido azul de Holly tenía enormes manchones oscuros y la camisa de Ricky estaba totalmente embadurnada de barro.

El señor Finder se ofreció a llevarles y los Hollister aceptaron inmediatamente. Pete ayudó a sus hermanos a entrar en el coche, advirtiendo a Sue que se sentara en el suelo para que no ensuciase la tapicería.

Pete se sentó delante, junto al señor Finder. Cuando el coche se puso en marcha, el señor del banco dijo:

—Olvidé deciros por qué tengo interés en encontrar pronto a Moses Twigg.

—Dijo usted que era porque ese señor tiene dinero en el banco —le recordó Pete.

—Sí, pero no os dije que ese dinero lleva en el banco diecinueve años. Si continúa un año más en el banco, me temo que se perderá.

—¿Por qué? —preguntó Pete.

El señor Finder explicó que, cuando un dinero lleva ingresado en un banco más de veinte años sin que nadie lo reclame, pasa al estado.

—¿Y eso quiere decir que Bobby y su madre no podrían cobrarlo?

—Me temo que no.

—Entonces tenemos que darnos mucha prisa para encontrar a Moses Twigg —opinó Ricky.

—Tienes razón, hijo.

Entonces el señor Finder detuvo su coche junto a la acera de la casa de los Hollister y sus pasajeros saltaron al suelo, dieron las gracias al amable señor y corrieron a ver a su madre.

Al verles, ella se quedó mirándoles fijamente, con incredulidad. En seguida, temiendo que estuvieran heridos, gritó:

—¡Dios mío! Pero ¿qué os ha pasado?

—Estamos bien, mamá —la tranquilizó Pam—. Todo lo que tenemos es suciedad.

Y la niña contó a su madre cómo les habían echado una lluvia de barro, y añadió que creían que el malintencionado bromista había sido Joey.

—Seguramente ese chico se cree muy gracioso murmuró, enfadada, la señora Hollister.

E inmediatamente se dispuso a lavar la cabeza a Sue, mientras los demás niños se bañaban y cambiaban de ropas.

Aquella noche, a la hora de la cena, la familia Hollister en pleno estuvo hablando largo rato. El señor Hollister rió de buena gana cuando Ricky contó cómo tuvieron todos que andar a gatas por la oficina del señor Kent, intentando «cazar» la rana, los camaleones y la serpiente.

—Eso me recuerda una ocasión en que vuestro tío Russ y yo, cuando teníamos aproximadamente vuestra edad, cogimos una rana gigante en una charca.

—Cuéntanoslo, papá —rogó Holly, a quien encantaba oír a su padre contar cosas de su infancia.

—Tuvimos un trabajo inmenso para poder cazar la rana —empezó el señor Hollister—. Estuvimos siguiéndola alrededor de la charca durante cerca de una hora hasta que, al fin, yo pude arrastrarme sigilosamente hasta ella. Pero, cuando me agaché a cogerla, perdí el equilibrio y caí en el fango. Tío Russ tuvo que sacarme por los pies, para que no escapase la rana.

—¿Y pudisteis llevárosla a casa? —quiso saber Holly.

—Sí, pero en casa volvimos a encontrar dificultades. Tía Emma había ido de visita y a ella no le gustan las ranas. Así que yo buscaré una fiambrera vieja, con un agujero en la tapa, y eché agua dentro. Tío Russ metió la rana allí. Entonces nos marchamos al sótano para construir una bonita jaula a la rana y, al cabo de un ratito, oímos chillar a tía Emma. A la pobre se le había ocurrido levantar la tapa de la fiambrera y la rana le había saltado a la cabeza.

Los niños estallaron en risas estrepitosas.

—¿Y tu mamá os dejó quedaros con la rana? —se interesó Pam.

—No. Tía Emma se había asustado tanto, que mi madre opinó que lo mejor era devolver la rana a la charca —explicó el señor Hollister, entre risas—. De todos modos, creo que el pobre animal

estaba allí más feliz.

Pete habló a su padre de todo cuanto hicieron en las oficinas del periódico y de cómo habían conocido al señor Finder, quien también estaba intentando encontrar a Moses Twigg.

—Ya veo que hoy habéis estado efectuando una tarea detectivesca de gran importancia —dijo el padre—. ¡Seguid, seguid trabajando así!

—Papá, ¿no podrías llevarnos en el coche hasta la granja del señor Gillis? —preguntó Pete—. Necesito ver a Bobby para que me diga si sabe cuándo vuelve su madre.

—¿Y por qué no telefoneas? —propuso el señor Hollister.

En cuanto acabó el postre, Pete fue al teléfono y marcó el número de la granja. Dejó que el timbre sonase largo rato, pero nadie le contestó.

—¿No podríamos ir, papá? —insistió Pete, suplicante—. A lo mejor todos están por los alrededores de la casa y por eso no oyen el teléfono.

—Está bien —accedió el señor Hollister—. ¡Todos al coche!

Los niños fueron a la granja, pero quedaron desilusionados porque allí no hallaron al señor Gillis, ni a la señora Bindle, ni a Bobby.

—Volveremos mañana —propuso Pete.

De regreso a la ciudad, los Hollister fueron mirando por las ventanillas del coche, por si veían a Bobby. Pam pensaba que el niño podía haber salido a vender bollos. Pero no le vieron por ninguna parte y, al fin, el señor Hollister llevó a su familia de regreso a casa.

Los niños se metieron en la cama, muy cansados, pero todos se durmieron pensando en Bobby y preguntándose dónde podría estar su amiguito.

—Espero que ese granjero tan malo no le haya hecho nada… —pensó Pam, mientras se iba quedando dormida.

Y, después de aquello, ya no pensó en nada más hasta la mañana siguiente, cuando ya brillaba alegremente el sol. Holly se despertó a los pocos minutos y las dos se divirtieron mientras hablaban sobre lo que debía decirle a Bobby Reed.

Bajaron todos al comedor y estaban a medio desayuno cuando

oyeron hablar sonoramente, aunque no entendieron las palabras.

—¿Oís? —dijo Pete—. Hablan por un altavoz. Mamá, ¿me dejas salir un momento a ver qué es?

La señora Hollister repuso que le daba permiso, si volvía en seguida, y Pete corrió a fuera. Regresó a los pocos minutos, anunciando:

—Sí. Es un altavoz. Hablan desde un coche de la policía que se acerca por la calle.



Al oír aquello, todos los niños pidieron permiso para levantarse de la mesa y salieron corriendo.

—Vamos hasta el final de la calle para verlo —propuso Pam.

Mientras se aproximaban al coche policial que avanzaba lentamente, los Hollister vieron que el conductor era Cal Newberry. El agente Newberry era un simpático policía que había ayudado a los Hollister a resolver el primer misterio con que se tropezaron en Shoreham.

—¿Qué está diciendo? —indagó Sue. De vez en cuando, Cal detenía su coche, se llevaba un micrófono a la boca y pronunciaba unas palabras por él. Escuchando atentamente, los niños se enteraron de lo que Cal decía:

—Bobby Reed ha desaparecido. Bobby Reed ha desaparecido. ¿Nadie ha visto a Bobby Reed?

UN PERRO DETECTIVE



Cuando los niños oyeron que Bobby había desaparecido se acercaron al agente Cal. Éste, al verles, detuvo el coche y les informó de que nadie había visto a Bobby desde la mañana anterior. La señora Bindle y la policía habían mirado por todas partes, pero no se le había encontrado.

—¡Oh, pobre Bobby! —Se compadeció Pam—. ¿No habrá tenido un accidente?

—Confiamos en que no.

Pete pensó que todo lo que ocurría era que Bobby se había escapado a causa de los malos tratos que le daba el señor Gillis, y así se lo dijo al policía.

—Podría ser —admitió el agente Cal—. Pero conozco bien a Bobby y no creo que sea de los que huyen de las cosas molestas. Sabe soportar los inconvenientes de la vida.

—Es verdad —dijo Pam—. Y, además, Bobby quiere a la señora Bindle.

El policía les dijo que ya debía marcharse para seguir su búsqueda.

—Nosotros le buscaremos también —afirmó Pete.

Al agente Cal le pareció bien la idea, aunque se preguntó cómo iban los Hollister a encontrar a un muchacho a quien la policía no había sido capaz de hallar.

—Haremos que venga Zip —dijo Ricky—. Es un perro pastor, pero tan listo como un perro policía.

Cal sonrió y, antes de marcharse, les dijo:

—Podéis probarlo.

Ricky dio un sonoro silbido y, al instante, desde una esquina de la casa, salió Zip a la carrera. Se detuvo delante de los niños, con las orejas muy tiesas, como esperando órdenes.

—Vas a hacer de perro detective —le comunicó Holly, mientras le acariciaba.

Después de decir a sus padres lo que querían hacer, los cuatro niños trataron de cómo empezar la búsqueda de su amigo.

—Podemos ir primero a la granja para que Zip huela la pista —opinó Pete.

El señor Hollister les llevó en el coche para averiguar si había noticias recientes de Bobby. Cuando llamaron a la puerta, salió a abrirles la señora Bindle; tenía los ojos enrojecidos de llorar y todos comprendieron que no había novedades respecto al niño desaparecido.

—Venimos para ayudarle a encontrar a Bobby —dijo Pete—. Señora Bindle, le presento a mi padre.

—Buenos días, señor Hollister —saludó ella—. ¡Esto es algo horrible, horrible! ¿Cómo voy a explicarle una cosa así a la señora Reed?

—No pierda las esperanzas —dijo el señor Hollister—. Probablemente Bobby estará aquí antes de que su madre regrese.

—Puede que nuestro perro sepa encontrar la pista por el olor —

añadió Pam—. ¿No tiene usted alguna ropa de Bobby para que Zip pueda olería?

La señora Bindle dijo que los Hollister eran muy amables al prestarse a ayudar. En seguida fue a la habitación de Bobby y regresó con un jersey y un zapato. Pete lo cogió todo y llamó a Zip.

—¡Anda, Zip! Huele esto.

El perro pareció comprender perfectamente lo que los niños querían de él, pues en seguida olfateó el jersey y el zapato.

—¡Ahora busca! —ordenó Pete.

El perro bajó el hocico hacia el suelo y empezó a corretear de un lado a otro ante la puerta de la casa.



—¡Vaya! —gritó Ricky, cuando al poco Zip echó a andar en línea recta.

Mientras Pete, Ricky y Holly seguían a Zip, Pam se entretuvo un momento con la señora Bindle para hacerle una pregunta.

—¿Se ha llevado Bobby alguna ropa para mudarse? —indagó.

El ama de llaves de la granja repuso que no. Bobby no se había llevado más que un pan.

—Eso fue lo que me hizo suponer que había ido a pescar —siguió diciendo la mujer—. ¡Ay, Dios mío, espero que no le haya sucedido nada!

—Estoy seguro de que Bobby se encontrará perfectamente —intervino el señor Hollister, deseoso de tranquilizar a la buena señora.

—En cuanto tengamos alguna pista de Bobby se lo diremos.

Y una vez dicho esto, Pam corrió para alcanzar a sus hermanos.

Zip, entre tanto, seguía olfateando. Pensando en lo que la señora Bindle había dicho, Pam quedó muy sorprendida al ver que el perro se encaminaba directamente a la ciudad, y no al río. Por fin, Zip llegó al «Centro Comercial» y allí se detuvo un rato y estuvo oliendo ante el escaparate.

—Bobby debió de venir aquí a mirar los peces —reflexionó Pete.

—El pobre tenía tantas ganas de ganar el premio que se habrá marchado a pescar —adujo Holly.

De pronto Zip se puso otra vez en marcha, seguido de los cuatro Hollister, por un sendero que llevaba hasta la orilla del río. Cuando llegaron a una parte por donde cruzaban las vías del tren, Zip se detuvo y empezó a olfatear por un lado y por otro, unos instantes.

—A lo mejor Bobby se paró aquí porque quería subir a un tren —pensó Ricky.

Pero Holly declaró que Bobby no habría sido tan tonto como para intentar subir a un tren en marcha, ni siquiera aunque fuese un tren de mercancías que avanzase despacio. Probablemente se detuvo un momento a descansar o a mirar hacia un lado y otro de las vías, antes de cruzarlas.

A los pocos minutos, Zip prosiguió su búsqueda cruzando las vías y corrió por el camino en dirección al río Muskong, con el hocico casi pegado al suelo.

Al fin, el fiel perro pastor condujo a sus amos hasta la orilla del río próxima al Puente de Piedra, se acercó hasta el agua y se detuvo. Allí estuvo unos instantes dando resoplidos y mirando a los niños. Era indudable que el perro había perdido la pista en aquel preciso lugar.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Holly—. ¿No será que el pobrecito Bobby se cayó al agua y se ahogó?

—¡Huy, no pienses esas cosas! —suplicó Pam, escalofriada.

Y de pronto Pete gritó con extrañeza:

—¡Mirad! Aquella barca vieja ha desaparecido. Sí, aquella que sacamos del agua…

Los cuatro Hollister miraron con asombro hacia el fangoso lugar donde antes se hallaba la vieja embarcación.

—Si Bobby intentó ir a pescar en esa barca no creo que llegase muy lejos —dijo Pete, muy preocupado.

Aterrados al pensar en que el muchachito hubiera podido meterse en la vieja barca y marchado río abajo, los niños buscaron por los alrededores de aquel lugar. No viendo la barca por ninguna parte, acabaron sentándose, mientras pensaban en lo que debían hacer.

—No podemos embarcarnos por el río solos —suspiró Pam—. ¿Quién podría acompañarnos? ¿Querrá venir papá?

—No. He oído que hoy estaba todo el día fuera de la ciudad. Pero ya sé —dijo Pete—. Conozco una persona que sí querrá acompañarnos.

—¿Quién?

—Bill el Soltero.

Bill el Soltero era un hombre de anchos hombros y carácter amable que se pasaba la mayor parte del tiempo al aire libre, haciendo deportes. Una vez en que Pete estuvo encargado de atender los negocios en el «Centro Comercial» durante una hora, vendió a aquel señor una canoa. Se llamaba William Barlow, pero en la ciudad todos le conocían por Bill el Soltero.

—Pues vamos en seguida a ver si quiere llevarnos —decidió Pam, impaciente.

Los Hollister volvieron rápidamente a casa y Pete se apresuró a buscar en el listín el número de teléfono de Bill. Afortunadamente,

Bill estaba en casa.

Cuando Pete le contó lo que ocurría respecto a Bobby y le preguntó si él podría ayudarles a buscar al muchacho, Bill el Soltero dijo que estaría dispuesto inmediatamente.

—Pero sólo podré llevar en la barca a dos de vosotros —les advirtió—. Nos encontraremos dentro de media hora en el Puente de Piedra.

La señora Hollister decidió que serían Pam y Pete quienes marchasen a reunirse con Bill el Soltero. Después de despedirse, Pete y Pam volvieron a toda prisa a la orilla del río. No tardaron mucho en llegar y ver a Bill en su canoa; éste se acercó a la orilla y mantuvo quieta la embarcación, mientras los niños saltaban a ella.

—Tú rema delante —dijo Bill a Pete—. Yo llevaré el timón, y tú, Pam, puedes sentarte en medio y nos servirás de vigía.

Apoyando su remo en la orilla, Bill dio un fuerte empujón, con lo cual la canoa se encontró en mitad de la corriente. Empezaron por remar corriente abajo, porque Bill consideró muy poco probable que Bobby hubiera podido ir corriente arriba en una barca vieja y estropeada. Habría sido casi del todo imposible para un muchacho de su edad y estatura remar contra la corriente.



A los pocos minutos pasaron ante una pequeña lancha anclada cerca de una curva del río, donde la corriente no era muy fuerte. En la lancha había dos hombres, pescando.

Pete se dirigió a ellos, preguntando:

—¿No han visto ustedes por aquí a un chico que iba solo en una barca muy vieja?

—No —le respondieron.

—¿Llevan ustedes mucho tiempo aquí? —indagó Bill.

—Estamos desde las cinco de esta mañana.

—Entonces, Bobby tuvo que pasar antes de esa hora —dijo Bill a los niños—. Eso suponiendo que pasara en alguna ocasión por aquí.

Más allá se encontraron ante una barca anclada junto a la orilla. Uno hombre estaba manipulando el motor de fuera borda. Bill y los Hollister le preguntaron si sabía algo de un muchacho que debía de haber pasado por allí.

—No —respondió el hombre—. He estado casi toda la mañana luchando por arreglar este odioso motor y habría visto a cualquier chico que hubiese pasado cerca de mí.

Los de la canoa siguieron adelante, aunque ya empezaban a desanimarse. Cada vez que veían una embarcación, preguntaban a sus ocupantes si habían visto a Bobby, pero nadie podía darles información sobre el muchacho.

Transcurrido un rato vieron que ante ellos tenían un bonito paisaje. A la otra orilla del río se veía una larga fila de barquitas muy pequeñas.

—Van a celebrar una competición —dijo Pete. Eso dio a Pam una idea… Si Bobby había ido en aquella dirección, seguramente se habría detenido allí para ver la carrera.

—Vamos a ver si está allí —propuso la niña—. Si no le vemos, podemos preguntar a los concursantes si han visto a Bobby Reed.

—De acuerdo —accedió Bill el Soltero. Remaron en dirección a un grupo de chiquillos que se encontraban en la margen izquierda del río. Todos aplaudían y levantaban los brazos, mientras, una tras otra, las barquitas iban ocupando sus puestos para la competición. Pete y Pam miraban a los chicos con toda atención, intentando descubrir a Bobby entre ellos. Pero Bobby no estaba allí.

Con precaución, para no estorbar a las pequeñas barquitas de

vela, Bill condujo la canoa hasta un joven que parecía tener algo que ver con la competición.

—¿No ha visto usted a un chico que se llama Bobby y que puede haber pasado por aquí en una lancha muy vieja? —le preguntó Pete.

El hombre no se había fijado en ningún muchacho que hubiera pasado en una lancha vieja, pero sugirió que preguntasen a los niños que estaban reunidos en la orilla. Pete hizo lo que el hombre le acababa de indicar y fue preguntando a los chicos de uno en uno, hasta que un pequeño pelirrojo le repuso:

—Hace una media hora había un chico al que no conozco. No le había visto nunca.

Pam se puso nerviosísima al oír aquello.

—¿Era un niño de diez años, con los ojos castaños? —preguntó.

—No sé de qué color tenía los ojos, pero era tan alto como yo.

—Entonces, puede ser el chico que buscamos —reflexionó Pete —. ¿Hacia dónde se fue?

—Estuvo un rato viendo el concurso; luego se fue por aquellos bosques.

—¿Quiere usted esperarse un poquito, mientras nosotros vamos a inspeccionar? —pidió Pam a Bill.

—De acuerdo. Pero no vayáis lejos.

Pete y Pam echaron a correr en la dirección que el pelirrojo les había indicado. Mientras se iban internando entre los árboles y matorrales, los niños gritaban:

—¡Bobby, Bobby! ¿Dónde estás?

Pero nadie les contestaba. Pronto llegaron a un caminillo y Pam consideró que cualquiera que pasase por el sendero en que ellos se encontraban habría seguido dicho caminillo. De modo que tomaron aquella dirección, llamando continuamente y con grandes gritos a Bobby. Habían recorrido ya un trecho, cuando Pete dijo:

—¡Silencio! ¡He oído algo!

Al principio, Pam creyó que aquello no era más que el nombre de Bobby que ellos pronunciaban y que el eco repetía. Pero, al fin, se convenció de que lo que se oía era una contestación, en voz que sonaba muy lejana, muy apagada.

—¿Crees que le habremos encontrado? —Preguntó Pam,

entusiasmada, mientras ella y su hermano aceleraban el paso—. Bobby, ¿estás ahí?

—Aquí estoy. ¿Qué queréis?

Pete y Pam salieron, entonces, a un claro del bosque donde un muchachito estaba cogiendo fresas. Se encontraba de espaldas a los Hollister, pero, cuando éstos se acercaron, él se volvió para preguntar:

—¿Me llama mi madre?

Pete y Pam se quedaron mirándole, asombrados. ¡Aquel niño no era Bobby Reed!

—¿Te llamas Bobby, acaso? —preguntó Pam.

—Sí. Claro. Pero ¿quiénes sois vosotros? Me parece que no os conozco.

—No. No nos conoces —admitió Pete—. Mi hermana y yo estamos buscando a otro Bobby. A Bobby Reed. ¿Le has visto tú?

—No.

Los dos hermanos se sintieron muy desanimados. Cuando regresaban hacia la orilla del río, Pete dijo:

—Esto es más difícil que la caza de patos silvestres.

Cuando llegaron a la canoa se instalaron en ella y comunicaron a Bill el fracaso que acababan de sufrir.

—Es una lástima —concordó Bill—. Pero buscaremos en otros sitios.

Se pusieron otra vez en marcha y cada uno de ellos iba pensando en los lugares a donde podía haberse dirigido Bobby. Al cabo de un rato, Bill comentó:

—Si Bobby ha pasado por el río en la barca vieja, hay una persona que le habrá visto.

—¿Quién es? —preguntaron los dos niños a un tiempo.

—Hug, el que hace barquitos en miniatura.

Los Hollister habían oído hablar de Hug. Era un hombre que vivía junto al río, donde se dedicaba a hacer barquitos en miniatura para venderlos a los visitantes. Se pasaba todo el día en el desembarcadero y, por lo tanto, veía necesariamente a todo el que pasaba.

Muy pronto, los tres viajeros de la canoa se encontraron ante el desembarcadero de Hug. Bill condujo la embarcación hacia la orilla

y el hombre se levantó para saludarles.

—Buenos días —dijo—. ¿Me compran una canoa en miniatura?

—No —repuso Bill—. Estamos buscando a un niño que se ha perdido. Nos parece que se ha marchado por el río en una embarcación vieja.

Hugh masculló:

—¡Hum!

Y volvió a sentarse, sin duda molesto por no haber hecho una venta. Pam le preguntó amablemente:

—¿No ha visto usted pasar por aquí a un niño que iba solo, en una barca muy vieja?

El hombre se rascó la cabeza y repuso:

—Pues sí. Ahora que lo pienso, creo que le vi pasar.

Los Hollister volvieron a sentirse emocionados.

—¿Cuándo? —indagaron rápidamente.

—Vi pasar por aquí a un chico en una vieja barca ayer al mediodía —explicó Hugh—. La corriente arrastraba y el crío no hacía más que sacar agua de la embarcación a toda prisa. No comprendo cómo aquel trasto se mantenía a flote.

—¡Ooooh! ¡Era Bobby! ¡Seguro que era Bobby! —exclamó Pam, que no podía dominar su nerviosismo.

¡NAUFRAGIO!



—¡Qué horrible! —repitió Pam, pensando en el pobre Bobby con la embarcación llena de agua—. ¡Estoy segura de que era Bobby!

También Pete y Bill estaban preocupados por lo que podía haberle ocurrido a Bobby. No era muy probable que hubiera podido mantenerse mucho tiempo a flote, aunque no hubiese cesado ni un minuto de ir sacando agua de la que llenaba su embarcación.

—Naturalmente —siguió diciendo el hombre que modelaba barquitos—, yo llamé al chico, pero él no me contestó. Yo he prestado mi canoa a un amigo, de modo que no pude salir a ayudarle. Ese chico seguía achicando agua de la embarcación, cuando desapareció por allí, en aquella curva del río.

—Vamos allí —repuso en seguida Pete.

El muchacho dio las gracias a Hugh, y Bill condujo su canoa, a toda velocidad, por el camino que el hombre les acababa de indicar.

Mientras él y los niños escudriñaban por las orillas del río, Bill

preguntó si Bobby sabía nadar. Los Hollister no pudieron contestarle a aquello porque no la sabían. Pero Pam opinó que, aunque Bobby supiera nadar, no le habría sido fácil llegar a la orilla. En muchas zonas, el río era tan ancho que un niño podía cansarse y sentirse incapaz de seguir nadando, mucho antes de llegar a tierra.

—Mala cosa es que nos lleve tanto tiempo de ventaja —comentó Bill—. A estas horas puede estar muchas millas río abajo, y eso es lo que yo me inclino a creer. Bobby ha querido irse muy lejos, a donde ese granjero, que le trata tan mal, no pueda encontrarle.

Las palabras de Bill animaron bastante a Pete y Pam. A pesar de que preguntaron a más personas si sabían algo de Bobby y todos les contestaron que no, ya no se sentían tan temerosos de que Bobby hubiera sufrido un grave accidente. Al cabo de un rato, Bill miró su reloj diciendo:

—No conviene que vayamos más lejos. Va a resultarnos muy largo y pesado remar corriente arriba hasta Shoreham. Ahora, lo que tenemos que hacer es descansar un rato y aprovechar para comer.



—Pero ¡si no hemos traído nada! —exclamó Pam, llevándose una mano a la mejilla, lastimeramente.

Bill el Soltero sonrió, diciendo que por eso no había que preocuparse. Y buscó bajo el asiento, de donde sacó una cesta de merienda que entregó a Pam. Luego, llevó la canoa a un claro de la orilla del río. Por primera vez en todo el día, desapareció de los rostros de Pete y Pam la expresión preocupada.

—Muchas gracias por haberse acordado de traer comida —dijo Pam, sonriendo amablemente—. A usted nunca se le olvida nada.

Él le hizo un simpático guiño, y contestó:

—Lo que no se me olvida es que tengo un apetito enorme. Apuesto algo a que soy capaz de comer tanto como vosotros dos juntos.

Todos se echaron a reír y, entonces, la canoa tocó tierra.

—Aquí hay un rincón con lugar para hacer una hoguera. Así podremos hacer a la brasa las cosas que he traído.

Pete salió el primero para ayudar a los otros a saltar a tierra y sacar la canoa del agua. Al abrir la cesta de la merienda, Pam encontró allí salchichas, panecillos y un termo lleno de leche.

Pete encendió una hoguera y la niña se encargó de asar las salchichas, utilizando unas largas ramas de sauce que había buscado Bill.

A los tres, les había abierto el apetito tan largo viaje en canoa y se deleitaron con la sabrosa comida campestre. Cuando acabaron, Pete cogió de la canoa una lata vieja y la llenó de agua para apagar con ella el fuego. Pam estaba recogiendo las sobras cuando exclamó de repente:

—¡Miren lo que he encontrado!

Pam tenía en las manos un papel de los que se usan para envolver las hogazas de pan.

Pete y Bill no podían comprender por qué la niña se ponía tan nerviosa por un simple trozo de papel, pero Pam explicó los motivos.

—¡Este papel es de la panadería de Miller, en Shoreham! ¡Bobby llevaba medio pan cuando desapareció! Pete, ¿no te acuerdas de lo que dijo la señora Bindle?

Al comprender que aquello constituía una pista acerca del

muchachito desaparecido, Pete abrió unos ojos tan grandes como platos.

Y dijo:

—Entonces, ¿tú crees que Bobby ha estado aquí?

—Sí.

Bill admitió que era posible tal cosa y dijo que lamentaba no poder continuar la búsqueda.

—¿Querrá usted volver mañana con nosotros? —le preguntó Pete.

Pero Bill contestó que no podía, porque tenía que marchar fuera de la ciudad; aunque tal vez uno de sus amigos querría acompañar a los niños.

—¡Cuánto me gustaría que estuviese aquí tío Russ! —suspiró Pam.

Tío Russ era, aparte de sus padres, el familiar a quien más querían los hermanos Hollister, pues era un hombre alegre, que siempre bromeaba. A todos les gustaba mucho salir a pasear en barca con el tío Russ.

—Hace mucho que no le vemos —recordó Pete—. Debe de estar de viaje.

Pam se guardó en el bolsillo el papel de la panadería y todos volvieron a la canoa. Cuando Pete y su hermana estuvieron dentro de la embarcación, Bill metió un pie en ésta y con el otro dio impulso hacia delante para que la barca se separase de la orilla.

Una vez estuvieron en el centro del río, Bill situó la canoa de frente a la corriente, que era muy impetuosa. Pero el hombre tenía fuertes y grandes brazos, y también Pete contaba con buenos músculos. Hacía un rato que los dos remaban con firmeza, cuando Pam volvió la cabeza y vio una motora que llegaba corriente arriba.

—¿Por qué no les preguntamos si han visto a Bobby? —propuso la niña.

Al aproximarse a ellos la motora, Bill dijo sorprendido:

—Pero ¡si es el «Beeline»! Su dueño es amigo mío. El conductor de la motora redujo la marcha para evitar que el fuerte oleaje hiciese zozobrar a la otra embarcación más pequeña. Bill levantó el remo, haciéndolo ondear en señal de saludo.

—¡Hola, Henry! —gritó—. Detente un minuto.

Henry paró en seguida el motor y situó su embarcación al lado de la canoa. Era un joven delgado, de unos dieciocho años, con cabello negro y ondulado y dientes blanquísimos; y al decir que celebraba conocer a los Hollister, sonrió ampliamente.

—¿Ha bajado usted por el río antes? —preguntó Pam.

—He hecho unas diez millas a favor de la corriente, antes de regresar.

—¿Y no ha visto usted a un niño en una barca vieja, o ha oído algo de él? Es un chico que se llama Bobby Reed.

—He visto una barca de la policía explorando por ambas orillas —repuso Henry—. Una de ellos me dijo que estaban buscando a un chico que ha desaparecido.

—Sí. Es a Bobby al que buscan —dijo Pete—. ¡Si le encontrasen!

—Yo también lo deseo —afirmó Henry—. Bueno, amigos, os falta un buen trecho hasta llegar a Shoreham. ¿Queréis un descanso?



—Nos iría muy bien —sonrió Bill.

A Pam le gustaba ir por el río a marcha de paseo, pero pensó que también sería muy divertido ir por él a la velocidad de una motora.

—Creo que habrá sitio en mi motora para la canoa —calculó, mientras medía con la vista la extensión de su cubierta—. Lo que pasa es que nunca he cargado con una canoa al hombro.

Pete hizo chasquear los dedos, al decir:

—No creo que haga falta eso. ¿Por qué no atan la canoa a la parte trasera de la motora? Bill puede subir con usted y Pam y yo nos quedamos en la canoa.

—Eso es —concordó Henry—. Un remolcador. Bill meditó un momento sobre aquella idea, hasta que decidió:

—Habrá que utilizar una cuerda muy larga, porque el oleaje que producirá la «Beeline» podría volcar fácilmente la canoa.

Henry aseguró que tenía una cuerda larguísima y la buscó en un cajón. Ató, luego, uno de los extremos al aro metálico de la popa y tendió el otro cabo a Bill. Éste último, cuando hubo atado fuertemente la cuerda a la barra de madera, próxima a la proa de la canoa, saltó a la motora de su amigo.

—¡Que os divirtáis! —deseó a los Hollister. Henry puso el motor en marcha y la motora se movió, primero lentamente, hasta que la cuerda del remolque quedó bien tensa. Luego, Henry dio más velocidad y el motor rugió sonoramente, al tiempo que ambas embarcaciones aceleraban la marcha.

Bill estuvo unos minutos observando a los niños, para cerciorarse de que no corrían ningún riesgo. Pete le sonrió, diciéndole a gritos que se iban a divertir mucho, pero Bill no pudo oírle, a causa del zumbido del motor y se volvió para hablar con Henry.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. Es igual que un tobogán acuático.

Las olas que levantaba la motora iban a estrellarse en la canoa, llenando de espuma a los dos Hollister, que no tardaron en quedar empapados en agua.

—Teníamos que haber traído los trajes de baño —rió Pam.

Y, entre alegres carcajadas, Pete declaró:

—Llegaremos a casa en un santiamén.

Mientras viajaban a tan gran velocidad se cruzaron con otras canoas, y Pete y Pam saludaban a todos levantando la mano. Unos niños les gritaron al pasar:

—¡Dejadnos subir con vosotros!

Y siguieron diciendo más cosas, pero todas sus palabras se perdieron en el viento.

—A Holly y a Ricky les habría gustado mucho ir así —dijo Pam, mientras avanzaban por las aguas a toda velocidad.

Pete miró hacia la motora donde Bill y Henry iban sentados de espaldas a él y su hermana, y, de pronto, el muchachito quedó sin respiración. ¡Poco a poco la cuerda se iba desatando de la motora!

Pete llamó a Bill con grandes gritos, pero el hombre no podía oírle, debido al rumor del viento y el rugido del motor.

Entonces, también Pam se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y, colocando las manos a ambos lados de la boca, gritó igual que Pete. Pero tampoco logró que Bill o Henry la oyeran.

—¿Qué hacemos? —preguntó a gritos, Pam a su hermano.

—¡Sujetarnos muy fuertemente! Muy asustada, Pam se sujetó a los lados de la canoa, mientras la cuerda acababa de soltarse por completo. ¡La canoa se encontró entonces yendo a la deriva! Debido al impulso que llevaba siguió avanzando un corto trecho. Luego quedó parada en medio del oleaje levantado por la motora, y giró sobre sí misma a velocidad vertiginosa. Un momento después se volcaba. Los dos niños fueron lanzados de cabeza al agua.

Quien primero sacó la cabeza a la superficie fue Pete que empezó a llamar:

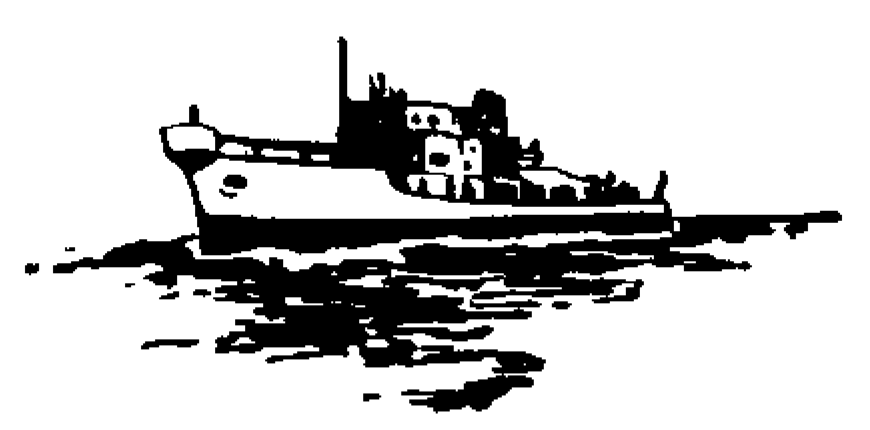
—¡Pam! ¡Pam! ¿Dónde estás?

Yen aquel momento vio que una mano de su hermana asomaba haciendo movimientos desesperados sobre el agua, por uno de los costados de la canoa volcada.

Y Pete pensó, aterrado:

«¡Pam se ha quedado agarrada por algo ahí debajo!».

UNA EMOCIONANTE SORPRESA



Nadando a toda prisa, Pete llegó hasta el costado de la canoa y buceó por debajo de la embarcación.

¡La pobre Pam había quedado enredada en la cuerda que les había servido para ir remolcados!

Su hermano deshizo a toda prisa el enredo y dio a Pam un empujón para hacerla salir a la superficie, a donde la niña llegó con gran esfuerzo, un momento antes de haber perdido el aliento. Pete fue tras ella y la ayudó a subir a la quilla de la canoa volcada.

—¿Te encuentras ya bien? —preguntó Pete, muy preocupado.

—Sí, sí. Gracias por haberme salvado, Pete. No habría resistido ni un poco más allí debajo.

Ya tranquilo, viendo que su hermana estaba bien, Pete empezó a mirar a todas partes, buscando si había alguien que pudiera ayudarles. Cerca no había nadie, pero en la distancia podía distinguirse la motora de Henry.

—¡Está dando la vuelta! —gritó con alegría—. ¡Nos han visto!

A los pocos minutos los hombres de la motora llegaban junto a ellos y les tendían las manos para que saltasen a su embarcación.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó Bill, mientras ayudaba a saltar a Pam.

—Se ha soltado la cuerda —contestó ella.

—¡Qué susto nos habéis dado, chicos! —dijo Bill.

Pete se ofreció para recuperar la cuerda de remolque que en seguida arrojó sobre la cubierta del «Beeline». Bill ató fuertemente la cuerda y entre él y Pete dieron la vuelta a la canoa.

—Creo que será mejor que el resto del viaje lo hagáis en la motora con nosotros —dijo Henry, sonriendo.

Y tendió la mano para ayudar a que Pete subiese a la motora, pero el muchacho dijo:

—Antes tengo que buscar una cosa muy importante.

Se sumergió en el agua para bajar al fondo. Dos o tres veces volvió a la superficie a respirar, pero de nuevo se hundió.

—¿Qué estará buscando? —preguntó Bill, con extrañeza.



También Pam se asombró al principio de lo que hacía su hermano, pero no tardó en suponer los motivos, aunque no lo dijo a los dos hombres. Y al fin Pete emergió a la superficie, sonriendo satisfecho.

En una mano llevaba la cesta de la merienda. Los otros se echaron a reír y Bill dijo:

—Veo que te has acordado de que tengo buen apetito.

Pete le entregó la cesta y luego, apoyándose con las manos en la borda, saltó ágilmente al interior de la embarcación donde se sentó, jadeante.

—Buen trabajo —exclamó Henry con admiración. Hizo dar la vuelta a la motora y recorrieron cierta distancia corriente abajo para recoger los remos. Después tomaron nuevamente la ruta hacia Shoreham.

—Vais a coger un resfriado si seguís con esas ropas mojadas —dijo Bill a los niños, al cabo de un rato.

—Eso puedo solucionarlo yo —aseguró Henry con una risilla, mientras señalaba en dirección al pequeño camarote—. Allí hay algunas ropas secas. Escoged lo que os convenga.

Pam fue la primera en entrar en el camarote y, al salir a los pocos minutos, su vestimenta hizo estallar a todos en alegres risas. Porque el elegante equipo que Pam había escogido consistía en unos grandísimos calzones de los que tuvo que enrollar las perneras, una camisa blanca de caballero y una redonda gorra de marinero.

—Pareces un verdadero capitán de barco —rió Bill—. Ahora te toca a ti el turno, Pete.

El chico desapareció en el camarote, para regresar luego luciendo unos grandísimos pantalones color caqui, sujetos por un cinturón que le daba dos vueltas a la cintura, y una vieja chaqueta, tan grande, que Pete parecía perderse dentro de ella. Los dos hermanos iban descalzos y reían, mirándose el uno al otro con tan estrafalarios atavíos.

—Por lo menos vais secos, gracias al guardarropas de Henry —declaró Bill.

Extendieron al sol sus ropas mojadas y cuando la embarcación llegó a orillas de Shoreham, el viento ya las había secado. Y Pete y Pam pudieron librarse de sus inmensos ropajes, aunque tuvieron

que llevar en la mano los zapatos mojados. Dieron las gracias a Bill y a Henry y saltaron a tierra.

Eran las cinco y media cuando llegaron a casa. Y mientras subían por el camino, Ricky y Holly corrieron a su encuentro.

—¿Habéis encontrado a Bobby? —preguntaron.

—¿Y por qué lleváis los zapatos en la mano?

—Esperad un momento y os lo contaremos —dijo Pam, corriendo a la casa.

Pete y Pam contaron las aventuras de aquel día y los demás alabaron a Pete por lo bien que se había portado, salvando a Pam, y consideraron que Pam había sido muy lista al encontrar aquel papel de la panadería, que servía de pista para buscar a Bobby.

—A papá le alegrará saber lo que habéis hecho hoy los dos —aseguró la señora Hollister.

Holly estaba muy quieta y con los ojillos resplandecientes, y Pete y Pam comprendieron que su hermanita tenía algo que contarles.

—¿Qué has estado haciendo tú, Holly? —preguntó Pam.

—He ido a ver a la señora Bindle —repuso Holly—. Me ha dado un pastel y me ha dicho que la mamá de Bobby vuelve «corriendo». Llegará dentro de muy pocos días.

—Será que la policía le ha dicho que Bobby ha desaparecido —supuso Pete.

—Seguramente —concordó la madre.

Era ya más tarde de la hora en que acostumbraban a cenar cuando el señor Hollister regresó de su trabajo. Los niños salieron corriendo a recibirle, y todos le besaron y abrazaron.

—¡Pete ha salvado a Pam y a Holly le han «relagado» un pastel! —anunció la chiquitina Sue.

—Pete y Pam han venido con los zapatos en las manos —añadió el picaruelo de Ricky.

Tantas cosas explicadas a un tiempo confundían al señor Hollister, que levantó las manos pidiendo calma, y dijo sonriente:

—A ver si habláis el uno después del otro. Cuando cada uno de sus hijos acabó de contar lo que deseaba, el señor Hollister les contestó declarando que las sorpresas del día todavía no habían acabado.

—¿Es que vamos a tener más «venturas»? —quiso saber Sue, muy alegre y entusiasmada.

—No es precisamente una aventura, pero sí una sorpresa muy especial. Algo que va a gustaros.

—¡Viva! ¡Viva! —Palmoteo Sue—. ¿Es un caramelo de palo?

Mientras todos sus hijos suplicaban que les diese algún pequeño detalle de pista para que ellos pudieran adivinar cuál era la sorpresa, el señor Hollister miró la hora en su reloj e hizo un guiño a su mujer. Al darse cuenta de aquello, Pam exclamó:

—Tú sabes cuál es el secreto. ¿A que sí, mamá? Anda, mamita, dínoslo.

Pero, antes de que la señora Hollister hubiera tenido ocasión de contestar, sonó el timbre de la puerta.

—Creo que la sorpresa está aquí —dijo la madre.

—¿Puedo ir yo a abrir la puerta? —pidió Ricky. Su padre le concedió permiso para que se levantase de la mesa y, cuando llegó a la puerta, el pecosillo dio un alarido de felicidad y luego anunció a gritos—: ¡Es tío Russ!

En el comedor entró, andando a grandes zancadas, un hombre alto, de aspecto simpático, que llevaba a Ricky debajo del brazo igual que si se tratase de un saco de patatas. Tío Russ era el hermano pequeño del señor Hollister, que vivía en Creswood con su esposa Marge y sus hijos, Teddy y Jean.

¡Qué confusión provocaron los cinco pequeños Hollister al ver a su tío! Y tío Russ sonreía muy hueco, mientras todos los chicos se abalanzaban hacia él.

Holly se apresuró a comunicarle:

—Ya sabemos que, cuando eras pequeño, metiste una vez una rana en una fiambrera.

—¿Que yo hice eso? —Rió tío Russ—. Pues lo que, seguramente, no debéis saber todavía es que una noche vuestro padre salió a buscar nuestro gatito, que se había perdido, y todo lo que trajo al volver fue una sucia comadreja.

Los niños querían mucho a tío Russ. No sólo estaba siempre gastando bromas, sino que era dibujante de historietas cómicas que se publicaban en los periódicos. Ése era el motivo de que los niños siempre quisieran ser los primeros en ver el periódico.

La señora Hollister invitó a tío Russ a cenar, pero él dijo que ya había cenado.

Sue tomó a su tío de la mano, pidiendo:

—Anda, tío Russ, hagamos el salto mortal.

Él se agachó, cogió a la pequeñita en brazos y la sentó sobre sus hombros. Mientras Sue prorrumpía en risitas de felicidad, su tío se inclinó hacia adelante e hizo saltar a Sue al suelo.

—Otra vez —rogó la pequeña.

Tío Russ repitió el salto y, luego, se pasó una mano por el revuelto cabello.

—¡Vaya! Debes de tomar mucha leche, porque pesas, lo menos, una tonelada, Sue.

Después de meterse una mano en el bolsillo, tío Russ ordenó:

—Que todo el mundo cierre los ojos.

Los niños obedecieron y, al cabo de un momento, el tío anunció:

—¡Preparados! ¡Ahora ya los podéis abrir!

Al abrir los ojos, vieron un montón de caramelos ensartados cada uno en un palo.

—¡Huy, qué bien! —Exclamó Sue—. Ya sabía yo que iba a tener un caramelo de palo.

—Los ha hecho vuestra tía Marge especialmente para vosotros. De modo que son especialmente buenos.

—¡Gracias! ¡Gracias! —dijeron todos.

—El mío es un camello encarnado —anunció Holly, desenvolviendo el que le había correspondido.

—Y yo tengo un oso verde —rió Pam.



—Este mío «parese» un conejito rosa —dijo Sue. Pero la pequeña ya había dado un buen mordisco al caramelo y por eso resultaba difícil adivinar qué podía ser aquella figurita.

—Me gustaría que tía Marge nos enseñase a hacer estos dulces alguna vez —comentó la señora Hollister.

—Y así podríamos poner una tienda para vender caramelos de éstos —sugirió Ricky.

Los niños rodeaban a tío Russ y le hacían preguntas, todos a un tiempo. Querían saber qué hacían sus primos y por qué el tío había ido a visitarles.

Sentándose en una cómoda butaca, el dibujante les dijo que su familia estaba bien y que él hacía aquel viaje en lo que podía llamarse unas vacaciones de negocios. Cuando Pete preguntó qué quería decir con aquello, tío Russ les explicó:

—Ante todo, vine a comprar una embarcación nueva. La llamo el «Dulce Pastel».

—¿Una embarcación nueva? ¡Eso es fantástico! —se entusiasmó Pete—. ¿Y la tienes aquí?

—Sí. Os la enseñaré mañana por la mañana.

—¡Estupendo!

—Después de comprar la embarcación —siguió diciendo tío Russ —, he hecho un largo viaje por el río Muskong para sacar ideas y utilizarlas en mis chistes.

—¿Podemos ver algo de eso? —preguntó Pam.

—Pues claro. Están en la cartera que he dejado en la mesa del recibidor. ¿Quieres traerla, Pam?

La niña corrió a buscarla y volvió con la cartera que estaba muy abultada, pues se encontraba muy llena. Tío Russ la abrió y sacó varios apuntes. ¡Qué graciosos eran todos! Sue reía entre dientes y Holly a carcajadas. En uno se veía a un perro sostenido un aro por el cual iba a saltar un payaso. Otro presentaba a un elefante montado en el manillar de una bicicleta de niño. Ricky declaró que ellos eran los niños más afortunados del mundo, porque podían ver los dibujos aquéllos antes de que se imprimieran en los periódicos.

Y, entonces, Pam se fijó en un apunte a lápiz, hecho en un trozo más grande de cartulina, donde se veía un niño sentado a la orilla del río.

—¡Tío Russ! —Exclamó Pam, sin apartar la asombrada mirada del dibujo—. ¿Quién es?

—No lo sé. Algún chiquillo que vi a orillas del río.

—Pero ¡si parece Bobby Reed, el niño que ha desaparecido de Shoreham! —dijo Pam.

Al oír aquello, sus hermanos la rodearon y todos estuvieron de acuerdo en que aquel chico parecía Bobby.

Tío Russ les informó de que aquel niño, a quien él dibujó, estaba sentado muy quieto, en la arena de la orilla, a muchas millas de distancia de Shoreham. El pequeño tenía tal expresión de tristeza que tío Russ sintió compasión de él. Pero entonces, el pequeño se fijó en tío Russ, que estaba concluyendo el dibujo, y salió corriendo hacia los árboles de la orilla.

—¡Apostaría algo a que es Bobby Reed! —dijo Pete.

Y entonces Pam pidió a su tío.

—¿Querrás llevarnos en tu barca a buscar a Bobby Reed?

UNA ESTUPENDA EMBARCACION



Cuando tío Russ estuvo al corriente de todo lo ocurrido con Bobby, declaró:

—Me gustaría ayudaros a encontrar a Bobby Reed, pero me temo que habrá impedimentos.

—Ya nos comeremos nosotros esos «pimientos» —dijo Sue, deseosa de allanar el camino, pero sin entender nada de lo que hablaban los mayores.

Tío Russ sonrió y, tomando a la chiquitina en brazos, explicó:

—Lo que quiero decir es que puede haber razones por las que no convenga que yo os acompañe en ese viaje por el río.

—¿Es que tu barco no funciona? —indagó Ricky.

—No es eso. «Dulce Pastel» es una buena embarcación y está equipada para hacer largos viajes. El impedimento está en que yo he de regresar a mi oficina con estos apuntes de las historietas.

Holly suspiró y mientras se retorcía una de las trencitas, dijo en un murmullo:

—Puede que no volvamos a ver nunca más a Bobby Reed. A lo mejor desaparece para siempre, igual que su bisabuelo.

La tristeza que mostraron entonces todos sus sobrinos desagradó a tío Russ que acabó dejando a Sue en el suelo y diciendo:

—Voy a telefonear a mi despacho. Tenía que regresar mañana, pero, si puedo quedarme un corto tiempo más, os acompañaré en ese viaje por el río para encontrar a Bobby Reed.

Holly, nuevamente alegre, empezó a dar saltitos, mientras su tío descolgaba el teléfono y pedía una conferencia.

—¿Verdad que sería maravilloso que pudiéramos hacer un viaje por el río en el «Dulce Pastel»? —dijo Pam.

—A lo mejor podremos pescar durante el trayecto —añadió Pete, que cada vez sentía más deseos de pescar otros róbalos en el río Muskong.

—Y a lo mejor yo encuentro un «lopadupulus» para el señor Kent —bromeó Ricky.

Cuando tío Russ pronunció las primeras palabras de saludo por el auricular, todos los niños quedaron súbitamente silenciosos. Y mientras le oían hablar con alguien de la oficina todos esperaron con ansiedad. Pero la contestación que llegó desde el otro extremo de la línea hizo fruncir el ceño a tío Russ.

—Sí. Naturalmente. Comprendo que tiene usted razón —dijo—. Sí. Lo haré. Buenas noches.

Colgó el auricular y luego se volvió a los niños moviendo de un lado a otro la cabeza.

—No puedo llevaros —anunció—. En la oficina me necesitan. Hay trabajos urgentes. Lo siento de verdad.

Holly se sintió tan triste que su labio inferior empezó a temblar, hipó un par de veces y se frotó los ojos con el revés de la mano. Los demás niños también aparecían muy apenados, y el señor y la señora Hollister lamentaban que tío Russ no pudiera acompañar a sus sobrinos en una expedición de rescate por el río.

Sue miró a Pam a la cara, preguntando:

—Podemos ir en la barca de remos, ¿verdad?

Sin contestarle, Pam abrazó a su hermana menor.

Tío Russ se enjugó la frente con un pañuelo y, al cabo de un momento, miró a los niños, volviendo a sonreír ampliamente.

—Tengo una idea —anunció.

—¿Qué es? —preguntaron todos a coro.

—Creo que, después de todo, podríais hacer un viaje por el río, aun suponiendo que la policía ya haya encontrado a Bobby.

—¡Vaya! —se entusiasmó Ricky—. ¿Y cómo lo haremos, tío Russ?

Ya todos volvían a sentirse alegres y tío Russ sonreía con la boca abierta de oreja a oreja.

—Vuestro padre puede ser el capitán del «Dulce Pastel». Puede llevaros a todos en la embarcación y yo volveré a casa por tren.

El señor Hollister estaba muy aturdido.

—Un momento, Russ —dijo, al fin—. Yo también tengo trabajo que atender.

La señora Hollister apoyó una mano en el brazo de su marido y preguntó suavemente:

—¿No podrías encontrar a alguien que atendiera el «Centro Comercial» por unos pocos días?

—¡Sí, papá! ¡Sí, papá! —rogaron los niños, gritando todos a un tiempo.

El señor Hollister se rascó la cabeza y guiñó un ojo.

—Qué le vamos a hacer —murmuró—. Sí, creo que podría solucionarlo así.

—Tinker puede encargarse de dirigir la tienda —opinó Pete, entusiasmado.

—Eso creo —admitió el señor Hollister—. Tiene bastante experiencia en ese trabajo, pero necesita alguien que le ayude.

—¡Ya sé, papá! —exclamó Pete—. Da ve Meade podría ayudarle. Dave es muy listo y muy rápido. Y le gusta el trabajo de la tienda.

Los niños estaban ya tan emocionados que empezaron a dar saltos y cabriolas alrededor de sus padres y de tío Russ.

Y la señora Hollister exclamó:

—¡Qué sorpresa tan agradable! Si Dave Meade va a ayudar a Tinker en el «Centro Comercial», podríamos salir de viaje mañana mismo.

Las palabras de la señora Hollister fueron como una orden para

que diera principio un concurso de carreras. Pete desapareció por la puerta, como un rayo, para ir a ver a Dave Meade.

—Yo tengo que llevarme a Morro Blanco —anunció Holly, empezando a buscar su linda gata—. Seguramente a Donna Martin le gustará quedarse con los hijitos. Porque los cinco gatines de Morro Blanco me darían demasiado trabajo en el barco.

También Pam tuvo una idea para solucionar otro de los detalles.

—Creo que a Ann y Jeff Hunter les gustará cuidar de Zip y encargarse de dar de comer a los peces del «Centro Comercial». Voy a preguntárselo.

Al cabo de unos minutos, en casa de los Hollister no quedaba ninguno de los niños. Todos habían ido a un recado u otro, con motivo del divertido viaje que iban a realizar.



Mientras ellos estaban ausentes, tío Russ explicó a su hermano el funcionamiento del «Dulce Pastel». Era un barco de buen tamaño, con cabina y todas las comodidades necesarias y había sido bautizado con aquel nombre tan especial por Jean, la hija de tío Russ.

Tío Russ estaba acabando de explicar todos los detalles del funcionamiento de la embarcación, cuando sus sobrinos regresaron, corriendo y sin aliento.

—¡Dave Meade ayudará a Tinker! —anunció Pete a gritos.

Holly entró en la salita, llevando a Morro Blanco bajo el brazo, como si fuera un bolso.

—Mamá —dijo, sonriendo feliz—. Donna cuidará de los gatines. Va a dejarles dormir en su casa de muñecas.

—Me parece muy bien —asintió la señora Hollister, quien hizo un guiño a su marido al añadir—: Pero si sigues apretujando tanto a Morro Blanco, la pobrecita se va a quedar sin aliento y no podrá acompañarnos en el viaje.

Holly soltó la gata y Morro Blanco corrió a ocupar su puesto favorito, que era un rincón del sofá. Tip momento después aparecía que, cargada con todos los juguetes de hacer moldes y flanes en la playa. Ricky llegó detrás, llevando un tarro en el que se podría guardar ranas o algún pez raro que pudieran capturar en el río.

La próxima buena noticia fue que Jeff y Ann estaban de acuerdo en quedarse al cuidado de Zip y dar de comer a los peces.

—¡Estupendo! —exclamó Pete—. Entonces ya lo tenemos todo preparado.

—No vayas tan de prisa, hijo —le atajó el señor Hollister—. No olvidéis que tenemos que comprar provisiones para el viaje.

—Y antes deberíamos visitar ese bonito barco —dijo la señora Hollister—. ¿Habría inconveniente en que fuésemos ahora, Russ?

Al oír aquello, los niños empezaron a palmotear y a rogar que fueran todos a verlo en seguida.

—Muy bien —asintió tío Russ—. El «Dulce Paste» está amarrado en los muelles centrales de Shoreham. Vamos a verlo.

Los niños saltaron apresuradamente a la parte trasera de la furgoneta de su padre. También Zip subió con ellos. Y pronto se encontraron camino del bullicioso muelle. Los niños ya habían

estado allí otras veces para contemplar las lujosas embarcaciones que anclaban en aquel lugar.

—Allí la tenéis —indicó tío Russ.

—¡Vaya! Es una magnífica embarcación —afirmó el señor Hollister.

El «Dulce Pastel», hermoso barco de color blanco y caoba, se balanceaba suavemente en las aguas.

Los Hollister salieron de la furgoneta y se aproximaron al borde del embarcadero, para entrar en la cubierta de popa del «Dulce Pastel», donde había varias sillas.

—¡Qué grande! —exclamó Pam alegremente—. Esta cubierta es tan grande como mi dormitorio.

En el centro del barco estaba la cabina de mandos, completamente cubierta por cristaleras. En el lado izquierdo de la parte trasera se encontraba el asiento para el conductor, lo bastante alto para que éste pudiera ver bien a través de la cabina.

Ricky corrió a sentarse en aquel asiento, e hizo dar un par de vueltas al timón, mientras gritaba:

—¡Quieto todo el mundo! ¡Vamos a hacer un viraje muy cerrado!

Tío Russ rió, diciendo:

—Venid aquí. Antes de que emprendáis el viaje quiero que veáis el resto del barco.

Cruzó una puertecilla cercana al timón y bajó tres escalones. En la parte izquierda, había una coquetona cocina y estaban todos admirándola cuando Holly exclamó entusiasmada:

—Pero ¡qué cocina tan chiquitina y bonita!

—Me alegro de que te guste —dijo tío Russ; y añadió luego—: Pero ahora que vais a convertiros en verdaderos marineros debéis llamar a esto los fogones. Es más propio llamar así a la cocina de un barco.

—Mamá, te va a gustar mucho guisar aquí —declaró Pam, que miraba con arrobamiento el fogón, el refrigerador y las alacenas repletas de cazuelas y vajilla nueva y reluciente.

—Ya lo creo que me gustará preparar las comidas en esta cocina —concordó la madre.

—Y ahora voy a haceros un poco de magia. ¡Jamalají, jamalajá!

¡Presta changa!

Y diciendo esto, el tío Russ hizo bajar el tablero de la mesita; al hacerlo, apareció en su lugar un tablero forrado y mullido. ¡Se había convertido en una cama para dos personas!

—¡Zambomba! ¡Qué estupendo! —exclamó Pete—. ¿Y quién dormirá aquí?

—Papá, Ricky y tú —contestó la señora Hollister.

—Y nosotras ¿dónde dormiremos? —indagó Holly.

Tío Russ les guiñó un ojo y abrió una puertecilla en la parte delantera de la embarcación. Allí había dos literas.

—¡Huy, qué bien! —chilló Sue, trepando a una de las literas, que estaba cubierta con una bonita colcha azul en la que se veía un ancla bordada—. Me duermo ahora mismo.

Y Sue cerró los ojos, pero tenía la carita sonriente y acabó por estallar en risillas apagadas.



Su padre le hizo cosquillas en la cintura y Sue saltó de la cama a toda prisa. Tío Russ volvió a acompañarles a cubierta y, una vez allí, se agachó para tirar de una argolla metálica del suelo.

—¡Mirad! ¡Una trampilla! —chilló Ricky, al ver que se levantaba una porción del suelo. Y luego dio un silbido, al ver el reluciente motor que había abajo—. ¡Qué precioso!

—Podréis ir a muy buena velocidad con este motor —les dijo tío Russ, muy orgulloso.

—¡Ooooh! —se admiró Pete—. ¡Si tiene también batería!

Cuando tío Russ hubo cerrado la trampilla, Holly le cogió de la mano y, señalando al cobertizo de la cabina, preguntó:

—¿Para qué es esa barquita? ¿Para jugar?

—No. Eso no es ningún juguete. Se llama un bote y sirve para que la gente llegue a tierra, cuando la embarcación se encuentra en alguna parte donde no hay desembarcadero.

—Seguro que es divertido ir en ese bote —intervino Ricky—. A lo mejor también podemos usarlo nosotros durante el viaje.

Pam se fijó en un cuartito que había cerca del timón y asomó la cabeza para curiosear. Dentro había dos faros y un botiquín.

—¡Qué faros tan grandes! —exclamó Pam, perpleja.

—Es que no hay faroles callejeros en el río y de noche todo está negro como la boca de un lobo —rió tío Russ.

Fijándose en el botiquín, Pam observó:

—Es igual que el que tenemos en casa.

—Todos esos pequeños detalles que parecen no tener importancia, resultan útiles en un momento u otro. Lo mismo que esta enorme sirena.

Tío Russ oprimió un botón que había cerca del timón y desde lo alto de la cabina surgió un ruido estruendoso. Era la sirena que estaba acoplada en lo alto de la cabina.

—¡Qué bien! —se entusiasmó Ricky—. ¿Puedo hacerla sonar yo, tío Russ?

—Bueno. Pero sólo una vez. Si no, la gente que está en el muelle podría asustarse.

Ricky hundió fuertemente el dedo en el pulsador y la sirena aulló furiosamente. El pequeño no había oído nunca una sirena más estruendosa.

—¡Esto es algo grande! —declaró Pete, estremeciéndose de emoción—. ¡Parece una sirena de niebla!

—La usamos para eso, y también para advertir a los otros barcos que se aproxima el nuestro —explicó tío Russ.

Y, luego, les señaló las luces del barco: una roja en el lado izquierdo y una verde en la parte derecha.

—Babor y estribor; babor es a la izquierda y estribor a la derecha. Estas luces se tienen encendidas toda la noche, como medida de seguridad.

Unos minutos más tarde, cuando estaba contemplando los herrajes cromados del barco, oyó que alguien le silbaba, desde el desembarcadero. Era Joey Brill.

—¡Eh! ¿Qué es lo que quieres? —preguntó Pete.

—Déjame jugar a la pelota con Zip, mientras vosotros estáis en el barco.

—Ahora no —respondió Pete—. Zip podría saltar al río y luego mojaría el barco de tío Russ.

Joey frunció el ceño y se alejó, mientras los Hollister corrían por la cubierta.

Y, de pronto, todos se quedaron extrañados al oír un chapoteo.

—¿Qué es lo que ha caído al agua? —preguntó la señora Hollister.

—Se ha tirado Zip. Joey le ha tirado adrede una pelota al agua, para que Zip vaya a buscarla —dijo Pete.

—¡Qué chico tan remalo! —Se lamentó Pam—. Ahora Zip volverá chorreando.

Los Hollister observaron cómo su perro nadaba rápida y firmemente hacia la pelota que estaba a unos dieciséis metros de distancia. El fiel perro pastor estaba a punto de alcanzar la pelota, cuando desde el «Dulce Pastel» salió un angustiado grito:

—¡Vuelve! ¡Vuelve! —chillaba Pete, llamando a su perro.

A poca distancia se veía una gasolinera rápida, que avanzaba en línea recta hacia donde estaba Zip. En la oscuridad, el timonel no podía ver al perro.

¿Le sería posible a Zip apartarse a tiempo del camino de la gasolinera?

UNA MÁQUINA TRAGAPERRAS CON MISTERIO



—¡Zip! ¡Zip! ¡Mira ahí! ¡Ten cuidado! —gritaron las niñas.

—Cuidado, no haga daño al perro —pedía Ricky, con grandes alaridos, al timonel de la gasolinera.

Todos los niños levantaban los brazos y hacían ondear sus manos frenéticamente, esforzándose por llamar la atención del hombre de la gasolinera. El perro llevaba ya la pelota en la boca y, sin apartarse del camino de la velocísima embarcación, nadaba hacia tierra. Seguro. ¡Seguro que, si Zip no la veía a tiempo, la gasolinera le alcanzaría!

Y, de repente, Sue prorrumpió en un alarido tan estridente como sólo los chiquitines de cuatro años son capaces de lanzar. Y el timonel la oyó. Miró a los niños que le hacían señas, mostrándole a

Zip, e inmediatamente desvió la ruta de su gasolinera.

¡Zip estaba salvado!

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó Pam.

Todos dejaron escapar un suspiro de alivio.

Joey Brill, que no había demostrado ninguna preocupación por el perro, sonrió burlón al ver que Zip le llevaba la pelota.

—¡Por poco haces que maten al pobrecito! —le reprochó Holly a voces.

—Yo no le hecho nada —gruñó Joey—. Vuestro perro no tenía por qué ir a buscar mi pelota.

—Tú sabías que iría a buscarla, si la tirabas al agua —le gritó Pete, lleno de ira.

—¡Y a mí qué me importa! Tu perrucho debería ser lo bastante listo para evitar atravesarse en el camino de una embarcación.

—¿Quién es ese chico? —preguntó tío Russ, con el ceño fruncido —. Me parece un camorrista.

—Pues claro que lo es —se apresuró a declarar Ricky.

Y contó a su tío que Joey Brill siempre estaba molestando a los Hollister, y a todo el mundo, en la ciudad.

—Y quita los bollos a Bobby Reed —hizo saber Sue.

Zip, con la pelota todavía en la boca, había llegado ya a tierra. Se acercó a Joey, dejó caer la pelota a los pies del chico. Luego, mientras Joey se agachaba a recoger la pelota, el perro se sacudió vigorosamente. Y el agua fangosa que manchaba su espléndida cola fue a parar a la cara y a la blanca camisa de Joey.

—¡Eh, vete de aquí! —chilló el camorrista—. Me estás poniendo perdido.

Pero, en lugar de obedecerle, Zip siguió sacudiéndose con más brío y los pantalones de color claro de Joey aparecieron inmediatamente cubiertos de grandes manchones oscuros. Los niños Hollister no pudieron evitar el soltar unas risillas mal contenidas.

—Le está bien empleado —declaró Ricky.

—Me vengaré de vosotros, de vosotros y de vuestro perrucho por lo que ha hecho —anunció Joey, hecho una furia.

Luego, se alejó unos pasos para agacharse a coger un palo. Al ver aquello, Pam gritó:

—¡No te atreverás a pegar a mi perro!

Y Pam echó a correr y salió del barco, para ir a proteger a Zip.

También el señor Hollister intervino, ordenando con firmeza:

—Es preferible que no hagas eso, Joey.

Pero el muchacho no le hizo el menor caso. Estaba a punto de levantar el palo, cuando en el desembarcadero entró un coche de la policía.

—¡Joey, la policía te va a detener! —amenazó Ricky.

En el coche oficial iba Cal, y antes de que éste hubiera salido del vehículo, Joey ya había soltado el palo y desapareció, corriendo.

Entonces, el oficial Cal se apeó del coche, saludó a los Hollister con la mano y entró en la oficina del muelle municipal. Pete decidió desembarcar para preguntar al policía si tenía noticias de Bobby Reed.

—No. No hay nada nuevo —le dijo el oficial.

Y, cuando Pete le habló del chiquillo que su tío había visto y que parecía ser Bobby, el oficial repuso:

—Entonces, indudablemente, sabremos algo de Bobby antes de un par de días. Ya os lo notificaré, en cuanto tenga noticias.

Pete contó a su amigo, el agente Cal, los planes que tenía la familia Hollister de hacer un viaje por el río Muskong en la embarcación del tío Russ.

—Así que también nosotros vamos a buscar a Bobby —concluyó diciendo el muchacho.

—Entonces, es como si hiciéramos una competición. A ver quién lo consigue…

—Es verdad —repuso Pete al despedirse de Cal, que volvía a meterse en el coche—. Pero usted nos lleva mucha ventaja.

—Lo que quiere decir que, si ganáis vosotros, mereceréis una corona de laurel mucho más grande —rió el policía.

Después, los niños estuvieron jugando en la cubierta del «Dulce Pastel», y mientras tanto, tío Russ fue a la cabina para volver con un mapa y una carta de navegación del río.

—Conviene que te estudies esto, John —aconsejó tío Russ a su hermano—. En este mapa verás los canales del río y las zonas donde hay escollos.

Tras haber mirado durante unos minutos el mapa, el señor Hollister opinó:

—Creo que lo mejor sería que me llevase esto a casa y lo estudiase esta noche. Así podría enseñar a Pete para que ya mañana fuese el piloto del barco.

—Me parece muy bien —asintió la señora Hollister—. Pero creo que lo más importante, ahora, es comprar los comestibles para el viaje, antes de que sea más tarde.

—Hay un supermercado abierto esta noche, mamá —recordó Pam—. Podríamos ir allí antes de que cierren.

Tío Russ aseguró todas las puertas de la embarcación y los Hollister corrieron a la furgoneta. No tardaron en llegar al supermercado. ¡Cuánto se divirtieron los niños, comprando allí!

—Necesitamos mucha comida. Más vale que cojáis dos cestas —dijo la madre.



En seguida, los niños se apoderaron de dos bonitos carritos de rejilla, de los que se encontraban apilados en un rincón.

Sue levantó la carita hacia Pete, para pedirle:

—¿Quieres llevarme ahí encima un poquito? Estoy cansada.

—Claro que sí.

Y Pete se agachó, tomó en brazos a la pequeñita y la sentó en el carrito destinado a ir poniendo los comestibles que se deseaba comprar.

El señor Hollister cogió unos paquetes de magnesia efervescente, mientras su esposa y los niños iban comprando carne, hortalizas congeladas y grandes cantidades de fruta y otros alimentos, en conserva.

—Va a ser un viaje maravilloso —opinó Holly con gran alegría —. Mamá, ¿no podemos comprar unos caramelos?

La señora Hollister les dio permiso para que cogieran dos cilindros de caramelos cada uno. ¡Cómo disfrutaban todos eligiendo los caramelos, envueltos en papeles de alegre color!

Mientras se efectuaban las compras, Ricky acabó por sentirse aburrido y pidió al tío Russ que le acompañase hasta la sección en que se vendían juguetes y libros infantiles. Fueron allí y estuvieron mirando algunas cosas, hasta que el tío propuso:

—Vamos a ver si entre tú y yo preparamos una pequeña sorpresa. Compraremos unas cuantas menudencias y tú las escondes por el barco.

—¿Qué quieres decir? ¿Que así podremos jugar luego a la caza del tesoro? ¡Estupendo!

Eligieron dos muñequitas muy pequeñas, un pito y un coche de bomberos en miniatura.

—Lo malo es que no podré esconder una cosa para encontrarla yo mismo —murmuró Ricky, pensativo.

—Claro que no. Pero ¿por qué no eliges tu regalito ahora mismo?

Cerca de los juguetes Ricky vio una máquina automática de chicles y, como le gustaban mucho, consideró que lo mejor era decidirse por un puñado de aquellas bolitas de goma de mascar.

Así que el tío Russ le dio diez peniques, Ricky introdujo en la máquina una de las monedas, apretó la palanca y, en el recipiente

de salida, cayó una oscura bolita.

Ricky se la metió en la boca e introdujo otra moneda en la máquina. Pero esta vez, al apretar la palanca, no cayó chicle alguno.

—Debe de estar obstruida —opinó Ricky y metió un dedo en la ranura.

Un momento más tarde, la pecosa carita de Ricky tenía una expresión de terrible miedo.

—¡Tío Russ…, tío, no puedo sacar el dedo! —lloriqueó.

Su tío corrió con la intención de ayudarle, pero el dedo estaba fuertemente encajado en la máquina y, cada vez que Ricky tiraba hacia fuera queriendo sacarlo, daba un grito de dolor.

—Pero ¿qué haré? —preguntó el chiquillo, con los ojos llenos de lágrimas.

Alrededor de Ricky y su tío se habían reunido varias personas y cada uno daba un consejo:

—Póngale un poco de aceite.

—Sacudan fuertemente la máquina. Debe de haber algo obstruyéndola.

Tío Russ pensaba hacer otra cosa, de modo que pidió ver al encargado del establecimiento.

—Ahora viene hacia aquí —le contestaron. Cuando llegó el encargado, tío Russ le dijo que era preciso desmontar aquella máquina para que Ricky pudiera sacar el dedo.

—¿Tiene usted un destornillador? —preguntó tío Russ.

—Sí. Sí tengo.

Y el hombre se agachó detrás de un mostrador para sacar de allí un destornillador y una cuña, que entregó a tío Russ. Entre los dos desmontaron la parte delantera de la máquina, y de pronto Ricky se echó a reír. Había estado sujetando la reluciente pieza metálica con la mano izquierda y, en aquel momento, vio que un dedo de su mano derecha asomaba por la parte interior de la máquina. Una voz dijo a su espalda:



—Qué aspecto tan raro tienes. —Era Holly, que había visto la aglomeración y se había acercado a ellos—. ¿Qué te ha pasado, Ricky?

Él se lo contó, mientras el tío Russ desatornillaba una cerradura de muelle y dejaba en libertad el dedo de Ricky.

—Ahora sí que estoy cómodo —exclamó Ricky—. Gracias, tío Russ.

El encargado del establecimiento estaba recomponiendo la máquina. Cuando hubo concluido, ofreció a Ricky dos puñados de bolitas de chicle, diciendo:

—Para ti, pequeño. Y lamento que te hayas cogido el dedo en la máquina.

Mirando la gran cantidad de chicle que ahora tenía, el pecoso declaró:

—Pues valía la pena cogérselo.

El resto de la familia ya había llevado al coche los paquetes de sus compras. Cuando Ricky les dijo lo que había pasado, Pete aseguró que sentía no haber visto a su hermano prisionero de la máquina tragaperras.

—Pues yo me alegro de que no hayamos tenido que marcharnos dejándote aferrado a una máquina automática de chicles —bromeó el padre.

Poco tiempo después, volvieron a encontrarse en el muelle. Los alimentos se trasladaron a la cocina y todo fue colocado en el lugar más conveniente.

—Ahora sí que lo tenemos todo dispuesto para el viaje —dijo el señor Hollister—. Esta noche me estudiaré el mapa y mañana temprano vendremos aquí para zarpar en seguida.

A la mañana siguiente, todos se levantaron muy pronto. Inmediatamente después de desayunar, tío Russ se despidió de ellos y les deseó que tuvieran un buen viaje.

—Espero que encontréis a Bobby. Comunicádmelo en seguida.

—Lo haremos —le aseguraron.

El señor Hunter, el padre de Ann y de Jeff, se ofreció a ir con los Hollister hasta el barco para llevarse luego la furgoneta y encerrarla en el garaje.

¡Qué nerviosismo tenían todos! Incluso Morro Blanco maullaba

continuamente, mientras Holly la sostenía con cuidado para transportarla al «Dulce Pastel».

—¿Es que no quieres ir? —preguntó cariñosamente Holly.

—Se está acordando de sus niños —declaró Sue, acariciando a la gata—. No llores, que volveremos pronto.

—¿Quiere ir alguien a ver si está bien lleno el tanque de la gasolina? —preguntó el señor Hollister.

—Iré yo —se ofreció Pete.

Y Pete se acercó a la parte delantera del barco para comprobar lo que le habían dicho.

—El tanque está lleno, patrón —dijo Pete a su padre.

—Muy bien, marinero Pete —le repuso alegremente el señor Hollister.

Estaban a punto de soltar las amarras, cuando apareció por la orilla el agente Cal, quien les dijo que aún no se sabía nada de Bobby Reed.

—Que tengan buena suerte —deseó a los Hollister, antes de marchar en su coche.

—¿Toda mi tripulación ocupa sus puestos correspondientes? —indagó el señor Hollister.

—Sí, capitán. Sí, capitán —contestó un coro de risueñas vocecillas.

—¡Entonces, desatracamos! —anunció el padre con los ojos chispeantes.

Y oprimió la palanca de puesta en marcha Nada sucedió. Volvió a oprimirla…

Los niños se miraron unos a otros. ¿Qué ocurriría? ¡El «Dulce Pastel» no se ponía en marcha!



¿Qué pasaba en el «Dulce Pastel»? ¿Habría alguna rotura en la embarcación?

—¡Hum! —Murmuró el señor Hollister, arrugando el ceño—. Si Russ me dijo que funcionaba perfectamente.

Se apartó un poco para levantar la trampilla de cubierta, bajo la cual estaba el motor. Tocó varios dispositivos y dijo:

—Todo parece estar en orden.

Entretanto, Pete se había ocupado en comprobar el estado de los cables y pronto llegó a la batería.

—¡Creo que ya lo he encontrado, papá! —anunció—. Está suelto un cable de los que conectan con la batería.

Su padre fue a mirar.

—Seguramente es eso —asintió.

Pete se apresuró a ir en busca de una caja de herramientas

guardada en una alacena de la cocina y sacó unos alicates. Con dedos ligeros unió el cable y ajustó las clavijas.

—Bien hecho, hijo. Ahora, probaremos otra vez. Mientras los demás aguardaban, ansiosos de ver el resultado, el señor Hollister volvió a oprimir la palanca de puesta en marcha.

¡El motor del «Dulce Pastel» runruneó furiosamente!

—¡Viva! ¡Viva! —gritó Ricky, mientras en los rostros de todos, la expresión de inquietud era sustituida por amplias sonrisas.

—¡Ya estamos «andando»! —dijo alegremente Holly, cuando la hélice empezó a girar en el agua.

—¡Ole! —palmoteo Sue—. Adiós, Shoreham. El barco avanzaba hacia el centro del río.

—¿Podré ponerme yo al timón cuando estemos en el centro de la corriente? —pidió Pete.

—Dentro de un rato —le dijo el señor Hollister—. Antes debes estudiar con toda atención este mapa para que sepas dónde está el canal. Este barquito desaloja mucha más cantidad de agua que una motora corriente y no quiero que tropecemos con un escollo o que nos atasquemos en un banco de arena.

—Tampoco a mí me gustaría —sonrió Pete.

Y el muchachito extendió el mapa y se fijó en la curva que describía el lecho del río, y en la situación de los bajíos que debían evitarse. Por fin anunció que ya estaba preparado para convertirse en timonel.

—Muy bien, hijo —asintió el señor Hollister.

El padre cedió su puesto en el timón a Pete, quien condujo con gran pericia el «Dulce Pastel», consultando muy a menudo el mapa que tenía delante.

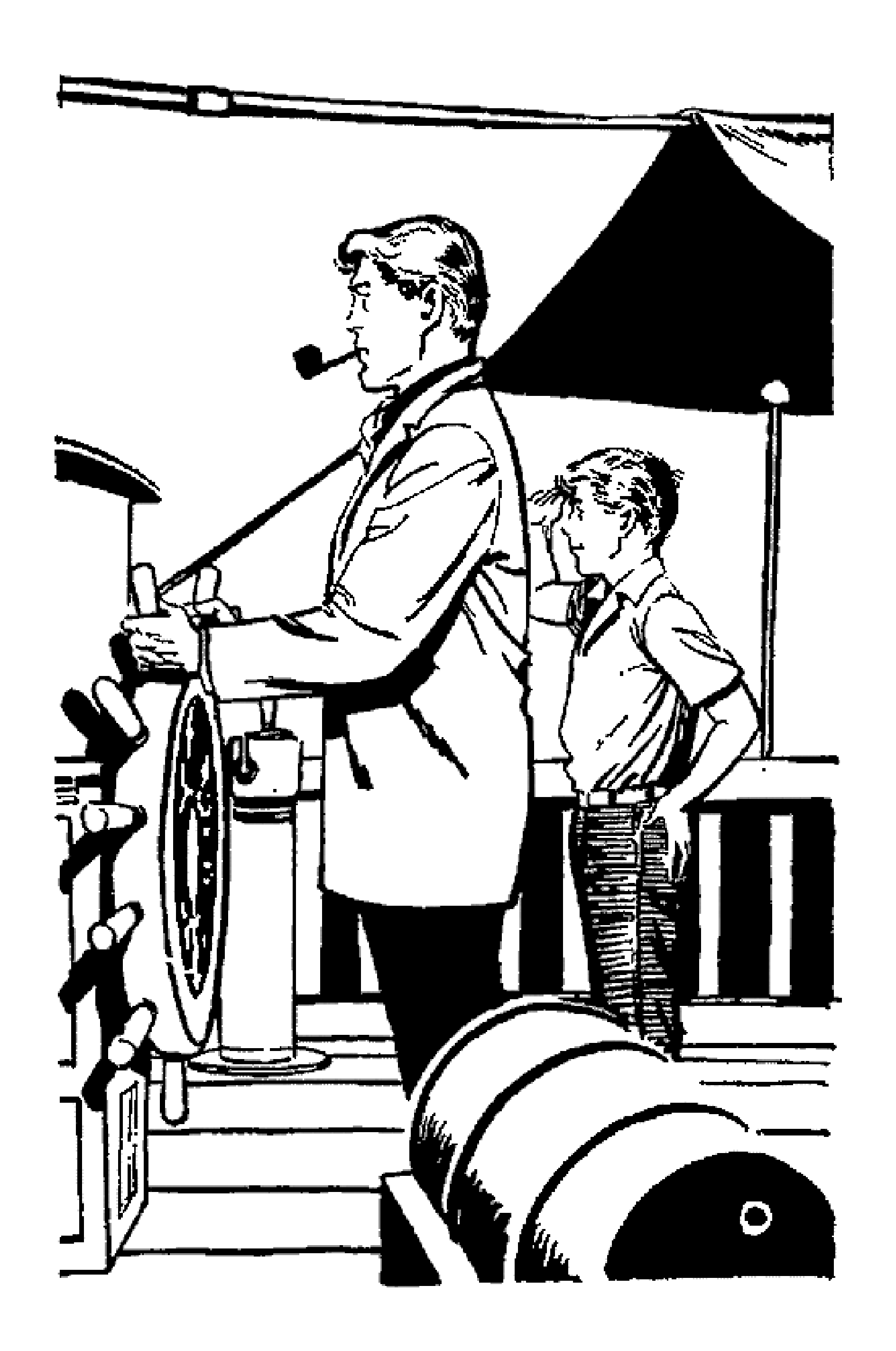
Durante todo aquel tiempo, Ricky había estado muy ocupado. Estuvo un rato contemplando el panorama y el agua del río. Le gustaba muchísimo ver los rayos del sol que en el agua reflejaban todos los colores del arco iris.

Al poco, decidió ir escondiendo los regalitos que compró con tío Russ la noche antes. Una vez hecho esto, buscó en la cocina dos pedazos de tela negra. Uno de ellos lo ató a la pequeña asta de popa y el otro se lo colocó él mismo, rodeándose la cabeza. Y con voz sonora anunció:

—¡Da principio la búsqueda del tesoro del pirata! Los otros, de momento quedaron sorprendidos y luego se echaron a reír.

—¿Y qué es el tesoro? ¿Goma de mascar? —se burló Holly.

—No es nada de eso —declaró el pirata Ricky. El señor Hollister volvió al timón y dio principio la búsqueda. Ya que él no participaba en ello, Ricky resolvió entretenerse, mascando el regalo que le habían hecho la pasada noche. Cada vez que uno de sus hermanos se aproximaba mucho al tesoro que le correspondía, Ricky mascaba más rápidamente.





—¡Oh! Esto no está bien —rió Pete, mientras se arrastraba bajo el bote salvavidas—. Ya tengo una muñequita para jugar.

—Es para Sue —le dijo su hermano.

Por lo tanto, Pete dio a la pequeña el regalo, pero dejó de participar en la búsqueda.

Poco después, en un cajón y debajo de los salvavidas, Sue encontraba el diminuto coche de bomberos, que entregó a Pete.

Holly encontró la otra muñeca entre las latas de conservas y al cabo de una búsqueda interminable, Pam dio con el escondite del pito, que estaba bajo el colchón de su litera.

—Tuvisteis una buena idea tío Russ y tú —dijo Pete, volviendo al timón.

Las pequeñas jugaron con sus muñecas, pero Pam prefirió sentarse en silencio en la cubierta de proa, cerca de Pete y de su madre, y mirar si se veía algún indicio de Bobby. Al cabo de un rato, se aproximaron al lugar en donde ella encontró el papel de la panadería. Allí había ahora un hombre pescando.

—Papá, ¿no podríamos detenernos aquí y hablar con ese pescador? —preguntó Pam—. Quizá sepa algo. Bobby puede haberle dicho a dónde se iba.

—Es una buena idea —asintió su padre. Consultaron el mapa y, entonces, el señor Hollister dijo que no podían arriesgarse a desviar el «Dulce Pastel» del centro de la corriente, en aquella zona.



—Bajaremos el bote y vosotros podéis ir a hablar con el pescador. Tu madre puede acompañaros. Yo os espero aquí.

Pete paró el motor y los demás le dijeron lo que iban a hacer.

Fue muy complicado el bajar la lancha sin golpear los costados del barco, pero, al fin, lo consiguieron. Primero entró en el bote la señora Hollister, a quien entregaron los remos. Luego, saltaron los dos hermanos mayores, y Pete remó hasta la orilla del agua.

—¡Qué, amigos! ¿Les pasa algo? —preguntó el pescador, al verles aproximarse.

—No. No es eso —contestó Pete—. Estamos buscando a un chico que se llama Bobby Reed. ¿Usted no le ha visto?

—Que yo sepa, no. Aunque el otro día llegó aquí un chico en la peor barca de pesca que he visto en mi vida. Puede que fuera ese Bobby que dices.

—¿Y no le dijo a dónde iba? —se interesó Pam muy nerviosa.

—Pues no me indicó ningún lugar especial. Sólo me aseguró que estaba buscando el róbalo más grande de todo el río Muskong.

Pete dio un silbido y exclamó:

—¡Pam! ¡Mamá! ¡Seguro que era Bobby! ¡Quiere ganar el premio del «Centro Comercial»!

—Pero con ese detalle no hemos solventado el problema de su desaparición. Seguimos sin encontrarle —le recordó la señora Hollister.

El pescador lamentó no poder prestarles más ayuda. Y cuando ya los Hollister se marchaban, el hombre les dio un róbalo de gran tamaño, diciendo que estaba teniendo mucha suerte aquel día en la pesca y que deseaba que ellos probasen aquel pescado para la comida.

—Lo guisaremos en seguida —le aseguró la señora Hollister—. Muy agradecidos.

Y la señora Hollister dejó el pez en su bote.

Cuando ella y los niños volvieron a encontrarse en el «Dulce Pastel» y se hubo subido a bordo el bote salvavidas, Pam informó a los otros sobre las novedades obtenidas acerca de Bobby.

—Tenemos que preguntar por Bobby a todos los pescadores que veamos —opinó Holly.

Pero los demás pescadores que fueron encontrando durante el

día no habían visto al muchacho desaparecido, ni tenían la menor idea sobre Bobby o su barca.

—Me parece que lo mejor será detenerse temprano para pasar la noche —dijo el señor Hollister, que estaba de nuevo al timón.

Miró el mapa y encontró una caleta resguardada, donde no había escollos y la profundidad del agua era suficiente para el «Dulce Pastel», al mismo tiempo que quedaba apartado de la línea de ruta. El señor Hollister llevó hasta allí el barco, desconectó el motor y echó el ancla.

—¿Podemos bañarnos, antes de cenar? —preguntó Ricky a su madre.

—Pues claro, hijito.

Todos los Hollister se pusieron sus trajes de baño y a Sue la protegieron con un chaleco salvavidas. Pronto se encontraron todos nadando y chapoteando en el agua.

Pete, Pam, Ricky y Holly subían una y otra vez a la popa del barco ara lanzarse desde allí al agua y bucear. De pronto, Pete, viendo que su hermano que se había sumergido hacía un rato, no emergía, exclamó:

—¡Le ha ocurrido algo a Ricky!

Se hundió en el agua y estuvo un rato mirando, mientras los demás llamaban a Ricky con voces de susto. Y, cuando menos lo esperaban, una vocecilla risueña anunció:

—¡Estoy aquí! ¡Al otro lado del barco! He nadado por debajo.

Ya tranquila, la señora Hollister le repuso:

—Me alegro que estés bien, Ricky, pero no vuelvas a darnos un susto así.

Y el padre advirtió al pequeño que no volviera a hacer aquello porque podía hacerse daño con la hélice, incluso ahora que estaba parada.

—¡Todos a bordo! —llamó al cabo de un rato la señora Hollister.

Volvieron al barco y se vistieron para cenar.

—Es lo mismo que una merienda en el campo, pero mucha más larga, ¿verdad? —dijo Holly, después de haber saboreado una estupenda cena de albóndigas con patatas y guisantes, y plátanos y helado para postre.

Mientras la madre ayudaba a acostarse a los tres pequeños, Pam

fregó los platos y limpió la cocina. ¡Qué relucientes dejó las ollas y las perolas!

En aquellos momentos, Pete estaba en la cubierta, intentando pescar con caña, y su padre se encontraba cerca de él, sentado en uno de los mullidos asientos. Oscurecía rápidamente y Pete estaba a punto de renunciar a la pesca, cuando notó un fuerte tirón en la caña.

—¡He pescado algo, papá! —gritó, nerviosísimo el chico.

El pez dio un salto en el aire, pero no tardó en quedar quieto.

—Es un pez payaso. Y muy grande, por cierto —observó el señor Hollister.

—¡Mira! ¡Lleva un aro! —Y Pete leyó—: Viejo Moe 69. ¡Papá, a lo mejor nos estamos acercando al sitio en donde vive el Viejo Moe!

El señor Hollister se mostraba tan emocionado como su hijo. ¡Probablemente estaban muy próximos a encontrar la solución al misterio del pez payaso con un aro en la cola!

Mientras Pete quitaba el anzuelo de la boca del pez, observó que, en la orilla, había una luz oscilante.

—¡Mira allí, papá! ¿No será el Viejo Moe que nos hace señales?

El señor Hollister volvió la cabeza hacia la orilla. Efectivamente, había una luz con la que alguien les estaba enviando un S. O. S.

—¡Alguien está en peligro! —exclamó el padre, reconociendo aquella señal—. Lo mejor será que vayamos allí para ver qué ocurre. Díselo a mamá.

Pete fue en busca de su madre y luego cogió el botiquín. El señor Hollister estaba bajando el bote salvavidas por la borda, cuando llegó allí Pam.

—Dejadme ir también —suplicó.

—Bien, hija. Ven —accedió el padre.

Los tres salieron en el bote hacia la orilla. Cuando la lanchita llegó a tierra, los Hollister salieron a toda prisa. Un muchacho se acercaba, corriendo.

—¿Pueden ayudarnos? —preguntó.

—¿Qué es lo que ocurre? —quiso saber el señor Hollister.

—Uno de los muchachos se ha cortado.

Y el desconocido, el cual les informó que se llamaba Michel, condujo a Pete, Pam y su padre, a través del arbolado, hasta un

rincón próximo, donde había seis muchachos, sentados alrededor de una hoguera. Uno de ellos estaba tendido en una manta, con una pierna sangrante, aunque ya alguien le había puesto un torniquete.



—Jack se ha cortado el tobillo con un hacha —explicó Michel— y no hemos podido hacerle gran cosa, porque no tenemos botiquín.

Pete llevó el botiquín de los Hollister y el padre se puso al trabajo de curar al herido, con la ayuda de los dos niños. Aplicaron un antiséptico a la herida y vendaron la pierna del muchacho.

Cuando se enteraron de que aquellos muchachos estaban haciendo camping y que llevaban varios días de camino, Pam les preguntó si habían visto en alguna ocasión a Bobby Reed. No. Ninguno de ellos sabía nada del chiquito desaparecido.

—No hemos visto a nadie, más que a un hombre viejo muy raro —dijo Michel—. Es viejísimo.

Los tres Hollister sintieron un repentino interés.

—¿Cómo se llama? —preguntó, en seguida, Pete.

—No nos lo dijo. Todo lo que hizo fue echarnos.

—¿Por qué?

—No lo sabemos, pero nos imaginamos que tenía algún secreto que no quería que nosotros descubriéramos —contestó Michel.

—¿Y dónde le visteis? —preguntó, ahora, Pam.

—Unas cuantas millas río abajo, en un trecho lleno de árboles. Su casa queda casi completamente oculta.

—Seguro que es el Viejo Moe —declaró, muy convencido, Pete.

Los chicos excursionistas no habían oído nunca aquel nombre.

—Bueno. Puesto que ya está curado vuestro compañero, nosotros volveremos al barco —dijo el señor Hollister.

—Con esta cura, en seguida estaré bien —aseguró el muchacho herido—. Muchas gracias.

—Nos alegramos de haberte podido ayudar.

Los Hollister volvieron al bote salvavidas, y se alejaron de tierra. Cuando llegaban a su barco, notaron que desde el agua se levantaba una niebla que iba ascendiendo como si fuera un fantasma.

—Tenemos que darnos prisa, para llegar antes de que la niebla se haga más espesa —dijo el señor Hollister, empezando a remar con más energías, para llevar al bote hacia aguas más profundas.

Pero, cuando avanzaban hacia la orilla opuesta, en donde se encontraba su barco, se acentuó el espesor de la niebla, al cual se extendía sobre ellos como una esponjosa manta. Cuando más avanzaban, más densa era la niebla, hasta que llegó un momento en

que no pudieron ver cosa alguna.

—Es igual que si nos hubiéramos metido dentro de una nube —observó Pam—. ¿Crees que pasará pronto, papá?

El padre repuso que un poco de viento podría levantar aquella niebla, pero, en aquellos momentos, el aire no se movía absolutamente nada.

—¿Por qué no volvemos a la otra orilla? —propuso Pete—. Allí la niebla no era tan densa.

El señor Hollister y Pam creyeron oportuno hacer lo que el chico proponía. El padre dio la vuelta a los remos y él y su hijo se pusieron a remar con presteza.

—Ahora ya debemos estar cerca de la orilla —calculó Pam, mientras el señor Hollister dejaba de remar y echaba un vistazo a su alrededor.

Pero la niebla parecía haberse condensado aún más sobre ellos.

—¿Cómo vamos a poder encontrar ahora el «Dulce Pastel»? —se lamentó Pam, aterrada.

UNA LANCHA EN APUROS



Un pensamiento angustioso se apoderó de Pete, Pam y el señor Hollister. ¡Estaban perdidos en medio de la niebla!

El muchachito sacó la linterna, pero el haz luminoso de la misma no traspasaba la blanca niebla que les rodeaba.

—Puede que la corriente nos arrastre hasta muy abajo, y mamá no sabrá lo que nos ha pasado —dijo Pam, cada vez con más inquietud.

—Lo que me preocupa es que podamos chocar contra otra embarcación —repuso el padre.

—Yo daré gritos de advertencia —se ofreció Pete, mientras el padre empezaba a remar, nuevamente—. ¡Eh! ¡Eh! —chilló el muchacho, con la esperanza de hacerse oír.

Nadie respondió.

—Nuestra única esperanza está en que, cuando mamá vea esta niebla, comprenda lo que nos ha pasado y ponga en funcionamiento la sirena —declaró el señor Hollister.

Apenas acababa de pronunciar aquellas palabras, cuando la

sirena del «Dulce Pastel» empezó a sonar en la lejanía.

«Uuuuh, uuuuh, uuuuuuh».

—¡Gracias a Dios! —exclamó el padre, remando con nuevas energías—. Ahora todo lo que tenemos que hacer es dirigirnos hacia la parte por donde se oye la sirena.

Pero, a los pocos minutos, él mismo añadió:

—Claro que no va a resultar fácil.

La sirena seguía repitiéndose, pero, en lugar de aproximarse, parecía oírse cada vez más lejana.

—Me parece que vamos en dirección contraria, papá —opinó Pete.

—Pues creo que tienes razón —asintió el padre, que acentuó sus esfuerzos con el remo izquierdo—. Esperemos que ahora vayamos directamente hacia el barco.

Continuó remando y esta vez el aullido de la sirena fue aumentando progresivamente.

—Ya debemos de estar muy cerca —anunció Pete, lleno de alegría, pero a los pocos momentos, exclamaba—: ¡Papá, otra vez nos estamos alejando!

El señor Hollister cambió de dirección una vez más. Pero cuando se creían ya muy cerca del barco, otra vez, súbitamente, notaban que el rumor volvía a sonar distante.

—Deja que Pete y yo rememos un rato —propuso Pam—. Necesitas descansar, papá.

El padre consideró que la niña tenía razón y, con toda precaución, cambiaron sus puestos en la lancha.

Pete y Pam remaron regularmente y el bote tomó velocidad a través de las aguas, invadidas por la niebla. Pero a los dos hermanos les ocurría lo mismo que a su padre, es decir, que estaban unos momentos aproximándose a la sirena y luego, sin saber cómo, volvían a oír que se alejaba.

—¿Sabéis lo que nos está pasando? —dijo Pam, al cabo de un rato.

—¿Qué? —preguntó Pete, con extrañeza.

—Pues que debemos de estar dando vueltas por un mismo lugar todo el rato, como les ocurre a los excursionistas cuando se pierden en el bosque.

—Seguramente es eso lo que nos sucede —asintió el padre—. ¿No llevas una brújula en el bolsillo, Pete?

El muchacho repuso que no. Había cogido una en casa, pero se la dejó en la litera del barco.

De pronto los tres quedaron sorprendidos al notar un fuerte roce en la quilla del bote.



—Hemos tocado tierra —dijo Pete—. Pero no sabemos en qué parte.

—Tengo una idea —declaró su hermana—. Si hemos llegado a la orilla del río en que estaban esos chicos excursionistas, podemos llamarles.

—¿Para qué? —le preguntó Pete.

—¿No son excursionistas esos chicos?

—Sí.

—Pues seguramente llevarán una brújula. Y a lo mejor tienen más de una, por si acaso.

—Eres casi una maga, Pam —dijo Pete, admirativo.

Y el señor Hollister rió, al asegurar:

—Tú y yo, Pete, hemos sido un par de idiotas al no pensar en eso.

Llevaron el bote hasta la orilla y saltaron a tierra encontrándose exactamente en el mismo lugar al que habían acudido para ayudar a los excursionistas. Pete y Pam les llamaron con nosotros gritos.

Momentos después llegaba la respuesta, en forma de grandes voces a las que siguieron rumores de pisada. Michel llegó junto a ellos, llevando una linterna encendida.

—¿Han perdido algo? —preguntó, al reconocer a los Hollister—. Creíamos que se habían marchado ya.

—Es que hemos estado remando en sentido circular y hemos venido a parar otra vez aquí —explicó Pete, sonriendo, y luego contó cómo se habían desorientado a causa de la niebla.

—¿No tenéis una brújula sobrante que podáis prestarnos?

—Claro que sí —respondió Michel, buscando en su bolsillo—. Aquí tengo una. Os podéis quedar con ella. Es vieja, pero funciona bien. Y tiene esfera luminosa.

Pete cogió la brújula y dio las gracias al muchacho. El señor Hollister volvió a los remos y reanudaron la marcha. Mientras el padre remaba, Pete sostenía la brújula en la palma de su mano derecha.

—Creo que ya sé en qué dirección suena la sirena. Poniente derecho, desde aquí —dijo Pete, hablando como un verdadero marino.

Y Pete guió a su padre muy bien.

—Remo izquierdo, remo derecho —decía el muchacho, según uno u otro de los remos se desviaba de la ruta.

Veinte minutos más tarde, Pete anunciaba alegremente:

—Ahora ya estamos muy cerca del barco.

—La sirena suena como si estuviéramos en la cubierta del «Dulce Pastel» —opinó Pam.

Y entonces se produjo una fuerte sacudida que lanzo a los dos hermanos hacia delante.

—¡John! ¡Pam! ¡Pete!

Era la voz de la señora Hollister que les llamaba, angustiada, desde lo alto del barco de tío Russ.



—Hola, mamá —contestó Pam—. Hemos vuelto sanos y salvos.

Echaron la cuerda del bote y la madre la sujetó fuertemente mientras subían al barco.

—¡Vaya! —exclamó el señor Hollister, mientras izaba la lancha del agua—. Creí que no llegábamos nunca, Elaine.

Ricky, que todavía no se había dormido, escuchó con los ojos muy abiertos las aventuras que habían pasado los mayores.

—Pues, menos mal que os dieron la brújula —comentó.

—Me alegro de que pudierais vendar bien la pierna a ese chiquito —dijo la señora Hollister.

—Además, Michel nos ha dado una buena pista del Viejo Moe —informó Pete—. Dice que él y sus amigos han visto a un anciano muy extraño, que parecía querer ocultar alguna cosa.

—¡No será a Bobby a quien esconda! —se horrorizó la señora Hollister.

Pero Pam adujó:

—A lo mejor quiere ayudar a Bobby a conseguir un pez muy grande.

—Esto me recuerda que también nosotros tenemos alguna noticia que daros —dijo la madre—. Mientras habéis estado fuera he escuchado la radio. La policía informó de que Bobby no ha sido localizado todavía.

—Entonces, tenemos que encontrar a ese hombre viejo —declaró Pam.

—Todavía no os he dicho todo —añadió la señora Hollister—. Según han dicho por la radio, la señora Reed ha vuelto y está preocupadísima, pensando en lo que puede haberle ocurrido a Bobby. Ruega que todo el mundo se interese por el paradero de su hijo.



—Si el Viejo Moe le ha secuestrado, nosotros le obligaremos a que nos devuelva al pobre Bobby —declaró Ricky, amenazador.

—Hemos olvidado un detalle, hijos, y es que habíamos pensado que el Viejo Moe puede ser el bisabuelo de Bobby —les recordó la señora Hollister—. Sin duda ese hombre mandaría el chiquillo a casa.

—Es verdad —asintió Ricky.

Aquel misterio era demasiado grande para poder solventarlo en un momento, así que la señora Hollister propuso que se acostaran todos, ya que un buen sueño podría darles nuevas ideas para encontrar a Bobby y al Viejo Moe.

Cuando el sol empezaba a acariciar las copas de los árboles que crecían en la orilla del río Muskong, los Hollister se disponían a proseguir su viaje. La niebla de la noche anterior había quedado disipada gracias al viento del este y con ello todos se sentían más animados para continuar la búsqueda. Desayunaron y luego Pete ayudó a su padre a levar el ancla.

Mientras avanzaban río abajo, el viento fue tornándose más fuerte y fue preciso hacer que Sue y Holly se protegiesen en la parte interior del barco.

—Sopla demasiado viento en cubierta —dijo la madre.

—Pues déjanos jugar en la cocina —pidió Holly, y ella y su hermanita se fueron adentro.

El viento era ahora tan fuerte que les arrancaba las gorras de la cabeza y producía gran oleaje en las aguas.

—¡Zambomba! ¡Qué ventolera! —comentó Pete, mientras observaba cómo su padre luchaba por mantener al barco en el debido curso.

—Yo más bien lo llamaría un huracán —le repuso el señor Hollister, mirando al cielo que se iba oscureciendo rápidamente.

El «Dulce Pastel» se desviaba peligrosamente hacia la orilla derecha, a pesar de los esfuerzos del señor Hollister por mantenerlo en ruta.

—Menos mal que no hay escollos invisibles en esta zona del río —dijo a Pete.

—Sí, pero mira ahí delante, papá —repuso el muchacho—. Esta parte está llena de algas gigantescas.

El señor Hollister hizo girar rápidamente el timón, para evitar que el «Dulce Pastel» llegase a aquella zona.

—El viento es más fuerte que yo —hubo de admitir el padre, con rostro preocupado—. Pero no me atrevo a detener el barco.

Mientras él hablaba, una tremenda ráfaga de viento lanzó a «Dulce Pastel» directamente en medio de las grandes algas. Segundos después, la embarcación quedaba inmóvil, mientras el motor seguía girando.

—Tenemos que salir de aquí lentamente —dijo a Pete.

—¿Cómo, papá?

—Haciendo que el barco vaya de atrás adelante una y otra vez.

—¿Como los coches cuando quedan bloqueados en un montón de nieve?

—Eso es.

El señor Hollister cambió la dirección del motor, durante unos instantes, para luego volver a dar la marcha normal. El «Dulce Pastel» recorría unos cuantos metros cada vez que el señor Hollister hacía aquello.

—¡Vamos a conseguirlo! —se entusiasmo Pete, mientras el barco avanzaba entre las espesas algas.

Pero entonces el motor empezó a producir una especie de runruneo y el señor Hollister se puso muy tenso mientras manipulaba la válvula.

—Creo… creo que… —empezó a decir.

Y entonces, el barco pareció sufrir un escalofrío y el motor se paró.

—¡Hemos embarrancado! —gritó Pete.

—La hélice se ha debido de enredar con las algas —dijo el señor Hollister—. Ahora sí que nos encontramos en un buen conflicto.

UNA PISTA DESCONCERTANTE



—Pete y yo podemos ir a quitar las hierbas de la hélice —ofreció Ricky, valerosamente—. Podemos sumergirnos bajo el barco y hacerlo.

—Eres muy generoso al querer hacerlo, pero creo que no te imaginas lo duras que son las hierbas de esta clase.

—Nadie puede salir a cubierta, ni a ninguna parte hasta que el viento haya amainado —dijo con firmeza la señora Hollister, y su marido le dio la razón.

Al cabo de una hora cesó de soplar el viento y el sol brillaba otra vez. Todos salieron a cubierta, menos Pete y Ricky que estaban poniéndose los trajes de baño. Cuando llegaron arriba, Ricky preguntó:

—¿Ahora podemos ir a ver esos hierbajos?



El señor Hollister observó el agua. Estaba muy clara y había la profundidad necesaria para que los muchachos no se hundieran en el lodo.

—Bien. Se puede bajar, pero antes esperadme n mí. Tenemos por delante un duro trabajo —dijo el señor Hollister.

Y explicó que no sólo habría que limpiar de hierbas la hélice, sino también hacer un sendero para que el barco pudiera salir. De lo contrario volverían a embarrancar. El señor Hollister se cambió de ropa en un momento.

—¡Vamos ya!

Cuando el padre dio la orden, él y sus hijos se lanzaron al agua.

Pete, que fue el primero en asomar a la superficie, anunció que la hélice estaba completamente rodeada de largas hierbas y pidió a Pam que le llevase su navaja. La niña apareció con ella a los pocos instantes. Pete volvió a sumergirse, seguido de Ricky. Los dos hermanos subían de vez en cuando a tomar aire y volvían en seguida al trabajo.

—Muy pronto terminaremos —anunció Ricky, orgullosamente, unos minutos después—. Con dos chapuzones más, todo arreglado.

Entre tanto, el señor Hollister iba nadando, empuñando en una mano su cuchillo. Una y otra vez desaparecía bajo el agua, sujetaba con la mano libre un puñado de hierbajos y los cortaba de un buen tajo. De este modo fue abriendo camino para el «Dulce Pastel».

Sue estuvo observando aquellas operaciones durante un rato, pero luego se cansó y fue en busca de unos vestidos de muñeca que había estado lavando. No tardó en volver con una cuerdecita y un puñadito de diminutas pinzas de tender. En aquel momento sus hermanos subían a la superficie del agua, diciendo que ya habían concluido.

Sue estaba mirando hacia ellos cuando se quedó sin respiración. ¡Una serpiente larguísima nadaba hacia sus hermanos! Mientras el reptil avanzaba, Sue se estremeció.

—¡Pete! ¡Ricky! ¡Hay una serpiente!

—¿Dónde está? —indagó Pete.

—¡Allí! ¡A la derecha! —indicó Holly.

Los muchachos seguían sin verla, y Sue, dándose cuenta del peligro, arrojó las pequeñas pinzas contra la serpiente, la cual se

apartó un poco, dando así tiempo a que Pete y Ricky subieran al barco.

—¡Vaya! Me alegro de que no me haya mordido ese bicho tan repugnante —dijo Pete—. Sue, nos has librado de que la serpiente nos mordiera.

—Podía haber sido un mocasín de agua y ya sabes que ésas son venenosas —añadió Ricky, queriendo presumir de lo que había aprendido poco antes en la escuela.



Él y Pete aguardaron un rato, para estar seguros de que la serpiente no andaba cerca y luego se echaron otra vez al agua, para recoger las pinzas de juguete. Desde arriba, Sue, vigilaba atentamente, por si volvía la serpiente.

Cuando los dos chicos hubieron concluido, el señor Hollister ya estaba listo. Los tres nadadores se vistieron y, entonces, el padre puso el motor en marcha, dirigiendo la embarcación hacia el centro de la corriente.

—¡Mirad! —exclamó Holly, al ver flotando en el agua un sombrero de paja, de hombre.

Al poco, pasaba junto a un gran madero que marchaba a la deriva y luego vieron dos cuévanos de fruta, Holly estalló en alegres risillas y señaló a un punto lejano en el agua, mientras decía:

—¡Qué divertido es eso!

En una gran rama que flotaba por el río, aparecía una gallina que levantaba con orgullo la cabeza.

«Cock, cock, cock», exclamó el ave al pasar junto al barco.

—¡Eh, marinero, salta a bordo! —le dijo Pete, pero la gallina no se movió.

—A lo mejor la gallinita se va de viaje a buscar fortuna —opinó Holly, acordándose de los cuentos de hadas que solía leer.

—Pobre animal —dijo Pam, conmiserativa—. Espero que llegue a tierra sin percance.

Pero casi no había acabado Pam de hablar cuando, al llegar a un remolino, la rama se ladeó fuertemente para uno y otro lado.



—La pobre gallinita se va a marear y se caerá al agua —calculó Holly, muy preocupada.

Sin embargo, la parte de la rama en que se posaba el ave no llegaba a tocar el agua. Y, mientras los cinco hermanos daban gritos de ánimo a la gallina navegante, la rama llegó a tierra y el animal saltó a la orilla.

Desviando su atención de la gallina, Ricky se fijó en algo que le hizo exclamar:

—¡Mirad eso! ¿Qué es?

Todos miraron a donde el chico decía y no tardaron en acercarse a algo que se encontraba casi completamente sumergido en las aguas.

—Es una vieja barca de remos —observó el señor Hollister—. Su propietario, quienquiera que sea, seguramente no volverá a verla más.

—A mí me parece conocida —murmuró Pete, que la miraba con toda atención—. Yo creo que es…

—La vieja lancha de remos en que se marchó Bobby —concluyó Pam, emocionadísima.

—¿Estáis seguros? ¿Cómo podéis saberlo? —indagó el señor Hollister.

—Por esa argolla herrumbrosa que tiene en la proa —contestó Pete—. Nunca he visto otra barca con un aro como ése.

Cuando la vieja barca se aproximó más, arrastrada por la corriente, los dos hermanos mayores tuvieron la certeza de que aquélla era la misma que habían visto, medio hundida en el lodo de Shoreham, cerca del Puente de Piedra.

Aunque ninguno de ellos dijo nada, todos estaban pensando lo mismo… ¿Se habría caído Bobby al agua? ¿Le habría ocurrido un terrible accidente? ¡Señor, que todo lo que hubiera sucedido fuese que Bobby dejó abandonada la barca en la orilla!

Pete miró a su padre, preguntando:

—¿No te parece que debíamos buscar en tierra, por estos alrededores? Esto está muy cerca de Fleetwood, ¿verdad? Y en Fleetwood fue donde tío Russ hizo el dibujo de Bobby.

—Sí —sonrió el señor Hollister—. Este viaje es vuestro, Pete. Si vosotros creéis que hay una oportunidad de dar con Bobby,

buscaremos por aquí. ¿En qué orilla miramos primero?

—En la orilla oeste, papá. La barca de Bobby está más cerca de esa parte.

El padre hizo virar el timón, llevando el barco en aquella dirección, y recorrieron más de media milla, arriba y abajo de la orilla, preguntando a cuantos excursionistas encontraron. Nadie había visto a Bobby.

Cuando el «Dulce Pastel» viraba hacia la otra orilla, la señora Hollister puso la radio. Todos escucharon con gran interés el boletín de noticias locales, el cual se inició con el anuncio de que Bobby todavía no había sido localizado.

—¡Tenemos que encontrarle nosotros! —decidió firmemente Pam—. ¿Qué podemos hacer?

Ya habían hecho indagaciones por la orilla este y proseguían la búsqueda. Pero los Hollister volvían a estar desanimados. El padre varió la dirección del timón, el barco marchó hacia el centro de las aguas y siguieron avanzando corriente abajo.

—Vamos a jugar a esconder la muñeca —propuso Sue a Holly y las dos pequeñas bajaron a su camarote.

Pero, a los pocos minutos, decidieron ir a la cocina a buscar galletas para ellas y sus muñecas. Sólo había tenido tiempo de entrar Holly en la cocinita del «Dulce Pastel», cuando el barco sufrió una fuerte sacudida y la puerta se cerró de golpe.

Sue cayó al suelo, pero se levantó en seguida y quiso abrir la puerta de la cocina… No lo consiguió.

—Holly, déjame entrar —pidió desde fuera.

—Es… Es que no puedo. La puerta no se mueve. En aquel momento llegaba Ricky a la cocina. Sue le pidió que abriese la puerta y el pecosillo lo intentó con todas sus fuerzas. Pero no consiguió nada. La puerta no se movía.

Holly empezaba a sentir un gran susto.

—¡Llamad a papá! —pidió.

Ricky subió corriendo y dijo a su padre lo que ocurría. El señor Hollister disminuyó la marcha y dijo a Pete que se pusiera al timón. Y, en seguida, bajó a la cabina y manipuló en la puerta.

¡Pero la puerta no se movía ni un centímetro, ni hacia atrás ni hacia delante!

—¡Papá! ¡Papá! —Lloriqueó Sue—. ¿Es que no puedes sacar a Holly?

UN VAQUERO ACUÁTICO



—Te sacaré en seguida de la cocina, Holly —dijo el señor Hollister con serenidad—. Tengo un manojo de llaves que me dio tío Russ.

El señor Hollister sacó un llavero y empezó a probar en la cerradura cada una de las llaves. Pero no se conseguía nada.

—Se ha debido de correr el pestillo de la puerta desde el otro lado —murmuró, ya nervioso, el señor Hollister.

Y dijo a su hija cómo debía hacer correr el cerrojo, pero la niña contestó que no había nada para hacerlo correr.

—Pues tendremos que tirar la puerta abajo —dijo el padre.

—¡No! Eso no está bien —intervino la señora Hollister—. ¿Cómo vamos a hacer un destrozo así en el barco de Russ? Hay que buscar otra solución.

Pete, Pam y Ricky estaban junto a sus padres. Pete había detenido el timón, de modo que la embarcación no se movía. Cada uno de los niños se esforzaba por imaginar una solución para

libertar a su hermanita. Y, al poco. Pete exclamó:

—¡Ya sé por dónde se puede pasar! Por el ventilador…

—¿Por el agujero de la cabina en donde está ajustado el ventilador? —preguntó Pam, extrañada.

—Sí. Papá, ¿no podemos desmontar el ventilador para que yo pase por ese agujero?

—Es posible —admitió el padre.

Subieron a la pasarela y examinaron el ventilador.

—Sí —asintió el padre—. Podremos desenroscar estos tornillos. —Mas en seguida añadió con desaliento—: ¡Oh, no! ¡Las herramientas están en la cocina!

—Todas no —sonrió Pete—. Hay una caja con varias herramientas en el cuartito del motor.

Y Pete sacó dicha caja. Mientras los demás hablaban con Holly, dándole valor, Pete y su padre se pusieron al trabajo. Tuvieron que desmontar varias piezas del ventilador, pues no era posible levantarlo entero.

—A ver si podemos montarlo otra vez —sonrió Pete, que ya se deslizaba por el orificio—. Holly, ¿dónde estoy?

—Encima del fogón. Casi lo tocas. Échate un poco a la izquierda. Así. Una pizquita más.

Y Holly se puso de puntillas para coger los pies de su hermano y apartarlos un poco, de modo que no se fueran a apoyar en los quemadores de la cocina. Al cabo de un momento, Pete había saltado dentro y estaba al lado de Holly.

—¡Pete! ¡Pete, sácame de aquí! —rogó la niña.

—Sí. Claro que sí.

Probó a abrir la puerta, pero ésta seguía sin moverse. Y la cerradura no giraba en ningún sentido.

—Tendrás que salir por ese agujero —decidió Pete, levantando a su hermana en vilo.

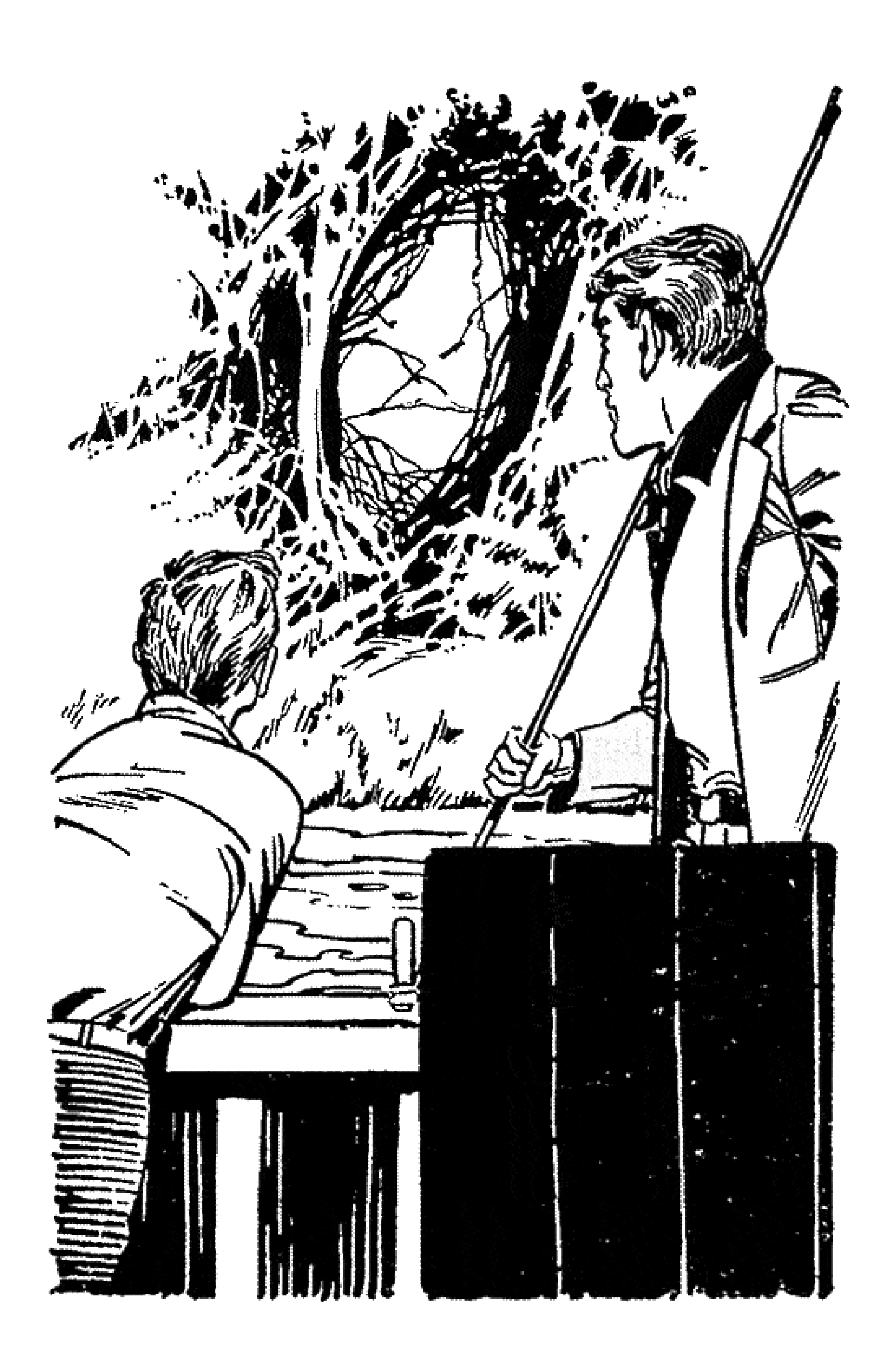
El señor Hollister tomó a su hija, desde arriba, y la niña aspiró con alegría el aire fresco.

—¡Qué contenta estoy de haber salido! —dijo—. Se estaba muy mal allí dentro, sola.

Entretanto, Pete había sacado la caja de las herramientas, guardada en la cocina, y estaba intentando hacer girar la cerradura.

Empleó un destornillador, luego una cuña… Pero nada daba resultado. Hasta que al fin, fue un trocito de alambre doblado lo que solucionó el problema. Pete abrió la puerta de par en par, y la dejó bien sujeta para que no volviera a cerrarse.

—¡Gracias a Dios! —dijo el padre—. Ahora volveremos a colocar el ventilador.



—Mientras tanto, yo prepararé algo de comer para mi hambrienta familia —rió la señora Hollister—. ¿Sabéis que ya son las dos y media?

Después de la comida, todos descansaron. Y más tarde se dieron un baño en el río. Cuando volvieron a estar todos dispuestos para reanudar la marcha, pusieron otra vez la radio, por medio de la cual informaron de que Bobby seguía sin aparecer.

—Me da la impresión de que vamos a encontrar a Bobby muy pronto —anunció Pam—. Seguro que mañana ya le habremos encontrado.

—Yo también lo creo —afirmó Pete—. Papá, ya debemos de estar cerca del sitio en donde aquellos excursionistas vieron al viejo. Podríamos aproximarnos a la orilla y avanzar lentamente.

—De acuerdo, hijo. Y que todo el mundo tenga los ojos bien abiertos, por si se ve algo.

El señor Hollister condujo a marcha muy lenta para que fuera posible ir contemplando hasta el último centímetro de terreno. El panorama se presentaba cada vez más selvático. No había ya casitas de campo, los árboles crecían muy juntos y los matorrales tenían espesa hojarasca.

—Podría ser éste el lugar donde vive el Viejo Moe, papá —comentó Pete, saltando de nerviosismo.

Y, al darse cuenta de que su padre no le daba respuesta, Pete se volvió a mirarle. El señor Hollister tenía el ceño fruncido y en todo su rostro aparecía una expresión de inquietud.

—¿Qué pasa, papá? —indagó el muchacho.

—¡Tenemos vacío el tanque del combustible! —le anunció su padre.

Y, apenas el señor Hollister había dicho aquello, cuando el motor produjo un chisporroteo y dejó de funcionar.

—¡Bonito lugar para quedar estancados! —Rezongó, con disgusto, el señor Hollister—. ¡Pues sí que estoy hecho un gran capitán!

—Yo conozco un sitio donde hay una estación gasolinera —aseguró Ricky.

—Y yo también —masculló Pete—. Hay muchas estaciones de gasolina, pero ¿para qué nos sirven, si no están aquí?

—Es que estoy hablando de una estación gasolinera que he visto en el río. —Y el pequeño señaló hacia atrás, a un lugar por donde acababan de pasar—. Podríamos llegar allí remando.

—Eres un verdadero salvavidas, Ricky —rió la madre, abrazando al niño.

El señor Hollister y Pete bajaron el bote, en el cual se encaminaron a la estación gasolinera; allí explicaron al empleado lo que les ocurría y media hora después regresaban con un bidón de combustible. Cuando el tanque quedó lleno, el señor Hollister llevó la embarcación hasta la estación ribereña de gasolina.

—Hola, amigos —dijo el empleado—. Me alegro de haber podido ser útil a los felices Hollister.

—¿Y cómo sabe que somos los Hollister? —le preguntó Pam, muy asombrada.

—¿Cómo no iba a adivinarlo? Se ve que estáis todos muy contentos.

Entonces intervino la chiquitina Sue, declarando:

—Pues tenemos todos mucha pena porque no encontramos a Bobby.

Holly explicó por qué buscaban a aquel niño y el hombre de la gasolinera se echó hacia atrás la gorra para rascarse la cabeza, mientras decía:

—Me jugaría una buena rana de río a que el chico que me habló de vosotros es ese Bobby al que buscáis.

—¡Cómo! —gritó Pete—. ¿Es que Bobby ha estado aquí?

—Exactamente. Y me dijo que los felices Hollister habían sido muy amables con él.

—¿A dónde se marchó? —quiso saber Pete inmediatamente.

—Lo siento, hijo, pero eso no lo sé. Sólo me dijo que había salido a pescar y que pensaba conseguir el pez payaso más grande que haya en todo el río.

—¿Ese chico iba en una barca de remos?

—No. Iba a pie.



Aquella noticia hizo que Pam exclamase llena de alegría:

—Entonces, ¡Bobby está bien! Tiene que estar cérea de aquí.

Y la familia decidió hacer una pequeña excursión a tierra para buscar al muchachito desaparecido. El señor Hollister abrió la marcha a través del busque, seguido de sus cuatro hijos mayores, pero las zarzas les arañaban y desgarraban de tal modo sus ropas que tuvieron que volver atrás.

—Estoy segura de que por aquí no puede estar Bobby —admitió entonces, Pam.

En cuanto llegaron al «Dulce Pastel» el señor Hollister puso el motor en marcha y reanudaron el viaje, después de despedirse amablemente del hombre de la estación gasolinera.

—Se está haciendo tarde —dijo al poco, la señora Hollister—. Lo mejor sería que buscásemos sitio para pasar la noche.

—¿Por qué no nos detenemos en aquella parte del río donde, a lo mejor, vive el Viejo Moe? —sugirió Pete.

—Si hay algún trecho que quede resguardado, anclaremos allí —accedió el padre.

Cruzaron el río y durante un rato navegaron muy próximos a la orilla. Y, de pronto, Ricky, que iba sentado en la misma punta de la proa, anunció:

—¡Allí, en frente, hay una ensenada!

El señor Hollister miró hacia donde indicaba su hijo. A la izquierda tenían una pequeña cala, que casi quedaba oculta por los altísimos árboles que crecían a las orillas del río. Cuando se aproximaron, el señor Hollister comprobó que era un buen sitio. El agua formaba algunos remolinos, pero no eran tan fuertes como en el centro de la corriente.

—Muy bien. ¡Echad el ancla! —ordenó el señor Hollister.

—En seguida, capitán —contestó Ricky, mientras entre él y Pam se ocupaban de cumplir el mandato de su padre.

Pete tenía ganas de explorar aquellos terrenos en seguida, pero oscurecía rápidamente y sus padres consideraron que debía dejarse la búsqueda hasta la mañana siguiente. La señora Hollister y Pam prepararon la cena y, después de haber acabado de comerla, los niños estuvieron jugando un rato en cubierta. Ricky encontró una cuerda y con ella fingió ser un vaquero que echaba el lazo a las

reses.

—¡Hola, vaquita! —dijo, dirigiéndose a Sue—. Ya te atraparé yo.

—No soy una vaquita —declaró Sue, muy digna.

Al poco rato, la señora Hollister recordó a sus hijos que ya era hora de acostarse. Ya se disponían a bajar cuando el viento empezó a soplar otra vez; unos minutos después era tan fuerte como lo había sido la noche antes.

De pronto, una de las sillas de mimbre de la cubierta fue a parar al agua.

Cuando esto ocurrió, Ricky estaba cerca y actuó rápidamente, antes de que la silla se sumergiera. Con mucha soltura, arrojó el lazo que tenía en la mano, alcanzó la silla y la hizo girar hasta cubierta.

—Pues sí que eres un buen vaquero —dijo Sue, admirativa—. Un vaquero de agua.

Todos rieron alegremente y bajaron a acostarse.

A media noche, la tormenta se hizo más fuerte, eran continuos los rayos y truenos, y llovía a torrentes. Repentinamente brilló un relámpago cegador, seguido por un tremendo trueno.

Aquello despertó a todos los Hollister, quienes pudieron escuchar un sonoro chasquido. ¡El rayo había alcanzado un gigantesco árbol de la orilla y lo había partido por la mitad! La parte superior del árbol cayó con gran estrépito y sacudiendo el agua violentamente, lo que hizo tambalearse al «Dulce Pastel».

Todos saltaron en sus literas, cuando ocurrió aquello y el señor y la señora Hollister preguntaron a sus hijos si todos estaban bien. Cada uno de los niños fue contestando que sí y que todo lo que habían notado fue una especie de cosquilleo.



—Seguramente ha sido a causa del rayo —dijo la señora Hollister—. Debemos estar agradecidos al árbol, porque nos ha salvado.

Cuando la tormenta amainó, Pete y su padre se pusieron los impermeables y subieron a cubierta, llevando cada uno su linterna. La parte superior del árbol gigantesco estaba en el agua, atravesado delante de la embarcación.

—¡Vaya! ¡Qué cerca ha caído! —Exclamó el señor Hollister—. Confiemos en que ese tronco no nos dificulte el camino para salir de aquí.

Volvieron abajo y la señora Hollister dijo:

—Debemos volver a acostarnos.

A Pete le resultaba difícil dormir. Pensaba en lo terrible que habría sido que el «Dulce Pastel» hubiera sido alcanzado por aquel árbol. ¿Qué habría pensado el tío Russ?

El muchachito se adormilaba de vez en cuando, pero volvía a despertar al cabo de unos momentos. Cuando despertaba por sexta vez, miró la esfera luminosa del reloj, comprobando que eran las cuatro de la mañana y entonces, quedó perplejo al oír un golpe en una de las paredes laterales del barco. Pete se levantó y, cuando salió a las escaleras, se encontró con su padre.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó.

UNA BÚSQUEDA EMOCIONANTE



Mientras dirigían el haz luminoso de sus linternas hacia la pared exterior del barco, Pete y su padre se preguntaban si el ruido que les había sobresaltado lo habría producido algún tronco a la deriva, que hubiera chocado contra el casco de la embarcación.

—¿Ves algo, papá? —preguntó el chico.

—No. ¿Y tú?

—No. Ese ruido lo habrá producido algún tronco al tropezar con el barco.

—¿No habrá sido alguien, con una barca de remos…?

No había podido acabar el señor Hollister de pronunciar aquella frase cuando se oyó el apagado chapoteo de unos remos. Padre e hijo dirigieron sus linternas en la dirección del ruido, pero no pudieron ver nada y al cabo de unos momentos todo estaba silencioso.

—¡Había alguien rondando junto a nuestro barco, papá! —

exclamó Pete.

—Me temo que eso sea cierto. Por eso, es natural que esa persona no haya querido dejarse ver.

—Pero ¿para qué estaría vigilando nuestro barco?

—Puede que pensase que con esta tormenta no había nadie a bordo. De haber sido así, esa persona habría tenido la oportunidad de entrar en la cabina y robar parte del equipo que llevamos.

—Pues ha sido una suerte que estuviéramos aquí y que le hayamos oído.

El señor Hollister decidió quedarse allí el resto de la noche para vigilar, y dijo a su hijo que volviese a la cama.

Brillaba un sol espléndido cuando Pete se despertó de nuevo. Mientras él se levantaba, se despertó Ricky y los dos hermanos se vistieron a toda prisa.

Su padre se alegró de verles llegar y dijo que ahora él se acostaría un rato. Nada había sucedido mientras el señor Hollister estuvo de vigilancia, pero en la distancia, a través del arbolado, había podido observar una luz parpadeante.

—Seguro que hay alguien acampado allí —reflexionó Ricky.



—O puede que haya una casita. A lo mejor la del Viejo Moe —opinó Pete—. ¿Podemos ir a ver, papá?

—Sí, hijos, pero id con precaución.

En aquel momento apareció la señora Hollister, diciendo que no debía iniciarse ninguna búsqueda antes de haber desayunado, así que los niños aguardaron. En su prisa por marchar, desayunaron aceleradamente y su madre tuvo que reprenderles, diciendo que la comida debe tomarse despacio.

Cuando los cuatro mayores estuvieron preparados para marcharse, Ricky saltó al tronco de árbol atravesado delante de la embarcación.

—¡Canastos! Sirve estupendamente de puente para llegar a tierra. ¡Vamos, chicos!

Balanceándose lo mismo que un equilibrista en el alambre, Ricky cruzó el improvisado puente. Pete y las dos niñas le siguieron. Ricky perdió pie y estuvo a punto de caer al río, pero, por suerte, recuperó a tiempo el equilibrio.

—¡Qué divertido es esto! —Dijo, al llegar a la orilla, y al momento prorrumpió en un estridente grito—: Mirad cuántos peces.

—¿Dónde?

Ricky señaló hacia el centro del agua, explicando:

—Allí. En aquella cerca de tela metálica.

Los demás niños treparon por el tronco hasta donde se encontraba Ricky y miraron lo que el pequeño les enseñaba.

Bajo ellos, en una especie de gran cesta de tela metálica, había algo que los Hollister no habían visto nunca. Cientos de peces payaso nadaban en aquel recipiente. Los había de todas las medidas, desde seis centímetros hasta más de medio metro.

—Son peces gigantísimos —consideró Holly.

—Éstos no llevan aro —observó Pete—. ¿Creéis que serán del Viejo Moe?

—Ojalá fuera así —le contestó Pam—. Si le encontramos, podremos cobrar la recompensa que ofreció el señor Finder.

Entre tanto, Ricky había arrancado una hoja de una de las ramas y se la arrojó a los peces que, sin duda, creyeron que era comida y acudieron a mordisquearla.

—Pues ahora lo que hay que hacer es coger uno de esos peces

para nuestro acuario del «Centro Comercial» —opinó Ricky.

Holly estaba fascinada, mirando los peces, que giraban y giraban rápidamente, hasta hacer que la niña se sintiera mareada. Pete dijo, con una risilla.

—Si te caes ahí, en medio de esos peces tan tragones, seguro que te comen las trenzas.

Pam y Ricky se echaron a reír, pero no le ocurrió lo mismo a Holly. De repente, la niña se inclinó excesivamente hacia delante y empezó a tambalearse, luchando desesperadamente por no caer al recipiente de los peces, hasta que…

¡Plass!

Los peces huyeron en todas direcciones cuando Holly cayó entre ellos. Pete se agachó para ayudar a su hermanita a salir.

—¡Aggg! —murmuró Holly, escupiendo el agua que había tragado—. ¡Qué mal sabe!

—¡Cómo! —bromeó Pete—. ¿Es que no te gusta el pescado crudo?

Holly miró huraña a su hermano y luego pidió que la esperasen mientras iba a cambiarse de ropa. Pam contestó:

—Está bien. Iremos andando poco a poco.

Su hermana volvió a toda prisa al barco, y los otros siguieron adelante. Los árboles y matorrales eran tan tupidos que era muy difícil ver a través de ellos. Pero había dos estrechos caminillos; uno corría a lo largo de la orilla, el otro se internaba entre los árboles.

Mientras aguardaban a Holly, Pete oyó unos crujidos. Volviéndose rápidamente, pudo ver al final del camino una persona que desapareció instantáneamente.

—¡Voy a seguirle! —dijo Pete—. Ven, Ricky. Tú, Pam, espera a Holly.

Mientras los hermanos corrían, Ricky dijo:

—¿Tú crees que podremos alcanzarle? Claro que si es el Viejo Moe no correrá muy de prisa.



Pero no resultaba fácil correr porque el camino estaba cubierto de lodo y hojarasca. Una vez Ricky resbaló y cayó de espalda. Pete esperó a que su hermano se levantara y este último se lamentó:

—Ahora ya nos habrá adelantado mucho.

—A lo mejor podemos seguir por las huellas que haya dejado en el suelo —dijo Pete, esperanzado—. Por allí, todo el camino está lleno de fango.

Cuando llegaron a donde Pete decía, el mayor de los Hollister dio un silbido de sorpresa, al tiempo que señalaba las pisadas del suelo. Varias habían sido dejadas por el mismo hombre, pero existían unas que pertenecían a las sandalias de un niño.

—¡Eso es de un pie de niño! —observó Ricky—. Y Bobby llevaba sandalias cuando estuvo en casa. ¡Ésta sí que es una pista de verdaderos detectives!

Y Ricky fijó entonces la vista en las profundidades del bosque y empezó a gritar:

—¡Bobby! ¡Bobby! ¿Dónde estás?

La única respuesta que obtuvo fue un apagado eco de su propia voz. Los dos hermanos prosiguieron la marcha, siguiendo aquellas huellas. Y, de pronto, ambos quedaron perplejos al observar que las pisadas infantiles habían desaparecido.



—Puede que subiese a un árbol —dijo Ricky, mirando hacia arriba.

Sin embargo, no vieron a nadie escondido entre las ramas y, al cabo de un momento, Pete aseguró:

—Ya sé lo que ha pasado. El hombre se llevaría al niño en vilo.

Llenos de ansiedad, los dos muchachitos continuaron siguiendo las huellas del hombre. Pronto el camino se adentró en el bosque y empezó a resultar tan musgoso y lleno de maleza que Pete tuvo la seguridad de que se habían desorientado. Además, ya no se veía pisada alguna.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ricky a su hermano.

—Creo que tendremos que volver —resolvió Pete, empezando a regresar, camino del «Dulce Pastel».

Entretanto, Holly se había cambiado de ropa y estuvo esperando, en compañía de Pam, a que los chicos regresasen.

—Puede que hayan encontrado a ese hombre —dijo Pam, después de explicar a su hermana que habían visto desaparecer a una silueta por el otro extremo del camino—. Si al menos fuese el Viejo Moe…

—¿A dónde crees tú que va ese camino? —Preguntó Holly—. ¿A la casa del Viejo Moe?

Pam, que estaba ya muy impaciente, decidió:

—Vamos a andar un poquito, a ver si lo averiguamos.

Y empezaron a caminar, pero el camino estaba lleno de unas piedras puntiagudas que les hacían torcerse los tobillos y herirse los pies. Y las dos hermanas tenían que andar con la vista baja para ver donde pisaban, si no querían hacerse daño.

Ése fue el motivo de que no vieran a alguien que las estaba observando desde lejos. Una vez que levantó un momento la cabeza, Pam dejó escapar un grito.

A un lado del sendero, y oculto entre dos matorrales, había un viejo de aspecto extraño que miraba fijamente a las niñas. El viejo tenía el cabello blanco, una barba muy blanca y espesa, ojos negros y hundidos y nariz afilada. Iba muy mal vestido y en la mano derecha empuñaba un garrote nudoso. De pronto, levantó amenazadoramente el garrote en dirección a las niñas, que se detuvieron en seco y miraron al viejo con terror.

—Hola —osó decir Holly, tímidamente, y tragando saliva con gran apuro.

El hombre no contestó nada, sino que miró a las dos hermanas con ojos amenazadores.

—¿No querrá… no querrá hacernos daño? —siguió diciendo Holly, valientemente.

El viejo dio un paso adelante, siempre empuñando el grueso leño en alto.

—¡Ven! —susurró Pam a su hermana—. Será mejor que nos marchemos.

Y, entonces, el desconocido pareció empezar a despedir fuego por los ojos, mientras exclamaba con voz chillona:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Vosotras no tenéis nada que hacer aquí!

UN GARROTE REVELADOR



El viejo empezó a sacudir furiosamente su garrote ante los ojos de Pam y Holly.

—¡Largo de aquí! —ordenó.

Las niñas estaban asustadísimas. Dando media vuelta, empezaron a correr todo lo aprisa que pudieron, aunque continuamente volvían la cabeza para ver si el hombre las perseguía.

—Ya no le veo —anunció al poco rato Pam—. Vamos a volver allí.

Holly no estaba muy segura de tener ganas de volver cerca de aquel hombre malhumorado, pero siguió a su hermana. El viejo seguía en el mismo lugar donde le dejaron.

—¿No os he dicho que marchéis? —vociferó—. ¡Volved a vuestro barco y marchaos de una vez!

Pam, sin moverse de donde se había detenido, preguntó

valientemente:

—¿Por qué?

—No os lo diré —fue la respuesta del viejo.

Y, diciendo esto, volvió a blandir el garrote y se aproximó a las niñas. Esta vez, cuando Pam y Holly dieron media vuelta y echaron a correr, él salió tras ellas. No podía correr muy de prisa, pero siguió sin detenerse.

—A lo mejor hace que papá se lleve de aquí el barco. ¡Y entonces ya no podremos encontrar ni a Bob-by, ni al Viejo Moe! —se lamentó Holly, temblando de miedo.

—Papá puede hablar con él y entenderse mejor que nosotras —replicó Pam.

Se volvió, entonces, a ver lo cerca que tenían al viejo, y en aquel momento el desconocido dio un tropezón, levantó los brazos en el aire y cayó al suelo. No se levantó de allí.

—¡Mira, Holly, se ha hecho daño! —exclamó Pam, dejando de correr.

También Holly se detuvo y entonces ambas corrieron nuevamente en dirección opuesta a la de antes, para acudir junto al viejo que seguía sin levantarse. Se había hecho una brecha en la frente.

—Mira. Se ha herido en la cabeza con una piedra —observó Pam—. Tenemos que hacer algo.

—¿Qué? —preguntó Holly.



Pam miró a su alrededor. Muy cerca corría un arroyo de aguas transparentes. La niña sacó un pañuelo limpio de su bolsillo y pidió a Holly que lo mojase en el agua. Holly lo hizo y, cuando volvió con el pañuelo, Pam lo puso sobre la frente del hombre.

Luego, le prestó algunos auxilios que había aprendido… Le dio unos golpecitos en las mejillas y le frotó las muñecas, pero el viejo no recobraba la conciencia. Pam empezó a asustarse.

—Tendríamos que hacer venir a mamá en seguida declaró.

Cuando las dos hermanas estaban a punto de irse, Holly se fijó en el garrote, en el cual se habían dibujado, con fuego, unas iniciales.

—¡Mira, Pam! Hay una M y una T. ¿Crees que serán las iniciales de Moses Twigg?

—Seguramente —respondió la hermana mayor, muy nerviosa—. Vamos. Tenemos que darnos prisa.

Corrieron por todo el camino hasta el improvisado puente constituido por el tronco y, cuando llegaron al «Dulce Pastel», Pam llamó a voces a su madre.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Sal pronto!

La señora Hollister subió inmediatamente, seguida de su marido.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntaron a un tiempo el padre y la madre.

A toda prisa, Pam explicó lo que le había ocurrido al viejo. La señora Hollister corrió en busca del botiquín y luego salieron corriendo, todos, incluyendo a Sue.

Cuando llegaron al sendero, regresaban Pete y Ricky. Al enterarse de lo ocurrido, también ellos fueron con el resto de la familia.

—¡Es por aquí! —indicó Pam, abriendo la marcha.

Tomó la curva del sendero y quedó inmovilizada por el asombro. ¡El anciano había desaparecido!

—¡Se ha ido! —se lamentó—. ¿A dónde puede haberse marchado?

Los Hollister quedaron inmóviles durante varios segundos, hasta que llegaron a la conclusión de que el anciano se había marchado a su casa. Siguieron corriendo por aquel sendero y a los pocos minutos llegaban ante una pequeñísima casita de madera. El señor

Hollister llamó a la puerta.

Nadie dio respuesta y, después de haber llamado por segunda vez, sin resultado, el señor Hollister empujó la puerta y entró. Sentado en una mecedora estaba el anciano de blancas barbas. Se oprimía la cabeza con ambas manos y daba débiles quejidos. Al ver a sus visitantes, gruñó con voz cansada:

—¡Váyanse! ¡No quiero a nadie aquí!

La señora Hollister, sin hacer caso de aquellas palabras, se aproximó a él y le apoyó una mano en el hombro.

—Hemos venido a ayudarle —dijo afectuosamente—. Mis hijas me han dicho que se ha herido usted.

—Sí. Me he dado un golpe en la cabeza —admitió el hombre—. Me duele mucho.



La señora Hollister abrió el botiquín y empezó a hacerle una cura. Al poco rato le había limpiado la herida y le vendó la cabeza. Luego, cogió un vaso de agua y se lo dio al viejo, al mismo tiempo que una pequeña pastilla. A los pocos minutos el hombre dijo que se encontraba mejor y les dio las gracias. Incluso sonrió amablemente.



—No quisiera resultar desagradecido —dijo—. He vivido solitario tanto tiempo que ya no sé portarme con cortesía.

Casi bruscamente, Pete se aproximó al hombre para preguntarle:

—¿No es usted Moses Twigg? El anciano les miró sorprendido.

—Sí —admitió—. Pero ¿cómo lo sabes? He guardado mi nombre en secreto durante muchos, muchísimos años.

Pete le contó que habían pescado un pez payaso con el aro en la cola, en Shoreham, y que eran muchas las personas que sentían curiosidad por aquellos peces con el aro en la cola. Al enterarse de aquello, el viejo sonrió.

—Esos peces son mi distracción. Haciendo un cruce de razas he conseguido los peces que tú llamas «payasos» y espero que sean muchos los pescadores que disfruten obteniendo este tipo de peces. Algunos de los que tenía marcados con el aro se me escaparon.

—¿Ha estado usted cerca de nuestro barco hoy, a las cuatro de la madrugada? —preguntó otra vez Pete.

—Sí. Tengo una vieja barca de remos escondida entre los árboles y la utilicé para ir allí porque quería saber quiénes erais.

Los niños le explicaron cuáles eran las pistas que les habían inducido a pensar que el Viejo Moe era el mismo Moses Twigg.

—Pero lo mejor de todo es lo del dinero que tiene usted en el banco —dijo alegremente Ricky.

El Viejo Moe se mostró muy extrañado y repitió:

—¿Dinero en el banco?

—Sí —afirmó Pete—. Tiene usted dinero en el banco desde hace mucho tiempo. El señor Finder le busca a usted. Quiere entregarle el dinero, antes de que se cumplan los veinte años desde que usted lo depositó en el banco.

El anciano quedó tan anonadado ante aquella noticia, que hundió la cabeza entre las manos, lamentándose de que su memoria le fallaba mucho, cuanto más viejo se hacía.

—¡Huy, no llore, señor Barba Blanca! —rogó Sue, acercándose al hombre y poniéndose de puntillas para apoyar su manecita en el hombro del anciano.

El viejo la miró, se secó una lágrima y sonrió a la pequeña.

—Si quieres, puedes llamarme Viejo Moe. Todo el mundo solía llamarme así. —El viejo suspiró otra vez, murmurando—: Desde

luego, necesitaría que alguien se ocupase de mí.

—Pues podía cuidarle alguien —le dijo Holly—. ¿No sabe que tiene usted un biznieto que le está buscando?

—No sabía nada. ¡Eso es magnífico! ¿Y dónde está?

—No lo sabemos. Estaba en Shoreham, pero marchó.

El anciano inclinó la cabeza lastimeramente, mientras Pam le informaba de todo lo sucedido. Le contó que la madre de Bobby había llegado del Oeste con la idea de encontrar a Moses Twigg, y todo lo que averiguaron fue que aquella persona había desaparecido mucho tiempo atrás. Ahora, la señora Reed estaba desesperada porque también su hijo había desaparecido.

—Decidme, ¿cómo se llama mi biznieto? ¿Cuántos años tiene? —pidió el Viejo Moe.

Los niños quedaron extrañadísimos de que el hombre les hiciese tales preguntas, tratándose de un familiar suyo, pero luego comprendieron que era porque no había llegado nunca a saber que su nieta se había casado.

—Tiene diez años y se llama Bobby Reed —contestó Pete.

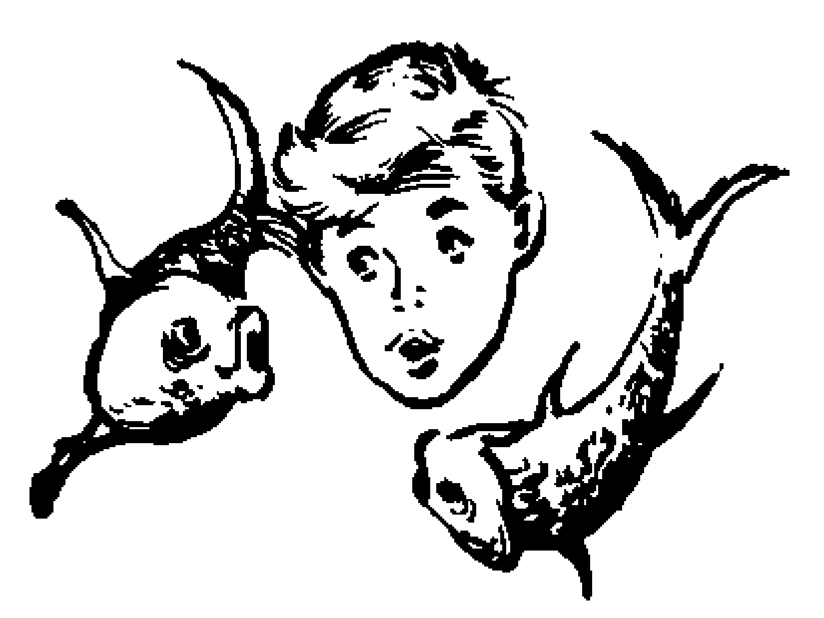
—¡Bobby Reed!

El Viejo Moe empezó a hablar a gritos, como si hubiera recobrado todas sus fuerzas. Se levantó de un salto, de la mecedora, y repitió:

—¡Bobby Reed! Venid aquí.

Y se encaminó hacia una puerta que conducía a otra habitación.

EL PREMIO



El anciano abrió la puerta de su dormitorio. Tendido en un catre y profundamente dormido, ¡estaba Bobby Reed!

Antes de que nadie hubiera pronunciado una palabra, el Viejo Moe se llevó una mano a los labios y cerró la puerta. Luego preguntó:

—¿De modo que es mi biznieto?

—Sí —contestaron todos los Hollister a un tiempo.

Moses Twigg volvió a sentarse en su mecedora y les preguntó cómo sabían tal cosa. Él tenía poco que explicar. La tarde anterior, mientras paseaba por la orilla del río, se había encontrado con Bobby. El niño iba llorando y le confesó que tenía hambre. También le dijo que se llamaba Bobby Reed, pero aquel nombre todavía no significaba nada para el Viejo Moe.

—Desde luego, no le dije al chico mi nombre. Hace muchos años que guardo el secreto. Después del incendio de mi tienda perdí el

interés por todo y me marché a vivir solo… En cuanto a Bobby, el pobre se hallaba tan extenuado que le traje hasta aquí en brazos, casi todo el trayecto.

—Por eso las pisadas de Bobby desaparecieron tan repentinamente —opinó Pete.

El Viejo Moe sonrió al decir:

—Di a Bobby una buena comida y le metí en la cama. Y todavía no se ha despertado.

Entonces la señora Hollister murmuró:

—Es un verdadero milagro que haya sido usted quien ha encontrado a Bobby. No puede imaginarse cuántas son las personas que andan buscando al pequeño. Me alegro mucho de que el pobre esté a salvo.

—Todos nos alegramos —dijo Holly. El señor Hollister tuvo una idea.

—Propongo una cosa. Nosotros podíamos volver al barco y, cuando Bobby se despierte, usted, señor Twigg, le lleva al «Dulce Pastel». Entretanto, yo me encargaré de localizar un teléfono para notificar a la señora Reed que su hijo está a salvo.

Moses Twigg repuso que estaba de acuerdo y añadió:

—Sé que a Bobby le alegrará ver otra vez a sus amigos, los Hollister.

—Tendré comida preparada para todos —dijo la señora Hollister.

Cuando estuvieron en el barco, el padre decidió que él y Pete saldrían en la lancha de remos río arriba, hasta encontrar una casa en la que hubiera teléfono. Bajaron la lancha y se instalaron en ella. El señor Hollister remó hasta que se sintió cansado, y entonces Pete le sustituyó en la tarea. Todavía no habían visto ninguna casa.



—Verdaderamente todo esto es una región casi selvática —comentó el señor Hollister.

—Yo estaba pensando en si el Viejo Moe querrá marcharse de aquí —respondió Pete—. Seguramente la madre de Bobby querrá que se vaya a vivir con ellos, pero yo creo que a él le dará pena dejar los bosques.

—Creo que tiene razón, hijo. Ahora, al Viejo Moe, el ambiente de una ciudad le resultará agobiante.



Siguieron remando en silencio durante otros quince minutos hasta que, al fin, el señor Hollister vio una casita. Un cable que pasaba por la pared demostraba que allí tenían teléfono. Pete remó hasta la orilla, y padre e hijo saltaron a tierra.

Cuando llamaron a la puerta de la casa, una señora muy guapa salió a abrirles y les indicó dónde estaba el teléfono.

—¿Qué te parece si te encargases-tú de la llamada, pete? —Propuso el padre con una sonrisa—. Después de todo, habéis sido Ricky, las niñas y tú quienes habéis resuelto el misterio.

El muchachito pidió comunicación con la policía de Shoreham y pidió que se pusiera al aparato el agente Cal. Al conocer las buenas

noticias el policía lanzó un silbido.

—¡Eso es magnífico, Pete! Ya te dije que vosotros resolveríais el problema.

Cal prometió comunicar inmediatamente con la madre de Bobby. Tenía la certeza de que ella querría estar en el desembarcadero de Shoreham cuando llegase el «Dulce Pastel». ¿Tenía Pete idea de cuánto regresarían a casa?

El muchacho se volvió a su padre, preguntando:

—¿Cuándo volveremos a Shoreham, papá?

—Ante todo confiemos en que aquel árbol no nos dificulte la salida. Pero, vaya, vaya. Creo que podremos estar de regreso hacia el anochecer.

Su hijo transmitió aquello al agente Cal y el policía prometió ir en seguida a casa de la señora Reed.

—¡Qué historia tan sorprendente! —comentó la señora, mientras cobraba el dinero que le entregaba el señor Hollister por la llamada telefónica. Luego, les despidió amablemente.

A Pete y su padre les llevó menos tiempo llegar al «Dulce Pastel» del que habían tardado en encontrar la casa con teléfono, porque al regreso iban a favor de la corriente. Cuando llegaron a la embarcación les aguardaba una sorpresa. Ya habían llegado el Viejo Moe y Bobby Reed y todos se disponían a saborear la espléndida comida que la señora Hollister había preparado.

—¡Bobby! —exclamó Pete al ver a su amigo—. ¡Cuánto me alegra volver a verte!

Y Bobby sonrió al contestar:

—Éste es el día más feliz de mi vida, Pete. —El niño estaba tan emocionado que siguió hablando sin casi hacer pausas para respirar —. Me he enterado de que mamá está ya en casa; he encontrado a mi bisabuelo y él me va a permitir pescar el róbalo más grande de todo el río Muskong para que pueda ganar el premio del «Centro Comercial».

Pete se echó a reír y, mientras empezaba a comer una estupenda patata salada, aseguró:

—Todos deseamos que ganes el premio.

Durante la comida se habló de las cosas más interesantes que les habían ocurrido a unos y otros en los últimos días. Y Bobby se

quedó asombrado al enterarse de que los Hollister llevaban varios días buscándole.

—Pero ¡si yo no quería que nadie se preocupase por mí! Lo que pasa es que quería pescar el pez payaso más grande de todos para poder ganar el premio.

—¿Y sólo te marchaste por eso? —quiso saber Ricky.

—No no. No fue sólo por eso.

Y por fin Bobby declaró que fue, también, porque no quería seguir viviendo con el señor Gillis.

—¿Cogiste la barca vieja que había debajo del puente? —indagó Pam.

—Sí. Se me ocurrió hacerlo cuando encontré entre unos arbustos un par de remos viejos. Pero me costó mucho trabajo sacar la barca a flote, porque se filtraba el agua por todas partes.

—¿Se te perdió la barca durante la tormenta? —preguntó Ricky.

Bobby respondió que sí. Había chocado contra una roca y se hizo un gran agujero en la quilla.

—Tuve que dejar que se hundiera y yo nadé hasta la orilla. He estado dos días caminando por los bosques, sin apartarme de la orilla del río. Una vez encontré a una persona que me dio comida, pero después me pasé un día entero sin comer nada.

Entonces Bobby miró sonriente a su bisabuelo y explicó:

—Bueno… Estuve sin comer hasta que encontré a mi bisabuelo.

Y mientras el anciano contemplaba a su biznieto con expresión de alegría, Bobby declaró orgullosamente:

—El Viejo Moe es el mejor pescador del mundo. Tiene montones de cebos distintos y puede pescar todas las clases de peces que hay en el río Muskong.

Aquello hizo a Ricky preguntar:

—Entonces él te dará un pez muy grandote para que ganes el premio del «Centro Comercial», ¿no?

El Viejo Moe levantó una mano y dijo con firmeza:

—Eso no. Si Bobby quiere ganar algún premio, tendrá que pescar él mismo el pez.

—Eso es lo justo —asintió el señor Hollister.

El Viejo Moe les dijo, entonces, que él conocía un remanso, en la parte baja del río, donde había un payaso de tamaño colosal.

—Intenté pescarlo yo mismo, pero me rompió una de las cañas. Hoy pensaba haberlo intentado de nuevo, pero lo dejo para Bobby, si él quiere probar.





Mientras acababan de comer, hicieron planes para regresar todos a Shoreham en el «Dulce Pastel».

—¡Qué contenta se pondrá tu madre cuando te vea! —dijo la señora Hollister.

Ricky, alegremente, recordó a los demás:

—Ya hemos resuelto otro misterio. ¿No se alegrará el agente Cal cuando lo sepa?

—Hemos encontrado todo lo que buscábamos —añadió su hermana Pam.

Pero, con una sonrisa traviesa, Ricky repuso:

—Eso no es verdad. Yo no he encontrado el «lopadupalus» para el señor Kent.

Al oír aquello, el viejo Moe se rascó la cabeza y repitió:

—¿Lopadupalus? ¿Y eso qué es?

Pete guiñó un ojo y dijo que debía de ser algún animalito extraño que el simpático periodista quería para su vitrina.

—Ya comprendo —rió el anciano—. Creo que sé lo que ese señor quiere. Ven conmigo, Ricky.

Todos los niños le siguieron y el Viejo Moe les condujo hasta una fuente cercana, pero oculta en el bosque.

—Si miras ahí podrás ver un «lopadupalus».

—Yo sólo veo una tortuga —anunció la pequeñita Sue.

—Y yo también —recordó Ricky—. Pero es la tortuga más rara que he visto nunca. Tiene dos cabezas.

Mientras estaban hablando, la tortuga subió a la superficie. Ciertamente, la tortuga tenía dos cabezas y aquello hizo reír a todos los Hollister.

—Yo no sabía que un «lopadupalus» fuese una tortuga con dos cabezas —declaró Ricky, que estaba ya casi convencido de que era el nombre verdadero del animal.

Cuando el Viejo Moe metió en el agua una mano, la tortuga fue a posarse en ella.

—¡Qué risa! Tiene una cabeza delante y otra detrás, donde tenía que estar la cola —rió el travieso pelirrojo.

Holly se acercó tanto para mirar que su naricilla estaba a punto de tocar a la tortuga.

—¿Verdad que esto es un «fenómeno» de la naturaleza? —

indagó.

—Exacto —asintió el anciano—. Pero siento teneros que confesar que esta tortuga la he «preparado» yo así. La cabeza posterior es de madera y lo más interesante es que yo sé la manera de adherir esa pieza en el cascarón de la tortuga.

El viejo puso palas arriba al animal y todos pudieron ver que, naturalmente, tenía un rabo diminuto bajo la cabeza postiza.

—Sería muy bonito poder regalarle esto al señor Kent —dijo Ricky, con los ojos resplandecientes.

—Pues regálasela —repuso el señor Twigg, entregándole la tortuga.

El chiquillo se entusiasmó tanto que empezó a gritar:

—¡Esto es estupendo! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Muchas gracias!

Volvieron todos al barco y el señor Hollister les dijo que debían prepararse para marchar. Bobby todavía tenía que pescar el gran pez payaso y, además, podía ocurrir que tuvieran alguna dificultad para poner en marcha la embarcación. Mientras Pete y Bobby iban a la casa del Viejo Moe, en busca de una caña sólida y de un recipiente en donde poder trasladar vivo al pez, el señor Hollister y el Viejo Moe se ocuparon de cortar todas las ramas posibles del tronco caído, que se encontraba delante del «Dulce Pastel».

Cuando Pete y Bobby regresaron, todos estaban ya dentro del barco, y el señor Hollister puso en marcha el motor. Tras unas pocas intentonas, pudieron dejar atrás el gran tronco de árbol y no mucho después se encontraban en medio de la corriente.

—¿Dónde dice usted que vive ese pez gigantesco? —preguntó el señor Hollister al Viejo Moe.

El anciano señaló hacia un lugar de la orilla izquierda. Cuando llegaron allí, el señor Hollister detuvo la marcha y echaron el ancla.

El Viejo Moe entregó a Bobby la caña de pescar.

—Echa el anzuelo por allí, cerca de aquel viejo tronco —le orientó el anciano.

Bobby arrojó el anzuelo varias veces, pero no conseguía que el hilo quedase bastante próximo al tronco. Por fin, al tercer intento, el anzuelo cayó donde el anciano indicaba. Casi inmediatamente se oyó un chapoteo.

—¡Ya lo tiene! ¡Ya lo tiene! —se entusiasmó Ricky.

Bobby batallaba con el enorme pez que daba fuertes sacudidas dentro del agua, ansiando librarse del anzuelo que tenía en la boca. Y el pobre Bobby no cesaba de tambalearse de un lado a otro.

Por fin, el gran pez payaso quedó agotado y el Viejo Moe dio a su biznieto una red para que echase al pez en ella.

¡Qué róbalo tan gigantesco!

—¡Vaya, vaya, vaya! —se admiró Ricky—. Es tan enorme que va a chocar con las cuatro paredes de nuestro acuario del «Centro Comercial».

El pez fue metido en el recipiente, el cual se tapó y se aseguró luego con grandes cuerdas a la borda del barco.

—No me cabe duda de que éste será el que gane el premio —declaró el señor Hollister—. A cualquier pez más grande que éste, yo le consideraría una ballena.

Luego, siguieron el viaje, río arriba, entonando alegres canciones. Era ya última hora de la tarde cuando llegaron al desembarcadero municipal de Shoreham.

—¡Ahí está mamá! —gritó Bobby que salió corriendo de la embarcación, seguido por los demás.

Cuando vio a su hijo, la señora Reed le estrechó en sus brazos, mientras lloraba y reía al mismo tiempo.

—¡Qué alegría! ¡Qué alegría me da ver que estás bien! ¿Y éstos son tus amigos, los Hollister? ¡Qué buenos amigos tienes!

La señora Reed se volvió entonces al bisabuelo de Bobby y le abrazó, mientras repetía que no creía posible tanta felicidad.

—¡Qué maravilloso!

—Y vamos a vivir con él, en una casa que tiene junto al río —hizo saber Bobby—. Me lo ha dicho él.

Al día siguiente el periódico publicó una extensa información sobre la aparición de Bobby Reed y el anciano Moses Twigg. Se notificaba que los hermanos Hollister se habían ganado la recompensa ofrecida por el señor Finder, pero que dichos niños habían solicitado que aquel dinero fuese entregado a Bobby.

La competición de peces tuvo mucho más interés de lo que nunca hubiera podido suponer el señor Hollister, el cual se vio obligado a alquilar un grandísimo acuario en un almacén de artículos de pesca, para poder dar entrada a todos los peces que

fueron llevando al «Centro Comercial». El último día del certamen, los niños acudieron a la tienda de su padre para ver quién había ganado. En el escaparate había un gran letrero en que se leía:

EL PREMIO OFRECIDO PARA EL PEZ PAYASO MÁS GRANDE, PESCADO EN EL RÍO MUSKONG, HA SIDO GANADO POR BOBBBY REED

—¡Viva! —exclamó Ricky, mientras todos sus hermanos le rodeaban.

—Muchas gracias —dijo una voz tras ellos.

Al volverse, se encontraron con la sonriente carita de su nuevo amigo, Bobby Reed. Todos le dijeron que se alegraban mucho de que hubiera ganado el premio.

—Entrad y veréis el premio que he elegido.

—Seguro que es una caña de pescar —apuntó Ricky.

—No. Tu padre me ha dicho que puedo quedarme con una barca de remos para ir a nuestra nueva casa. Nos marchamos mañana. ¿Iréis alguna vez a verme?

—Claro que iremos.



Dos días más tarde, llegó tío Russ a buscar su barco. Estuvo tan contento, viendo que todo había salido bien y que sus sobrinos habían encontrado a Bobby Reed, que aseguró que no le importaba que le hubieran hecho unas cuantas raspaduras en el «Dulce Pastel». Cuando su tío se marchó, Ricky dijo:

—Acabo de encontrar al señor Kent, que volvía de vacaciones. Tengo que ir a verle.

Sus hermanos contuvieron la risa, porque conocían el motivo de aquella visita. Los cinco Hollister se dirigieron a la redacción del periódico y pidieron ser recibidos en el despacho del señor Kent.

—Vamos a ver. ¿Qué es lo que deseáis de mí? —preguntó el periodista, sonriendo alegremente.

Ocultando una mano en la espalda, Ricky dio un paso al frente. Y dijo:

—Tengo una cosa para usted, señor Kent.

—¿Y qué es, amiguito?

Ricky le mostró la tortuga con dos cabezas.

—Aquí tiene el «lopadupalus».

El señor Kent abrió la boca tanto que la barbilla le tocó en el pecho, y los ojos casi se le salieron de las órbitas. Luego, hizo coro a las risas de los niños, mientras éstos le hablaban del descubrimiento del «lopadupalus». Y, levantando la tapa de la vitrina donde tenía los animalitos, el señor Kent metió allí la tortuga.

—Muchas gracias, Ricky. Estoy seguro de que poseo la más asombrosa colección de reptiles de todo el mundo.

—¿No desea usted poseer ningún otro animalito raro? —Preguntó Ricky—. Si quiere alguno más, los felices Hollister estamos dispuestos a buscárselo en seguida.